

VIOLENCIA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

CARMEN GARCÍA GALERA

JOSÉ ANTONIO RUIZ SANROMÁN

1. APROXIMACIÓN TEÓRICA A LOS EFECTOS DE LA VIOLENCIA TELEVISIVA EN LA INFANCIA. 1.1. *La violencia en televisión. Usos y funciones.* 1.1.1. Sujetos afectados por la violencia en televisión. Atracción hacia la violencia en la pequeña pantalla. 1.1.2. ¿Por qué sigue programándose violencia? 1.1.3. ¿Qué esperan los niños de la televisión? Las funciones de la televisión para la infancia. 1.1.4. Cuantificación de la violencia que los niños ven en la televisión: El caso español. 1.2. *Efectos de la violencia televisiva en la infancia.* 1.2.1. Primeras investigaciones sobre los efectos de la violencia televisiva en la infancia. 1.2.2. Los efectos de la programación violenta en el comportamiento de los niños. 1.2.3. Los efectos emocionales o afectivos de la violencia televisiva en la infancia. 1.2.4. Otras aportaciones de interés sobre los efectos de la violencia televisiva. 1.2.5. Los dibujos animados y su influencia en el comportamiento agresivo infantil. 1.3. *Ayudar a los niños a tratar con la violencia en televisión.*—2. ESTUDIO EMPÍRICO SOBRE LOS EFECTOS DE LOS PROGRAMAS VIOLENTOS DE TELEVISIÓN EN LOS NIÑOS DE LA COMUNIDAD DE MADRID. 2.1. *Objetivos de la investigación.* 2.2. *Metodología.* 2.2.1. Selección y determinación de la muestra. 2.2.2. Selección y elaboración de las herramientas de investigación. 2.2.3. Selección de los programas de televisión para el trabajo de campo. 2.2.4. Elaboración del cuestionario. 2.2.5. Pretest. 2.2.6. Trabajo de campo. 2.3. *Estructura del cuestionario.*—3. RESULTADOS DEL ESTUDIO EMPÍRICO SOBRE LOS EFECTOS DE LOS PROGRAMAS VIOLENTOS DE TELEVISIÓN EN LOS NIÑOS DE LA COMUNIDAD DE MADRID. 3.1. *Desarrollo y análisis de los datos obtenidos. Primera parte del cuestionario.* 3.1.1. Los hábitos televisivos. 3.1.2. La relación desarrollo intelectual-hábitos televisivos. 3.1.3. Los videojuegos y/o juegos de ordenador. 3.1.4. Características agresivas de los niños. 3.1.5. Incidencia subconsciente de la violencia televisiva. 3.1.6. Primeras conclusiones sobre los hábitos televisivos y la personalidad agresiva de la muestra. 3.1.7. Tipos de programas violentos/no violentos. 3.2. *Desarrollo y análisis de los datos obtenidos. Segunda parte del cuestionario.* 3.2.1. Atracción hacia determinados programas de televisión. 3.2.2. Percepción de la violencia televisiva. 3.2.3. El aprendizaje de modelos conductuales mostrados en televisión. 3.2.4. Efectos imitación. Los niños imitan modelos de conducta presentados en televisión. 3.2.5. Reacción ante los programas violentos de la televisión. 3.2.6. La violencia como medio de conseguir objetivos y solucionar conflictos. 3.2.7. Deseos de vivir en un mundo a imagen del expuesto en televisión. 3.2.8. Los efectos de la identificación con los personajes televisivos.—4. CONCLUSIONES. 4.1. *Sumario y conclusiones del trabajo empírico.* BIBLIOGRAFÍA.

1. APROXIMACIÓN TEÓRICA A LOS EFECTOS DE LA VIOLENCIA TELEVISIVA EN LA INFANCIA

La existencia de contenidos violentos en los medios de comunicación es tan antigua como los propios medios. Sin embargo, no es hasta el Siglo XX cuando la lógica evolución de las tecnologías trajo consigo la aparición y rápida expansión de nuevos medios de comunicación, entre ellos la televisión o más recientemente Internet, en los hogares de todo el mundo desarrollado, y con ello, una exposición más constante y directa a comportamientos y argumentos altamente violentos.

Así pues, desde sus comienzos, la televisión ha sido objeto de estudio y preocupación por parte de un gran número de científicos sociales, políticos, educadores y padres. Una de las principales razones de este seguimiento social y científico se encuentra, sin duda, en los efectos que la programación violenta puede provocar en los receptores.

Los análisis de contenido de los programas que se emiten diariamente en la pequeña pantalla muestran un incremento de emisiones cuyo contenido incita al receptor a adoptar actitudes agresivas que, en algunos casos, provocan comportamientos negativos tanto a nivel individual como a nivel social. La proyección constante de estos programas junto con el hecho de que los telespectadores, especialmente los más jóvenes, puedan pasar demasiadas horas delante de la pequeña pantalla, ha llevado a analistas de la comunicación, a poner en marcha toda una serie de estudios con el fin de comprobar la influencia de los programas de televisión en las creencias, actitudes y conductas de la audiencia.

Las investigaciones indican que ya desde los primeros días de la televisión, este medio tendía a transmitir una visión distorsionada y violenta del mundo, lo que provocó, de manera paralela, que surgiera una preocupación entre los científicos sociales basada en los efectos potenciales que estos programas pueden tener en la audiencia. Aunque las primeras investigaciones comenzaran en los años 60, todavía hoy se continúa analizando desde muy diversas perspectivas las influencias que, la televisión en general y la violencia de sus contenidos en particular, produce en los receptores. Si bien las conclusiones alcanzadas tras estos años de investigación no son unánimes, los científicos sí parecen estar de acuerdo en el hecho de que la televisión afecta, de una u otra manera, en uno u otro grado, a la forma de pensar de los sujetos receptores, a sus actitudes y conductas e, incluso, a sus sentimientos.

Sin duda alguna, uno de los grupos de audiencia más afectado por los efectos potenciales de la televisión son los niños. Sus conductas o relaciones sociales, consecuencia de la exposición a la televisión, han sido el eje central de gran número de investigaciones, remontándose el origen de las mismas a los primeros años de este medio de comunicación. El principal objetivo de los científicos preocupados por estos temas ha sido y continua siendo prácticamente el mismo: determinar si los niños y jóvenes son especialmente sensibles a determinados contenidos televisivos y si estos contenidos podrían tener efectos negativos.

Así pues, el objetivo que nos planteamos en la presente investigación es efectuar un análisis objetivo de las principales teorías e investigaciones desarrolladas en el campo de los efectos de los medios de comunicación de masas y, particularmente, de aquellas realizadas en torno a la influencia de la violencia televisiva en los niños. Se trata de analizar, teórica y empíricamente, la importancia de la televisión en el desarrollo cognitivo, afectivo y conductual de los niños, prestando especial interés a los efectos que determinados argumentos de carácter violento producen en el proceso de socialización de la infancia.

Esta investigación consta de dos partes interrelacionadas mutuamente. En la primera se abordan las principales teorías, hipótesis y estudios realizados en el campo de los efectos de los medios de comunicación audiovisuales en la audiencia, principalmente, la influencia negativa de la violencia de la televisión en la audiencia infantil. Todo ello servirá de base teórica para el planteamiento de una segunda parte empírica, en la que se realiza una investigación entre 1137 niños de la Comunidad de Madrid con el propósito de analizar en la práctica si la violencia televisiva afecta a las creencias, actitudes y conductas de un determinado grupo de niños.

De este modo, pasaremos a explicar cronológicamente la evolución del término *efecto* desde los años 20 hasta nuestros días, aportando una aproximación científica a dicho concepto. Así, estudiaremos

cómo se empezó a hablar a comienzos del presente siglo de los *efectos de los medios de comunicación* y aparecieron términos tales como los de la *bala mágica o aguja hipodérmica*, con los que los analistas se referían a los poderosos efectos que los *mass media* producían en la audiencia. Los defensores de estas teorías consideraban al receptor como un sujeto pasivo y a los contenidos de los medios como los encargados de marcar las pautas respecto a la forma de actuar o de pensar de estos sujetos.

Posteriormente, después de la Segunda Guerra Mundial, surgieron nuevas hipótesis de trabajo, nuevos conceptos relacionados con los efectos provocados por los medios de comunicación. Los investigadores sociales consideraron entonces, que la audiencia no estaba formada por sujetos pasivos y aislados dentro de una sociedad de masas, sino por individuos que mantienen relaciones sociales y que tienen una personalidad determinada, por lo que seleccionan lo que ven y escuchan de manera individual. Se rechaza, pues, la teoría de que la televisión tenga efectos directos y uniformes sobre todos los sujetos, y se defiende la *teoría de los efectos limitados*, que estaría vigente hasta los años 60-70.

Así, con la aparición y rápido desarrollo de la televisión que tendría lugar en esos años, diversos científicos volvieron a plantear la hipótesis de que los efectos provocados por los medios de comunicación son muy *poderosos*, si bien, estas nuevas teorías introducían matizaciones importantes respecto a los postulados sugeridos por la *teoría de la aguja hipodérmica*. Es decir, a partir de los años 70 y 80, se reconoce que los receptores son individuos activos, con capacidad para seleccionar lo que ven, oyen o leen, pero que se ven muy influenciados conductual, afectiva o cognitivamente por aquello que reciben a través de los *mass media*.

Por lo tanto, vamos a empezar a plantearnos, en primer lugar, qué sujetos son los que verdaderamente se ven afectados por la violencia de la televisión. Todos, casi sin excepción, vemos o hemos visto series cuyos protagonistas utilizan la violencia de manera constante y, sin embargo, no todos hemos recurrido a actos de esta naturaleza en nuestras relaciones con los demás. Por ello, determinadas circunstancias o características del sujeto receptor les hará ser más propenso a la influencia de la violencia televisiva.

En segundo lugar, abarcaremos las principales teorías existentes hasta el momento sobre los efectos de la violencia televisiva en la audiencia. Veremos como al igual que es una realidad la existencia de la violencia de la televisión, también es una realidad los efectos que provoca en los receptores.

1.1. La violencia en televisión. Usos y funciones

1.1.1. Sujetos afectados por la violencia en televisión. Atracción hacia la violencia en la pequeña pantalla

Estados Unidos es el país pionero en el estudio de los efectos de la violencia de los programas de televisión en su audiencia. La violencia emitida en la programación televisiva de este país ha sido estudiada, investigada, discutida y criticada por psicólogos, profesionales de la comunicación, asociaciones de ciudadanos y el propio Senado de los Estados Unidos desde hace más de tres décadas.

Los primeros interrogantes sobre la cantidad de violencia emitida por la televisión surgieron casi al mismo tiempo que el medio. Las investigaciones realizadas a lo largo de los años, los métodos empleados y las conclusiones a las que se han llegado han sido tema de amplio debate en el ámbito tanto científico como social y político. Los estudios, de hecho, han demostrado que la televisión contiene un alto índice de escenas violentas en su programación. Así, por ejemplo, entre un 70 y un 93 por ciento de la programación de los distintos canales de televisión de los Estados Unidos incluyen algún contenido de carácter

violento (Signorielli, Gross y Morgan, 1982). De hecho, una considerable cantidad de esta programación violenta puede encontrarse en géneros televisivos que, en ocasiones, no se asocian directamente con tales argumentos, como es el caso de los dibujos animados, programas musicales o comedias.

La principal preocupación que surge al observar las altas cifras de violencia que se proyecta en la pequeña pantalla gira en torno a la posible relación entre los contenidos agresivos y la violencia existente en la sociedad. Un análisis realizado sobre 217 estudios que se desarrollaron entre 1957 y 1990 ha llegado a la conclusión de que "existe una correlación positiva y significativa entre la violencia de los programas de televisión y las conductas agresivas de los individuos" (Videodrome, 1994, p. 73).

En esta misma línea, se encuentran las conclusiones a las que llegó en 1993 la Asociación de Psicólogos Americanos, según la cual, no cabe duda alguna de que existe una relación causal entre la cantidad de violencia que se ve en la televisión, la aceptación de actitudes agresivas y el incremento de conductas violentas en los individuos expuestos a tal programación.

Un estudio aún más reciente realizado por Johnson (2002) parece ser bastante concluyente. Los autores de esta nueva investigación creen haber prácticamente demostrado que ver mucha televisión durante la adolescencia induce a conductas violentas. La virtud de este estudio reside en su larga duración. Los autores, de la Universidad de Columbia y el centro Médico Monte Sinaí (Nueva York) han seguido la evolución de 707 personas durante 17 años de su vida. Mediante encuestas, averiguaron el tiempo diario medio que los sujetos dedicaban a la televisión a los 12 y a los 22 años. Resultado: ver más de tres horas de televisión al día multiplica por más de cinco la probabilidad de incurrir en comportamientos agresivos. La correlación estadística entre uso de la televisión y violencia se mantiene aun cuando se descuentan otros factores: precedentes de conductas agresivas, trastornos psíquicos, falta de atención por parte de la familia, nivel educativo de los padres o índice de delincuencia de la zona.

Pero existe también un grupo de investigadores cuyos estudios muestran que esa correlación no es tan clara como parece (Freedman, 1984; Harris, 1994). Su principal interrogante está en saber si "el ver" causa "el hacer", es decir, en determinar si ver más violencia en televisión da lugar a una conducta más agresiva en el receptor o si es, tal vez, la personalidad agresiva del individuo lo que le lleva a ver más programas de este tipo.

No obstante, a pesar de estas discrepancias, parece haber consenso entre los investigadores cuando se habla de sujetos especialmente vulnerables al contenido violento de la televisión. Es decir, las conclusiones alcanzadas por diversos estudios expuestos a continuación, nos muestran que la violencia de la televisión influye sobre las creencias, actitudes y comportamientos de la audiencia, si bien, algunos miembros de la audiencia serán más sensibles que otros a este tipo de efectos.

En este sentido, parece claro para los científicos de la comunicación centrados en el estudio de la violencia, que la televisión tiene una mayor influencia sobre aquellos sujetos que cuentan con un cierto antecedente de agresividad, es decir, con una cierta predisposición a la violencia en su comportamiento. Así, Fenigstein (1979) ha demostrado que existe cierta tendencia en los individuos de carácter agresivo a preferir programas televisivos en los que la violencia constituya uno de los ingredientes principales.

La *teoría social del aprendizaje* nos dice, igualmente, que este tipo de individuos suele recordar con más facilidad lo que ve en la pequeña pantalla y que, dada una situación similar a aquella que han visto en el televisor, pondrá en práctica lo que ha observado y aprendido de los personajes. De hecho, la vio-

lencia televisiva provee de modelos útiles y roles de agresividad bastante atractivos a aquellos sujetos cuyo temperamento, personalidad y circunstancias les predisponen a comportarse de forma agresiva.

Según Jeffres (1986), la televisión reforzaría la creencia de que la agresión es un método apropiado y aceptado para solucionar los problemas. Así pues, la televisión, para un determinado segmento de la población, constituye un factor que incita a trasladar a la vida real los rasgos más hostiles y violentos del carácter personal de cada uno.

1.1.2. ¿Por qué sigue programándose violencia?

A pesar de la evidencia de numerosas investigaciones sobre la violencia en la televisión en las que parece claro que existe una relación entre ver contenidos violentos en la pequeña pantalla y las posteriores reacciones violentas de los sujetos receptores, los programas de contenido violento continúan siendo los más populares y los más demandados por la audiencia. Por ello, conviene preguntarse si existe también una relación entre el contenido violento de la televisión y los valores de entretenimiento de los receptores, así como por qué tales programas atraen a la audiencia y cómo consiguen hacerlo.

Berlyne (1960) ha apuntado que una de las ventajas del contenido violento de la televisión sobre el contenido no violento se basa en los valores de entretenimiento. En este sentido, considera que la violencia implica *conflictos* o sensaciones de diverso tipo, los cuales constituyen un importante ingrediente de alto valor de entretenimiento. Esta observación debe tenerse en cuenta a la hora de examinar la violencia que se proyecta continuamente en televisión.

Bandura y Walters (1963) han sugerido que ver el contenido violento de los programas emitidos en la pequeña pantalla no debería ser una experiencia divertida o entretenida porque en nuestra sociedad se enseña a los individuos, desde muy temprana edad, a contener sus tendencias agresivas. Consecuentemente, cualquier efecto derivado de ver actos agresivos o violentos debería suponer la aparición de sentimientos desagradables.

Por el contrario, aquellos que defienden la hipótesis de la catarsis sugieren que ver retratos de violencia en la televisión debería ser una experiencia agradable en tanto que provee de canales para descargar la energía negativa que cualquier ser humano guarda en su interior. Estas *descargas* producirían, pues, sensaciones próximas a la satisfacción en tanto que el receptor consigue reducir la tensión.

No obstante, también se ha apuntado que el hecho de que un receptor se vea afectado o no por la agresividad representada en la televisión depende de variables como el humor y la experiencia inmediatamente anterior a la situación de percepción. En este sentido, se llegó a la conclusión de que ver violencia en la pequeña pantalla resultaba una experiencia agradable y positiva sólo si el receptor era insultado o molestado inmediatamente antes de la exposición (y, por lo tanto, estaba, presumiblemente, de mal humor). Es decir, sin este condicionamiento previo, se observó que la violencia no resultaba agradable para el espectador. Una objeción a este estudio se encuentra, sin embargo, en el hecho de que a los receptores no se les enfada o intimida habitualmente antes de ver un programa de televisión, con lo cual parece difícil poder generalizar estas conclusiones a una situación normal de percepción.

Los estudios anteriores nos proporcionan tan solo una indicación indirecta de que determinadas características o circunstancias del sujeto receptor hacen que experimente atracción hacia la violencia de la televisión; no obstante, existen otras evidencias más directas que también apuntan a que esta relación existe (Belson, 1978; Friedman y Johnson, 1972; Robinson y Bachman, 1972). Así, algunos de estos au-

tores han interpretado los resultados de sus investigaciones como una demostración de que ver violencia en televisión provoca una conducta más agresiva en el receptor posteriormente. Otros, como Fenigstein (1979) o Gunter (1985) argumentan que son los individuos de naturaleza agresiva los que eligen ver programas de violencia en la pequeña pantalla.

De los numerosos estudios ya citados puede concluirse que la influencia que produce la violencia televisiva en la audiencia se ve limitada por una serie de elementos o condicionantes que hacen que no todos los sujetos receptores se vean afectados de manera directa e inmediata por los efectos de la violencia de la televisión, si bien sí existe un número considerable de estudios que demuestran cómo la violencia emitida en la pequeña pantalla deja su huella en ciertos sectores de la audiencia.

1.1.3. *¿Qué esperan los niños de la televisión? Las funciones de la televisión para la infancia*

Conocer el papel que desempeña la televisión en la educación y desarrollo social de los niños es fundamental para que los científicos puedan entender el gran número de horas que los pequeños dedican a esta actividad y, por tanto, el impacto de esta continua exposición al medio. A continuación, veremos las principales funciones de la televisión para la infancia y, en concreto, la función de la violencia televisiva.

Para empezar, no podemos olvidar que los niños de hoy en día tienen a su alcance este medio de comunicación a una edad más temprana y con mayor facilidad de lo que lo tenían sus padres. La televisión constituye en la actualidad el componente central de una sociedad multimedia que parece haber alterado la naturaleza de la infancia y el desarrollo social e intelectual de los niños tal y como se había concebido en generaciones pasadas.

Durante muchos años, los investigadores se han preocupado por estudiar los usos y gratificaciones de los diferentes medios de comunicación, y, en especial, de la televisión. Es decir, los científicos han partido del hecho de que los medios de comunicación satisfacen diversas necesidades de sus consumidores: entretener, informar, hacer compañía, relajar, etc.. Estas necesidades pueden llevar a las personas a buscar un medio de comunicación concreto o, en el caso de la televisión, elegir un programa en particular. No obstante, la mayoría de las personas que ven la televisión lo hacen como una alternativa apetecible para momentos de ocio.

En el caso de los niños, Schramm, Lyle y Parker (1961) opinan que las tres razones principales que impulsan a los niños a ver la televisión son las siguientes:

- a) El placer de estar entretenido. De hecho, la televisión ofrece un mundo de fantasía en el cual el niño puede escaparse de su mundo real y de sus problemas.
- b) La posibilidad de obtener información, por ejemplo, de cómo vestir, comportarse, etc.
- c) La *utilidad social*: referido a los jóvenes, por ejemplo, la televisión supone en ocasiones una excusa para sentarse juntos muy cerca el uno del otro, para conseguir temas de conversación, etc.

Otros estudios desarrollados en Gran Bretaña y Estados Unidos han contribuido también a identificar las razones principales por las que los niños ven la televisión. Una de estas investigaciones, dirigida por Greenberg (1976), concluyó que los niños ven la televisión por ocho razones principalmente: a) Pasar el tiempo; b) Olvidar; c) Divertirse; d) Aprender; e) Como un estímulo; f) Como un modo de relajación; g) Como acompañante; h) Como hábito.

En un estudio similar desarrollado por Gunter y McAleer (1990), estos autores identificaron seis razones de por qué los niños ven la televisión, razones que coinciden en gran parte con las expuestas con anterioridad por Greenberg. Así pues, los niños ven televisión para: a) Pasar el tiempo; b) Aprender; c) Sentirse acompañados; d) Escapar. Veamos más en profundidad cada una de ellas.

a) *Pasar el tiempo*

Una de las razones principales mencionadas por los niños para ver televisión es la de pasar u ocupar el tiempo, tal y como se pudo observar en el trabajo realizado por Greenberg (1990) con niños británicos. Ésta fue la respuesta mayoritaria dada por los niños, si bien se pudo observar que pasaba a ocupar lugares secundarios conforme se entrevistaba a niños de mayor edad. Las razones que dan los niños para ver la televisión como un modo de pasar el tiempo están relacionadas con el tipo de programas que ven y lo que piensan sobre los mismos. Así, los niños que afirman ver televisión por pasar el tiempo tienen menos probabilidades de ver programas informativos y documentales y más de ver comedias o programas de entretenimiento. Lo cual significa, que al niño le gusta pasar el tiempo viendo televisión pero, sobre todo, que la televisión le entretenga. Por este motivo, los niños muestran preferencia por programas que son "emocionantes, divertidos y buenos" .

Se ha podido observar que aquellos niños que dicen ver la televisión como una forma de pasar el tiempo les gusta, a su vez, hablar mucho más sobre la televisión. Es decir, podemos concluir que la televisión cumple también una función de agenda-setting (selección de los temas sobre los que se piensa y se habla) para este sector de la audiencia ya que determina sobre qué van a hablar los niños.

b) *Aprender*

Gran parte de los estudios realizados sobre los motivos que conducen al niño a ver televisión coinciden en destacar el hecho de que el niño aprende algo cuando ve la televisión. Así pues, se podría decir que la televisión cumple una función informativa, aunque esto no quiere decir, sin embargo, que los niños vean la televisión con la intención de aprender algo.

Este hecho tan sólo es aplicable a una minoría de niños y es un fenómeno que se produce a una determinada edad. Es decir, conforme los niños crecen, existe una mayor tendencia a ver la televisión con la intención de aprender algo.

El estudio de Hooft y Thunissen (1980) muestra que, según opinan los propios niños, la televisión puede proporcionar ideas nuevas, enseñar a hacer nuevas cosas y mostrar aquello que está bien o que está mal. Es decir, la televisión no sólo muestra al niño lo que ocurre en el mundo, sino lo que ocurre a su alrededor, en su propio ambiente. En este sentido, la televisión juega un papel más importante que el periódico e, incluso, en opinión de estos autores, que un libro.

En la encuesta realizada por Greenberg (1990) entre niños británicos, se identificaron dos razones principales por las que el niño utilizaba la televisión como un medio de aprendizaje: la primera, para aprender sobre sí mismo, y la segunda, para aprender sobre otras cosas. Los niños aportaron otras tantas motivaciones relacionadas con todo aquello que podían aprender mediante el uso de la televisión: a) Aprender lo que sucedía en el mundo; b) Aprender sobre cosas que habían sido explicadas en el colegio; c) Observar cómo se debe actuar en determinadas circunstancias; d) Aprender qué podía sucederles a ellos; e) Ver cómo otras personas tratan de solucionar los problemas que ellos mismos tienen.

c) *Sentirse acompañado*

En un gran número de ocasiones los niños ven la televisión en solitario. Cuando el niño está solo o se siente solo, enciende el televisor, de forma que puede viajar con su imaginación y compartir con los personajes que aparecen en pantalla aventuras que difícilmente podría compartir con otros amigos. Este es el significado que algunos autores han encontrado cuando se refieren a la televisión como compañera y que denominan *relación parasocial* de la televisión.

Esta *relación parasocial* puede producirse con aquellos personajes de la televisión que aparecen con más frecuencia en la pequeña pantalla, así como con aquellos que simulan conversaciones cara a cara con el receptor. Una consecuencia casi inmediata de esta implicación entre el receptor y el personaje de un determinado programa de televisión es la familiaridad que el primero llega a tener con el segundo, lo cual, conduce al individuo a sentir que conoce al personaje como si fuera real y pudiera predecir sus acciones.

Otra dimensión de la televisión como compañera es la que considera a la misma como *baby-sitter* o niñera, es decir, desempeñando el papel de la persona que se encargaría de entretenerles y mantenerlos tranquilos en casa. En casi todos los hogares se podría decir que queda demostrada la eficiencia de la televisión para mantener a los niños tranquilos por largos períodos de tiempo. Sin embargo, conviene decir que no se trata de un fenómeno nuevo. Ya en los años 50, Maccoby (1954) encontró que las madres mencionaban el uso de la televisión como elemento pacificador de sus hijos. En su mayoría, estas mujeres coincidían en que la televisión les hacía más fácil el cuidar a sus hijos en casa. Lo que en realidad ocurre es que los niños llegan a estar tan absortos ante lo que ven en la pantalla, que se tranquilizan y requieren, por lo tanto, menos atención de los padres.

d) *Escapar*

La televisión ofrece un mundo de fantasía a través del cual el niño puede escaparse de los problemas de cada día o, simplemente, del mundo real en el que vive. La función escapista de la televisión opera tanto para niños como para adultos, y es uno de los mecanismos centrales de las funciones de entretenimiento de la televisión.

Se han podido identificar diversos motivos que justifican la necesidad de escapar a través de la experiencia de la televisión. Uno de estos motivos puede encontrarse en que los niños, que viven en un ambiente familiar difícil, utilizan la televisión como un escape ante esa situación. Lo mismo sucede entre niños que tienen problemas en el colegio y que intentan olvidarlos mediante la vía de escape que le ofrece este medio de comunicación.

Asimismo, otro de los factores importantes por los que se utiliza la televisión como medio de escape es la forma en que los niños tienden a relacionarse entre sí. Himmelweit, Oppenheim y Vince (1992) han podido concluir que los niños que se convierten en *adictos* a la televisión, además de tener un coeficiente intelectual inferior y pertenecer normalmente a familias con pocos recursos económicos, son introvertidos y suelen contar con pocos amigos. A este grupo de niños, la televisión les sirve para mantener sus mentes ocupadas y no pensar en sus problemas familiares o en su soledad.

Función de los programas violentos

Llegamos así a la función que los programas de contenido violento desempeñan para los más jóvenes. De todo lo expuesto anteriormente, podemos concluir que la televisión en general, tanto programas

informativos como de entretenimiento, cumplen diversas funciones. Como hemos dicho, al ver la televisión, los niños obtienen ideas, aprenden sobre lo bueno y lo malo, y en definitiva, les ayuda a pasar el tiempo de manera agradable y entretenida.

El problema reside en que si de la televisión se espera descanso, entretenimiento, información, etc. podemos decir que los programas de contenido violento pueden desempeñar de la misma forma tales funciones. Las investigaciones relacionadas con la violencia de la televisión sugieren que los programas de este tipo pueden influir, en primer lugar, en la noción que el niño tiene de la realidad y, en segundo lugar, puede dar al niño ideas y lecciones a veces erróneas de cuando, por ejemplo, la violencia es aceptable y cómo debe utilizarse.

En este sentido, una cuestión de gran trascendencia que se plantea en este momento es qué ocurre con aquellos niños que eligen escapar mediante la violencia televisiva. Freedman y Newton (1975) han demostrado que existe una relación entre las preferencias por ver violencia en la televisión y los estados de humor de los individuos. Así, los sujetos a los que se había enfadado o enojado con anterioridad a la exposición a la televisión, mostraban una mayor preferencia por ver programas violentos en comparación con aquellos individuos que no habían sido previamente alterados. Igualmente, investigadores como Goldstein (1979) han observado que cuando se induce a determinados sujetos a que imaginen comportamientos agresivos, se suele producir una mayor preferencia por las películas violentas.

No obstante, en la bibliografía existente sobre el impacto de la violencia de la televisión en los espectadores no se encuentran demasiadas investigaciones sobre si los programas violentos de la televisión son vistos de forma selectiva, en particular, por aquellos niños cuyas personalidades muestran en principio ciertas disposiciones a la agresividad. Por los años 70, se desarrollaron en los Estados Unidos algunos estudios que mostraron la relación entre la agresividad de los delincuentes y sus preferencias por ver programas de contenido violento. Tales resultados dieron lugar a interpretaciones opuestas; así, mientras que para algunos el estudio demostraba que ver violencia en televisión propicia el desarrollo de tendencias antisociales, para otros, los resultados tan sólo confirmaban que los sujetos de carácter agresivo prefieren ver programas de contenido violento.

En este sentido, Atkins, Greenberg, Korzeny y McDermott (1979) han mostrado como la predisposición de ciertos individuos a un comportamiento violento puede ser la razón principal por la que éstos prefieren ver programas violentos en la televisión y se divierten con los mismos. En este estudio, realizado entre adolescentes, se midieron las actitudes de los sujetos hacia el uso de la agresión así como sus hábitos televisivos. Aunque si bien un año más tarde los hábitos televisivos habían cambiado muy poco, se pudo observar que los individuos que mostraban unas actitudes violentas al principio del estudio expresaban una particular y destacada preferencia por los programas violentos, incluso cuando otras importantes variables tales como el sexo y la edad habían sido controladas estadísticamente. Por el contrario, la relación entre ver violencia en televisión y el desarrollo de actitudes agresivas fue menos significativa.

No obstante, podemos decir que los programas violentos emitidos en la pequeña pantalla, al igual que muchos otros, cumplen una determinada función para los niños, bien sea la de pasar el tiempo, bien la de aprender o bien cualquiera de las expuestas anteriormente. El problema reside en el uso positivo o negativo que los niños hacen de aquello que ven en la televisión y de las horas que dedican a la misma que, como sabemos, son horas que restan a otras actividades que ayuden quizás en mayor medida a su desarrollo social e intelectual.

1.1.4. *Cuantificación de la violencia que los niños ven en la televisión: El caso español*

Es una realidad que los niños de comienzos del siglo XXI pasan un gran número de horas delante del televisor. Nadie puede negar este hecho. Según diversos informes de la Unesco, más del 96% de los niños ven la televisión una media cercana a las 25 horas semanales, lo que supone, aproximadamente, el mismo tiempo que pasan en el colegio.

Se ha demostrado que los niños se habitúan a ver la televisión a partir de los dos años y medio. Así, un estudio realizado por Anderson y Levin (1976) subraya que los niños entre 14 y 24 meses de edad, a pesar de su corta edad, son capaces de imitar los estímulos de la televisión tanto inmediatamente después de la exposición como 24 horas más tarde.

La influencia de la violencia televisiva en la infancia está, pues, muy relacionada con la cantidad de programación que los niños ven, con el tiempo que dedican a este medio de comunicación. Investigaciones más recientes nos dicen que en España, los niños permanecen, como media, un mes y medio frente al televisor cada año. Muchos de ellos solos, absortos, hipnotizados por la pequeña pantalla. Los niños españoles dedican al año más horas a ver televisión que a ir a clase. Cada uno de ellos ve al día un promedio de dos horas y 34 minutos la televisión y, a lo largo del año, un total de 937 horas, es decir, 37 más que las que pasan en el colegio. Esta es una de las principales conclusiones que se desprende de un informe elaborado por la Fundación para la Cooperación y Educación (Funcoe), que, además pone de relieve la insuficiente calidad de los contenidos.

La preocupación por una creciente y continua exposición a la televisión reside en que, cada vez más, este medio emite una programación de mayor contenido violento. Así, Gerbner y Signorielli (1990) han indicado que, en los últimos 20 años, una sola hora de programación de prime-time u horario de mayor audiencia televisiva, contiene 5 actos violentos y que una hora de programación de sábado por la mañana, contiene una media de 20-25 actos violentos. Aunque lógicamente esta cifra puede oscilar, los niños podrían ver en torno a 20.000 asesinatos durante sus años de infancia y juventud. Y en torno a los 100.000 actos de violencia de muy diverso tipo antes de que el niño llegue a la adolescencia. Estas cifras parecen verse incrementadas en los últimos años, en los que la televisión cada vez más recurre a los contenidos violentos como fórmula para atraer audiencia.

De hecho, estas cifras resultan aún más preocupantes cuando se analiza los programas en los que suelen aparecer este tipo de actos. En opinión del propio Gerbner (Frontline, 1995) "la mayoría de la violencia que ven los niños es lo que yo llamo 'violencia feliz'. Es original. Es atrayente. Es efectiva. Algunas veces es, incluso, divertida y siempre tiene un final feliz".

Según las cifras aportadas en nuestro país por la Asociación de Telespectadores y Radioyentes (ATR) y publicadas en el periódico *El Mundo*, los niños españoles en edad escolar pueden llegar a contemplar en una semana 670 homicidios, 420 tiroteos, 48 secuestros, 30 acciones de tortura, 19 suicidios, 18 imágenes relacionadas con las drogas y 11 robos.

En esta misma línea están los datos aportados por la Asociación Española de Pediatría, según la cual, los niños entre 2 y 5 años ven la televisión como mínimo 25 horas semanales, con unas 32 escenas de violencia diaria, lo que supone al año unas 12.000 referencias a la violencia, además de unas 14.000 al sexo y unos 2.000 anuncios relacionados con el alcohol (Castillo, 1993). Asimismo, en el IV Congreso Estatal sobre la Infancia Maltratada se puso de manifiesto que los niños españoles pueden llegar a presenciar más de 200.000 actos violentos a través de la televisión antes de cumplir los 18 años.

Es curioso como en un estudio realizado por el Instituto de Medios y Audiencias (IMA), tres de cada cuatro españoles consideren violenta la programación infantil de televisión, sin embargo, parece que los adultos hacemos poco para evitar la continua exposición de los niños a este tipo de programas. En la actualidad, la fuerte competencia entre las distintas cadenas por captar a la audiencia infantil hace que los programadores intenten dar dinamismo y un mayor atractivo a estos espacios, en los que la violencia junto con los enredos amorosos constituyen la parte central de su contenido. La franja horaria que reúne las series más violentas se encuentra entre las 18,00 y las 20,30 horas, coincidiendo con el horario de mayor audiencia infantil.

De hecho, en un informe del Instituto Andaluz Interuniversitario de Criminología (1996) se indica que en la programación infantil se emiten escenas violentas cada 3 minutos y 33 segundos, mientras que en el resto de la programación, los actos violentos tienen lugar cada 14 minutos y 12 segundos. Mención especial dentro de esta programación infantil merecen los espacios de dibujos animados, algunos de los cuales basan prácticamente todo su contenido en la violencia. De hecho, según se desprende del estudio sobre contenidos televisivos que ha realizado una comisión del Senado español, los dibujos animados y las películas son los espacios que contienen mayor agresividad (*Televisión, agresividad, aprendizaje*, 1994).

Conocedores del riesgo de posibles iniciativas legislativas que podrían regular la emisión de los programas infantiles, el 26 de marzo de 1993 todas las cadenas de televisión españolas, públicas y privadas, firmaron un convenio, conocido como *Código Deontológico*, por el que se comprometían a cumplir voluntariamente una serie de normas para la protección de la infancia. Los contenidos perjudiciales para la audiencia infantil iban, según este acuerdo, a desaparecer de las pantallas. Sin embargo, y según puede comprobarse diariamente en la programación, no parece que ninguna cadena de televisión haya respetado dicho acuerdo.

Así pues, una vez visto que la televisión ofrece una amplia gama de programas infantiles y juveniles de contenido violento y que este sector de la audiencia dedica un número significativo de horas a ver dichos programas, el siguiente paso es saber hasta qué punto ello tendrá efectos en el desarrollo de estos individuos, en su capacidad afectiva y cognitiva, en la relación con los demás y, en definitiva, en su proceso de socialización.

1.2. Efectos de la violencia televisiva en la infancia

1.2.1. Primeras investigaciones sobre los efectos de la violencia televisiva en la infancia

La violencia ha estado presente, en un grado u otro, en la programación televisiva a lo largo de toda la historia de este medio de comunicación. Ya en 1954, surgieron las primeras voces críticas en el Senado de los Estados Unidos contra la violencia existente en los programas de televisión y los efectos negativos que ésta podía tener para los más jóvenes. No obstante, en aquel momento, los representantes de los principales medios de comunicación tan sólo pudieron aportar algunas conclusiones empíricas que demostraban que tales contenidos no tenían efectos negativos sobre la audiencia infantil.

Sería a partir de los años 60 cuando comenzaron a salir a la luz pública investigaciones más concluyentes sobre el impacto de la violencia televisiva en ciertos sectores de la audiencia, especialmente, en los niños (Baker y Ball, 1968; Berkowitz, 1965; Furu, 1962; Schramm, Lyle y Parker, 1961). Todos los estudios, desde ese momento y hasta la fecha, concluyen que los niños son, sin duda, el segmento que

presenta una mayor vulnerabilidad ante los contenidos violentos, y que la televisión desempeña un papel fundamental en el desarrollo de sus valores, actitudes y conductas y, por tanto, en sus interacciones sociales.

Entre estos primeros estudios se encuentra el trabajo desarrollado por Bandura, Ross y Ross (1961), quienes analizaron cómo ciertos programas de televisión despiertan en los niños el deseo de imitar a sus personajes. Destacar igualmente, la investigación realizada por Eron (1980) entre los años 1960 y 1980, por la cual llegó a la conclusión de que los niños que a la edad de 8 años veían gran cantidad de violencia en la televisión mostraban, cuando alcanzaban la edad adulta, un comportamiento más violento y unas actitudes hacia los demás de mayor agresividad.

Otros estudios, como el trabajo de Friedrich y Huston (1972; 1986) ampliaron estas investigaciones tomando como referencia conductas que se desarrollaban en ambientes tales como la escuela o la propia casa. Así, por ejemplo, una de estas investigaciones realizadas en los años 70 (Huston y Friedrich, 1972) se centró en los efectos de los dibujos animados de *Superman* y *Batman* en la conducta agresiva de los niños en edad preescolar, mediante la observación de los mismos en un ambiente natural, es decir, en la clase o en el recreo. Una de las principales conclusiones que se alcanzó a raíz de este estudio fue que aquellos niños que habían visto estos dibujos animados eran más propensos, en primer lugar, a entrar en confrontación con sus compañeros y, en segundo lugar, a jugar con ellos de forma menos cooperante. Se observó que ambas circunstancias se repetían tanto dentro del aula como fuera de ella.

Sin embargo, los niños que habían visto algunos capítulos de *El vecindario de Mr. Roger* (serie de dibujos animados conocida en los Estados Unidos por su carácter eminentemente educativo) tendían a jugar de forma más solidaria; con frecuencia, se pudo observar que éstos niños ayudaban a otros en sus tareas y que colaboraban también con los propios profesores, que compartían juguetes con sus compañeros y que expresaban preocupación por el bienestar de los otros. De este modo, una de las más importantes conclusiones que pudo alcanzarse a raíz del estudio de Friedrich y Huston fue que la televisión podía producir en los niños efectos tanto beneficiosos como perjudiciales, dependiendo, fundamentalmente, de la naturaleza del programa visto.

No obstante, estudios posteriores han destacado la importancia de otros factores (familiares, circunstancias, etc.) que afectan a las relaciones sociales de los niños además de la televisión. Todo ello se ha convertido en objeto de debate y de estudio con el propósito de descubrir la naturaleza de estas influencias y, especialmente, conocer la importancia que la violencia de la televisión tiene en los cambios de actitudes o conductas de los niños, en definitiva, en el proceso de socialización (Huesmman y Eron, 1986; Huston, Wright, Svoboda, Truglio y Fitch, 1992).

Doerken (1983) es uno de los numerosos científicos que han demostrado su preocupación por los posibles efectos que puede causar la televisión en los niños, al considerar que estos efectos se pueden reflejar, entre otros, en la dificultad de recordar o generar nuevas ideas, sentimientos o sensaciones, así como en el desarrollo afectivo y moral de los niños.

Otros estudios también demuestran que ver demasiada televisión puede afectar tanto a la calidad de las interacciones sociales del niño como a sus juegos. En este sentido, Landsberg (1985) ha observado en sus investigaciones que cuando los padres dejan que los niños no vean más de 30 minutos de televisión diaria, éstos juegan más y tienen más energías y mejor humor que cuando estos mismos niños ven televisión sin límite de tiempo.

Asimismo, en un estudio realizado por Argenta, Stoneman y Brody, (1986), se ha comprobado que los dibujos animados constituyen el tipo de programa más visto por los niños, siendo además el tipo de programa que provoca una mayor reducción de sus interacciones sociales. Sin embargo, se pudo comprobar igualmente que en series como *Barrio Sésamo*, los niños prestan menos atención, lo cual provoca un mayor número de interacciones sociales al tiempo que los niños juegan con más frecuencia con juguetes, especialmente entre los chicos. Las comedias constituyen, según estos autores, los programas a los que se les presta menos atención y a la vez los que menos gustan a los niños, sin embargo, ocurría lo mismo que con *Barrio Sésamo*. Es decir, tanto este programa como las comedias permiten que los niños dividan sus actividades entre ver televisión, jugar, estar con amigos y, en cierta manera, seguir implicados con lo que ven. Los dibujos animados, por su parte, los dejan hipnotizados y no les permiten realizar ninguna otra actividad.

Por otra parte, existen investigaciones en las que se demuestra que los niños en edad preescolar creen que los personajes de la televisión les hablan por lo que ellos también hablan con dichos personajes. Esto supone, según Dorr (1980), que la experiencia de la televisión desempeña el papel de una interacción social para el niño. No obstante, la televisión puede afectar considerablemente a las interacciones de los niños en tanto que tiende a desplazar otras actividades sociales y así interfiere en el desarrollo de ciertas habilidades indispensables para la comunicación de los niños con su entorno.

En este sentido, es interesante destacar el estudio en el que se interrogaron a 500 profesores del área de la comunicación de masas acerca de los efectos de la televisión en los niños. Según estos profesores, el principal efecto que provoca este medio de comunicación en los receptores más jóvenes es, en primer lugar, el de un mayor conocimiento sobre diversos temas, seguido por el de un incremento en la necesidad de gratificación inmediata, el refuerzo de los valores sociales, el aprendizaje de estereotipos y la disminución en la capacidad de lectura del niño. Asimismo, el estudio apunta que la televisión afecta a los niños en tanto que aumentan su agresividad y su curiosidad y disminuyen su atención y creatividad. Las principales variables a las que se atribuye tales efectos son el tiempo que el niño pasa viendo televisión, la actividad mental paralela a la recepción y las creencias y los valores aprendidos de los padres.

En los últimos años, educadores y psicólogos han llegado a sugerir que ver televisión tiene un efecto de deterioro en el desarrollo del cerebro del niño, en tanto que la televisión, como medio visual, puede sobrestimular el hemisferio derecho del cerebro (responsable del proceso visual) y producir el efecto contrario en el hemisferio izquierdo (responsable del lenguaje y la escritura). Sin embargo, hay investigadores, como la neuropsicóloga Katharine Fite, que concluyen que, a pesar de las voces levantadas contra la televisión en este sentido, los estudios que ella ha realizado parecen demostrar lo contrario, es decir, que la televisión no retrasa el desarrollo del niño en ninguno de los aspectos fundamentales de este proceso.

Así pues, estos diferentes estudios constituyen una importante aportación al campo de los efectos de la televisión en la infancia, dejando en su mayoría patente la idea de que los niños se ven claramente influenciados por la programación que se emite a través de la pequeña pantalla.

2.2.2. *Los efectos de la programación violenta en el comportamiento de los niños*

Los efectos de la continua exposición a la violencia emitida en la televisión pueden encuadrarse en tres categorías: conductuales, emocionales o afectivos y cognitivos. A continuación, analizaremos las principales hipótesis, teorías e investigaciones que se han desarrollado en cada una de estas tres catego-

rías en relación con los efectos que la violencia de la televisión produce en la audiencia infantil. En este sentido, las investigaciones acerca de los efectos que los programas de contenido violento provocan en el desarrollo conductual del niño se han centrado fundamentalmente en tres aspectos: a) Imitación; b) Desinhibición; c) Reducción.

Efectos de imitación

Una de las primeras corrientes de estudio sobre los efectos que los argumentos violentos de la televisión provocan en los comportamientos de la audiencia infantil se ha centrado en la tendencia existente entre los más pequeños a imitar aquello que ven en la televisión, concretamente, en lo que para ellos constituyen modelos de conducta y que se les presentan continuamente en determinados programas. Aquí se encontraría el origen del denominado *efecto imitación*, según el cual, la violencia aparecida en los contenidos televisivos es imitada o copiada por este sector de la audiencia.

Con el objeto de asegurar que la conducta del niño es una respuesta al programa que ha visto, es decir, que la televisión es la única variable interviniente en el proceso, en algunas de las investigaciones realizadas se utilizan como estímulo formas poco habituales de violencia y desconocidas en muchas ocasiones por el niño. Así, los propios investigadores han dado paso al denominado *efecto aprendizaje*. Es decir, si después de ver la televisión, los niños desarrollan conductas previamente desconocidas, obviamente, han aprendido nuevas formas de conducta agresiva. El efecto imitación y el efecto aprendizaje no han de ser necesariamente efectos a corto plazo, si bien salvo algunas excepciones, su incidencia como efectos a largo plazo no ha sido ampliamente investigada.

Centrando nuestra atención en los efectos de imitación, hemos de decir que, este es probablemente el tipo de efectos que, con el paso de los años, ha conseguido atraer la atención de un mayor número de investigadores. Como acabamos de indicar, esta teoría asume que los receptores, especialmente los más jóvenes, aprenden de las conductas que ven en los personajes de la televisión y copian sus acciones. Se parte de la hipótesis, por ejemplo, de que los niños pueden aprender que la violencia es la forma más útil y apropiada para solucionar los problemas o que, los más jóvenes pueden copiar las conductas de sus héroes para llegar a parecerse más a ellos.

En estudios realizados mediante experimentos de laboratorio, se ha podido comprobar que puede estimularse a los niños para que se comporten de manera agresiva exponiéndoles a películas o programas televisivos de contenido violento. No obstante, las dimensiones actuales de los efectos de imitación no se pueden determinar únicamente a partir de las investigaciones realizadas utilizando esta metodología experimental. Es necesario aplicar otros métodos de investigación para conocer la relación entre las experiencias de la vida diaria de los receptores, sus características sociodemográficas y circunstanciales y el incremento de las probabilidades de comportarse de forma violenta.

Casi todos los científicos sociales que han seguido de cerca el estudio de los efectos de imitación en los niños provocados por la televisión hacen una referencia histórica al estudio empírico realizado por Bandura, Ross y Ross (1963). En este estudio, que utilizaba como muestra a niños y niñas de edades comprendidas entre los 3 y 5 años, se mostraba a una persona golpeando un "Bobo doll" (Muñeco hinchable de plástico que se balancea al ser golpeado por los niños) bajo tres condiciones experimentales diferentes: Un primer grupo de niños visualizó la conducta en vivo; un segundo grupo vio cómo golpeaban al muñeco en una película; y un tercer grupo, también vio una película, pero en este caso se trataba de lo que los investigadores denominaron una versión "animada" (Un actor se disfrazó con un traje de

gato negro. La escena donde se desarrollaba esta conducta fue decorada con árboles de colores, pájaros y mariposas). Finalmente, había un último grupo (*grupo de control*) que no vio ninguna de las tres versiones.

Posteriormente, tras la exposición, se trasladó a los niños a una habitación que reunía muchas de las características de lo que habían visto, bien en la película, bien en la realidad, permitiéndoles jugar con los juguetes que tenían en la habitación de manera agresiva o cooperante, tal y como ellos quisieran. Uno de los primeros hechos que pudieron observarse fue que los tres grupos mostraron un comportamiento más agresivo que el grupo de control, que no había visto la conducta agresiva. Es más, no sólo fue la agresividad en su conjunto más alta (*efecto desinhibición*), sino que también las acciones de los niños se parecían más a aquellas realizadas por el modelo (*efecto imitación*). Así pues, Bandura, Ross y Ross fueron pioneros al demostrar que ver una película violenta podía producir el mismo efecto en la conducta del niño que ver un modelo violento en la vida real.

De hecho, esta conclusión constituyó una importante predicción para posteriores investigaciones. Aunque los preescolares del grupo que vieron la versión animada imitaron la conducta agresiva significativamente en menor grado que los niños que la habían visto en la versión real, conviene decir que estadísticamente las diferencias entre los tres grupos, sin embargo, no fue significativa.

No obstante, este estudio de Bandura ha sido también el centro de discusiones y críticas por parte de otros científicos. Wiegman (1975) es uno de los que hace una recopilación de los tres principales puntos de discrepancia respecto a esta investigación: a) No puede considerarse como agresión el hecho de pegar a un muñeco de plástico; b) Los resultados serían diferentes si se cambiasen las condiciones de tratamiento y medidas utilizadas en este estudio; y c) La poca familiaridad con el material utilizado como estímulo no puede, por sí solo, producir un efecto de imitación en el niño.

No obstante, no son éstas las únicas críticas que se vierten sobre este estudio, existiendo otros tantos aspectos que se tienen en cuenta para poner en duda la veracidad del mismo. Así, otra de las críticas reside en que el punto de partida de los investigadores es el punto de vista de los adultos. Es decir, estos investigadores asumen que los modelos aparecidos en las películas son menos realistas que los de la vida real y que lo mismo sucede con la versión animada. A los ojos de un adulto, estas diferencias son demasiado obvias, pero existe la duda de si los niños en edad preescolar también ven estos modelos de la misma forma. Es posible que lo que los adultos vemos en la televisión y que sabemos diferenciar perfectamente de lo que existe en la vida real, no esté tan claro para los niños.

En este sentido, Levelt (1981) ha llegado a la conclusión de que es muy probable que los niños no vean clara la diferencia entre lo que aparece en la televisión y la realidad. A raíz de diversas entrevistas con niños en edad preescolar, Levelt ha concluido que los niños consideran los programas de televisión como muy reales; para algunos, incluso, los personajes que aparecen en los programas están físicamente dentro del aparato de televisión.

No obstante, no todo fueron críticas al estudio de Bandura, Ross y Ross; también existen numerosos puntos favorables que han convertido a este estudio en punto de referencia obligado de posteriores investigaciones. Así, hay que decir, por ejemplo, que a diferencia de aquellas investigaciones que no toman en cuenta las diferencias individuales de la muestra, en el estudio del *Bobo-Doll*, se realizó el análisis de los resultados tomando niños y niñas de forma separada y comprobando si existía una relación entre los efectos obtenidos en el experimento y la agresividad individual de los niños.

Del mismo modo, gran parte de los investigadores incluyen en sus estudios una descripción detallada del material-estímulo utilizado (la película, por ejemplo). Asimismo, suelen incluir una descripción de las instrucciones que se dan a los niños en el laboratorio y cómo se les prepara para lo que va a suceder. Pero tan pronto como empieza la proyección, el investigador deja de observar y analizar la conducta del niño durante el desarrollo de la misma. En este sentido, la crítica considera que en el estudio de Bandura se pone gran atención al estímulo y posteriores reacciones de los niños, aunque es preciso estudiar también lo que sucede entre lo primero y lo segundo. Es decir, es necesario observar y analizar cómo percibe el niño lo que ve en la televisión y la atención que presta a su contenido.

Por último, insistir en que, a pesar de las críticas, no cabe duda que este estudio es pionero y base de cientos de estudios posteriores sobre los efectos de la violencia de la televisión en el comportamiento de los niños. De igual forma, parece indiscutible que los niños imitan aquello que ven, ya sea en la televisión como fuera de ella y, muy especialmente, si el modelo a imitar les resulta de alguna forma atractivo.

Efectos de desinhibición

La estimulación o incitación a la agresión provocada por una continua exposición a la violencia de la televisión es otro de los efectos que ha centrado la atención de algunos científicos preocupados por las dimensiones de esta violencia televisiva. Este tipo de efectos, denominados *efectos de desinhibición*, son importantes en el proceso de socialización en tanto que el niño puede llegar a obviar las normas de conductas existentes respecto al uso de la violencia y adoptar las transmitidas por medio de los programas de televisión. De hecho, los efectos de imitación llevan en cierta forma implícita la idea de la existencia de efectos desinhibidores.

Con el objeto de diferenciar estos dos tipos de efectos, el término *desinhibición* se ha utilizado en aquellos casos en los que la conducta violenta desarrollada por el niño forma parte de su personalidad con anterioridad a la investigación. Así pues, cuando los científicos hablan de un efecto de desinhibición se refieren al hecho de que, después de que el niño haya visto violencia en la televisión, desarrolla conductas agresivas –aprendidas anteriormente– con más frecuencia, más tiempo o más intensamente. Es decir, el niño poseería ya ciertos rasgos de agresividad en su personalidad y la televisión provocaría que desaparecieran las posibles normas que inhiben el desarrollo de la conducta agresiva ante determinadas circunstancias.

La teoría de los efectos de desinhibición de los programas violentos de la televisión presenta, no obstante, diferencias con la teoría de los efectos de imitación. Así, mientras que Bandura habla de que los modelos que aparecen en la televisión sirven para que los niños adquieran un conocimiento sobre ciertas conductas hasta entonces desconocidas, que pueden luego ser puestas en práctica, Berkowitz defiende la teoría de la desinhibición. Según Berkowitz (1965), la clave de los efectos está en la estimulación de la conducta violenta. Es decir, el niño habría adquirido previamente el conocimiento necesario para saber cómo actuar violentamente, siendo la función de la televisión la de proporcionar el tipo de información que liberaría o estimularía esa conducta violenta hasta entonces reprimida. Es decir, la televisión desinhibiría las normas sociales de conducta del niño. Así, Berkowitz y Rawlings (1963, p. 406) opinan que "... las personas que ven violencia bajo determinadas condiciones y que llegan a disminuir sus inhibiciones contra las respuestas agresivas, ven aumentadas, como consecuencia de ello, las probabilidades de comportarse de forma agresiva".

De esta manera, en los años 60, casi al mismo tiempo que Bandura estudiaba los efectos de imitación, Berkowitz (1965) diseñó un estudio para analizar cuál de los dos posibles mecanismos (desinhibición o catarsis –que abordaremos a continuación–) tenían más probabilidades de ponerse en marcha como efecto de la violencia proyectada en televisión. En este estudio, Berkowitz mostró a un grupo de niños un fragmento de la película *El Campeón*, en la que se incluía una escena de una pelea brutal.

Antes de ver la película, los encargados del experimento tenían como misión enfadar y poner de mal humor a algunos de los sujetos componentes de la muestra. Tras la proyección, se les dio a estos la oportunidad de agredir al mismo experimentador que anteriormente les había insultado. Según la teoría de la desinhibición, los sujetos enfadados deberían exhibir una conducta más violenta que aquellos otros que no fueron enfadados previamente o que no vieron ninguna película.

Además, Berkowitz también se interesó por observar hasta qué punto las *justificaciones* dadas al uso de la violencia establecían una diferencia en las respuestas de los sujetos ante el estímulo. Así, previa a la exposición a la película, se explicó a la mitad de los componentes de la muestra, que la violencia empleada en la escena estaba *justificada*, es decir, que el hombre que era golpeado se ganó lo que se merecía. A la otra mitad se les informó de que los golpes eran *injustificados*.

Las conclusiones de Berkowitz en ambos estudios le llevaron a confirmar la existencia de mecanismos de influencia desinhibitorios. Los niños que habían visto la película violenta presentaban una conducta más hostil y agresiva hacia aquellos individuos que les habían enojado y puestos de mal humor antes del experimento, que aquellos otros niños que no habían visto este fragmento de película. Así se llegó a la conclusión que ver violencia en televisión puede producir efectos desinhibitorios, especialmente, entre aquellos individuos que están previamente alterados o enfadados o entre aquellos en los que los instintos de agresividad forman parte de su carácter.

Por otro lado, otra de las conclusiones más sorprendentes de este estudio está relacionada con la variable *justificación*. Es decir, aquellos niños a los que se les dijo que la violencia de la película estaba justificada mostraron ser, posteriormente, los más agresivos de todos. Esta conclusión es importante en tanto que gran cantidad de la violencia aparecida en televisión está *justificada*. Por ejemplo, la violencia de los buenos (que es normalmente premiada) contra los malos (Berkowitz, 1965, 1969, 1971, 1974; Geen, 1976).

Efectos de reducción

Por otra parte, cabe también la posibilidad de que la violencia de la televisión sirva como vía de escape de los instintos agresivos que todos llevamos dentro. A continuación, estudiaremos un grupo de efectos conductuales de la violencia en televisión relacionado con este fenómeno: los efectos de reducción. Si bien la mayoría de las investigaciones y teorías desarrolladas sobre la violencia de la televisión creen que este medio provoca conductas agresivas en el receptor, las teorías sobre los efectos de reducción defienden todo lo contrario. Es decir, después de ver esta violencia, el efecto inmediato que se produce es una reducción de la conducta agresiva por parte del receptor. Veamos una de las principales teorías que tratan los efectos de reducción aplicadas a la audiencia infantil: la teoría de la catarsis.

En efecto, la hipótesis de la catarsis aplicada a la televisión significa que ver violencia en este medio provoca una disminución de la agresividad potencial que hay dentro de las personas. Es decir, se trata de una forma de desahogar sus instintos violentos mediante la visualización de las conductas violentas de otros, de manera que, después de ver esos programas, los miembros de la audiencia se comportan de

forma menos agresiva en su vida real. Esta hipótesis mantiene, igualmente, que cualquiera puede expulsar sus impulsos agresivos a través de experiencias catárticas indirectas. Aunque se considera que la catarsis ha caído en desuso, en la actualidad continua levantando diversas críticas entre los investigadores de los efectos.

Así, los investigadores sugieren que si tal descarga de sentimientos hostiles en verdad ocurre, este fenómeno quedaría probablemente restringido a determinados individuos que responden a unas características concretas. La catarsis ha llegado a concebirse teóricamente como una dimensión más de las habilidades individuales, habilidades entre las que se incluirían la fantasía, los sueños y la imaginación de cada persona (Copelan y Slater, 1985). Estas facultades mentales no están igualmente desarrolladas en todos los sujetos. Así, por ejemplo, algunos individuos, gracias a su imaginación, tienen una mayor predisposición a cambiar su estado de ánimo hacia sentimientos más positivos, lo que puede significar la reducción de la probabilidad de actuar agresivamente; este es el caso de los niños. Los menores se encuentran mejor preparados para liberarse de sus sentimientos negativos a través de las películas o los programas de televisión.

La mayoría de las conclusiones alcanzadas en el terreno de la catarsis y en relación con la forma en que la audiencia más joven responde a los estereotipos de violencia de la televisión ha derivado del trabajo de Feshbach (1963). En los años 50 y 60, este autor fue el primero en verificar la hipótesis de que los individuos pueden descargar sus impulsos agresivos a través de su fantasía y mediante la visualización de programas de contenido violento (sus estudios se realizaron mediante condiciones controladas de laboratorio). Más tarde, al comienzo de los 70, Feshbach y Singer (1971) pudieron verificar de nuevo su hipótesis y confirmar sus primeros resultados al observar una reducción en las tendencias agresivas de los más jóvenes. En esta ocasión, la investigación se llevó a cabo en condiciones más naturales y después de que los niños fueran animados a ver programas de televisión de contenido principalmente violento.

En este estudio, la muestra estaba formada por unos 600 niños cuya dieta televisiva había sido manipulada a lo largo de seis semanas. Durante este período, a algunos de estos niños se les había mostrado un mínimo de seis horas semanales de programación violenta, mientras que los otros había sido expuestos a programas principalmente no violentos. Diariamente se anotaba la conducta de los sujetos en una escala de valores. Así se llegó a la conclusión de que los niños que habían visto principalmente programas no violentos presentaban niveles más altos de agresión física contra sus amigos que aquellos que vieron programas de contenido violento. También se pudo observar, por ejemplo, que los niños que habían visto programas no violentos se peleaban al menos dos veces más que los otros niños y tenían más probabilidades de provocar estos enfrentamientos.

Este estudio ha recibido críticas a la vez que ha sido el punto de partida de otros investigadores que han intentado replicar la investigación utilizando condiciones similares a las de Feshbach y Singer, si bien sus conclusiones no han coincidido con las alcanzadas por estos autores, fundamentalmente, por tres razones:

1. El principal problema con el que se encontraron los investigadores fue el desconocimiento de la cantidad de violencia que pudo haber existido en los programas no violentos. De hecho, programas que otros investigadores han etiquetado como violentos (como pueden ser los dibujos animados), Feshbach y Singer los incluyeron dentro de la dieta de televisión no violenta.
2. Otro de los obstáculos a la hora de intentar repetir el estudio fue el desconocimiento de las condiciones en que cada niño veía la televisión.

3. Finalmente, hubo quejas entre los niños que vieron la programación no violenta de televisión porque no se les permitía ver algunos de sus programas favoritos. La frustración causada por prohibírseles ver los programas que le gustaban y que veían normalmente, pudo haber contribuido a un aumento de la agresividad en estos niños.

No obstante, y a pesar de estas críticas, otras investigaciones como las realizadas por Noble (1975), han conseguido demostrar que la conducta de los niños después de haber visto películas de violencia en la televisión no era más agresiva en sus posteriores juegos o interacciones con otros niños; de hecho, en ocasiones, las representaciones violentas de la televisión les animaban a jugar utilizando más su imaginación y menos los actos agresivos. También se ha podido observar que las imágenes de violencia –no reales– proyectadas en la pequeña pantalla animaban a los niños a relacionarse más con otros niños a la vez que a ser menos hostiles en sus relaciones; por su parte, las representaciones violentas más reales, especialmente cuando aparecían en pantalla las consecuencias de la violencia para la víctima, tenían como resultado un incremento de las tendencias agresivas de los niños.

Así pues, la violencia real (el programa que se seleccionó para el estudio fue un combate de boxeo) hizo que tanto los niños agresivos como los no agresivos se comportaran de manera más violenta, especialmente, cuando jugaban con otros niños. Sin embargo, la violencia que Biblow calificó como no real (en este caso, una película del Oeste) hizo que los niños que con anterioridad habían dado muestra de desarrollar una conducta agresiva utilizaran juegos más imaginativos.

Además de la imaginación, la habilidad para utilizar su fantasía o soñar despierto pueden ser la base de las diferencias entre los niños y sus respuestas a la violencia de la televisión. De hecho, aquellos niños que tienen más desarrollada su capacidad de soñar despiertos suelen tener una mayor capacidad para reinterpretar sus sentimientos agresivos y utilizar su fantasía para producir un cambio de humor en ellos mismos, reduciendo así la posibilidad de mostrar exteriormente una conducta agresiva.

Con el fin de comprobar esta hipótesis, Biblow (1973) trató de comparar las reacciones de los niños tanto ante películas violentas como ante películas no violentas. Los niños que configuraban la muestra se diferenciaban por sus niveles de imaginación o posibilidad de poner en marcha su fantasía. Una vez más, la técnica que se utilizó fue la de molestar a los niños antes de la exposición a la televisión, interrumpiéndoles mientras éstos construían un juguete. El paso siguiente fue el de visualizar, en primer lugar, una película de violencia; posteriormente, una de no violencia; y, por último, no ver ninguna. Al término de cada una de las proyecciones, se llevó a los niños a una habitación con juguetes, algunos de los cuales podían ser utilizados para jugar de forma agresiva. Se observó la conducta de los niños durante diez minutos y se tomó nota de su comportamiento en este tiempo.

Los resultados mostraron que los niños que presentaban una mayor facilidad para soñar despiertos presentaban significativamente menos agresividad en sus juegos, tanto después de haber visto la película de violencia como después de haber visto la de no violencia. Curiosamente, la agresividad observada fue mayor cuando los niños no vieron ninguna película. Asimismo, entre los niños que no eran soñadores, el material cinematográfico observado no produjo diferencia alguna en su conducta.

Por otra parte, los niños que presentaban una gran capacidad para poner en marcha su fantasía parecían ser capaces de reducir sus sentimientos de enfado e ir sintiéndose mucho mejor mientras veían secuencias de películas tanto violentas como no violentas. Así pues, esta investigación despierta algunas dudas acerca de la creencia popular de que la violencia en televisión sea perjudicial para todos los niños; es más, en el caso de los niños que tienen gran imaginación, los efectos de este tipo de programas pue-

den ser incluso beneficiosos. Tanto los programas de televisión violentos como los no violentos pueden ser una fórmula de que los niños reduzcan sus sentimientos de enfado. No obstante, no podemos olvidar algo muy importante, y es que estos efectos positivos de ver violencia en la televisión tan sólo se pueden aplicar a aquellos niños que desarrollan su fantasía de forma activa y regular. Los niños con bajos niveles de actividad imaginativa no son capaces de dejar a un lado sus sentimientos agresivos mediante la exposición a la televisión y sí pueden, por el contrario, reaccionar de manera más agresiva o violenta después de la exposición. Así pues, podemos concluir que el mismo programa de televisión puede tener resultados positivos o, por el contrario, perjudiciales dependiendo de las características individuales de los niños y de sus habilidades para utilizar la televisión de forma que les ayude a mejorar sus propios sentimientos.

En este sentido, Feshbach (1976) propone una serie de actividades que nos permitirían avanzar más en este campo de la catarsis referido, especialmente, a la posibilidad de que la televisión pueda reducir los deseos de agresividad de los niños mediante la utilización de su imaginación:

1. Examinar más de cerca las relaciones entre fantasía o imaginación y las reacciones ante los diversos tipos de programas televisivos.
2. Conocer la cantidad de niños que tienen lo suficientemente desarrollada su capacidad imaginativa, de forma que se pueda utilizar la televisión de una forma constructiva y así controlar sus emociones negativas y sus conductas.
3. Desarrollar investigaciones que muestren hasta qué punto los individuos se diferencian en su capacidad imaginativa.

En la misma línea, ya en los años 80, aparecieron nuevos argumentos acerca de la importancia que tiene la imaginación o la fantasía de los niños a la hora de hablar de los efectos negativos de la violencia de la televisión (Copeland y Slater, 1985; Feshbach, 1986). Esta capacidad imaginativa puede manifestarse en los niños a través de conductas creativas, fantasías o sueños. De este modo, el niño soñador puede refugiarse en su fantasía cuando se enfrenta a problemas o situaciones frustrantes, mientras que al menos soñador le puede resultar imposible hacerlo, quedando así limitado a expresar su enfado a través de la agresión. Se sabe que los niños que tienen desarrollada la capacidad imaginativa pueden reducir sus sentimientos de agresividad, imaginándose situaciones catárticas tanto violentas como no violentas, como pudieran ser el triunfo en el colegio, en citas con las chicas, etc.

En líneas generales, podemos concluir que la violencia de la televisión despierta ciertas conductas violentas en los niños que se ponen de manifiesto, especialmente, en sus relaciones sociales y en sus juegos. Si bien, como hemos presentado, existen estudios que han intentado demostrar que la violencia de la televisión es una vía de escape de la violencia individual, cabe decir que en la actualidad estas investigaciones carecen de excesiva credibilidad y se abren paso, sin duda alguna, aquellas que demuestran que la violencia de la televisión despierta el interés de los niños por comportarse como los modelos que aparecen en la pequeña pantalla, es decir, interés por actuar de manera violenta, obviando o desconociendo las consecuencias reales de sus conductas.

1.2.3. *Los efectos emocionales o afectivos de la violencia televisiva en la infancia*

Los niños se encuentran especialmente indefensos ante los efectos que pueden provocar la violencia emitida en televisión ya que pierden progresivamente sensibilidad ante la cantidad de agresiones físicas o verbales que ven todos los días y durante horas en la pequeña pantalla, de tal forma que al llegar a la

edad adulta, pueden haber quedado insensibilizados hacia determinadas formas de violencia. En este sentido, los principales efectos de naturaleza emocional o afectiva que han merecido la atención de los científicos han sido los efectos de desensibilización y estimulación o excitación, que abordaremos a continuación. No obstante, en primer lugar, nos gustaría ocuparnos en profundidad de dos componentes esenciales de estos efectos provocados por la televisión, es decir, la emoción y la empatía, aspectos fundamentales para comprender la influencia afectiva de determinados contenidos televisivos.

La emoción

Nosotros no podemos observar emociones directamente; es decir, no vemos la ira o escuchamos la satisfacción. Más bien vemos conductas violentas y sentimos el enfado; escuchamos risas y sentimos felicidad. Las emociones en sí mismas son estados internos y deben ser asumidas o interpretadas a raíz de la conducta que las refleja. No obstante, en ocasiones ocurre que tales conclusiones no están garantizadas. Es decir, podemos ver a alguien llorar por una película de la televisión y concluir que está triste por lo que ocurre en el film; pero la realidad puede ser muy diferente y el llorar no refleje emoción alguna sino que sea una consecuencia de algún problema ocular.

Sin embargo, sí es un hecho que las emociones son parte importante de la percepción de determinados programas de televisión. Aquello que la audiencia experimenta o siente mientras ve programas de deportes, películas de aventuras, telenovelas, juegos, etc., es una parte esencial de la experiencia psicológica de la televisión. Si el aspecto emocional estuviera ausente, se perdería una parte importante de esta experiencia; un ejemplo de ello lo podemos encontrar en el hecho de ver un partido de fútbol sin importar quién gane.

Para Zillmann (1983), podemos hablar de dos componentes esenciales de la emoción: el fisiológico y el cognitivo. Respecto al primero, cuando se estimula a los individuos, se ha observado que se producen ciertos cambios en sus cuerpos, tales como una aceleración del corazón o cambios en la piel. Respecto al componente cognitivo, los receptores también piensan sobre sus propios sentimientos y les atribuyen causas e interpretaciones a los mismos. Por ejemplo, si alguien se siente muy emocionado después de haber tenido una oferta de trabajo, la interpretación del estado corporal sería diferente que si se hubiera tomado diez tazas de café o si hubiese escapado de un ladrón que intentaba atracarle amenazando con una pistola. Así, podríamos decir que las emociones son un producto tanto de nuestro estado corporal como de nuestra interpretación cognitiva de ese estado.

Lo que ocurre en el caso de la programación violenta de la televisión es que ver una película de crímenes en la pantalla, por ejemplo, permite experimentar algunas de las emociones sentidas por los personajes sin que el receptor se exponga a ese peligro físico. Así, se puede llegar a ser estimulado de forma segura mediante estas experiencias indirectas. Según Tannenbaum (1980), si esas situaciones se experimentaran realmente en la vida diaria, el peligro o la situación en sí podría sobrepasar los aspectos positivos y no parecerían tan divertidos como los son en la televisión. De hecho, el aspecto emocional sería significativamente diferente.

Es interesante el hecho de que los niños puedan aprender de la televisión a cómo tratar las emociones, positivas o negativas, que ellos sientan en distintas situaciones. En un caso extremo, si la televisión regularmente emite imágenes y programas en los que los hombres expresan sus sentimientos de frustración mediante la violencia con las mujeres, los niños pueden aprender que estas formas antisociales de tratar con estos sentimientos son aceptables.

La empatía

Cuando tenemos la "habilidad de comprender y sentir lo que otros sienten" (Myers, 1992, p. 641), experimentamos empatía. La empatía puede ser vista como una identificación emocional, y sin duda, es un factor muy importante en el entretenimiento ofrecido por la televisión. Los miembros de la audiencia se divertirán más con una comedia si pueden compartir o sentir lo que los personajes sienten.

Respecto a la empatía, podemos hablar de dos niveles: el nivel cognitivo y el nivel emocional. La empatía cognitiva implica la habilidad de tomar la perspectiva de otro. Por su parte, la empatía emocional responde simplemente a un estado puramente afectivo. Más recientemente, se ha hablado de la empatía como un fenómeno de cierta complejidad y compuesto por varios factores que llegan a interactuar (Zillmann, 1991). Así, uno de los factores puede anular a otro que predominaba en principio. Por ejemplo, la respuesta natural ante la víctima de la violencia en una noticia o en unos dibujos animados es la de empatía con ese sujeto.

Sin embargo, esto puede ser anulado por una respuesta menos empática a la siguiente noticia, anuncio o dibujo animado que le siga inmediatamente. Así, lo que podría de otra forma evocar considerable empatía no lo hace. Este hecho podría, en parte, explicar por qué es tan difícil llegar a ser captado emocionalmente en una película con interrupciones para los anuncios.

A continuación y como hemos comentado al comienzo del apartado, veremos los dos principales efectos de carácter afectivo provocados por la violencia de la televisión en los niños: a) La desensibilización; y b) La estimulación o excitación.

Efectos de desensibilización

La teoría de la desensibilización ante la violencia parte de la base de que ver una y otra vez escenas de violencia en la televisión conduce a una reducción de las respuestas emocionales ante la violencia en la pantalla por parte de los receptores y un aumento de la aceptación de esta violencia en la vida real. En segundo lugar y con respecto a la audiencia más joven, esta teoría parte del hecho de que los niños, después de la exposición continua a programas de contenido violento, llegan a acostumbrarse a la violencia de estos programas. Como consecuencia de ello, las situaciones de violencia consideradas como *normales* en la pequeña pantalla, despiertan progresivamente menos interés o estimulación en este segmento de la audiencia de modo que se produce un aumento en la demanda de formas cada vez más extremas de violencia que les satisfagan, al tiempo que los niños se van *inmunizando* ante la violencia que ven en la vida real.

Entre los estudios realizados para verificar la existencia de estos efectos de desensibilización se encuentra el de Drabman y Thomas (1974), quienes analizaron la influencia de la violencia de la televisión en los niños de una determinada edad tras ser testigos de una pelea real entre dos niños. El objetivo era observar si los niños serían capaces de avisar a un adulto para que pusiera fin a la pelea. En el estudio, se pudo concretar que los niños que habían sido expuestos a la violencia de la televisión acudían en menor número a pedir la ayuda de un adulto por lo que se concluyó que la violencia de la televisión verdaderamente desensibiliza al niño ante la violencia real. De hecho, los niños que vieron la película violenta fueron los más tolerantes con la conducta agresiva de sus compañeros comparados con aquellos que no vieron ninguna película o con aquellos a los que se les proyectó una película de contenido no agresivo.

En un estudio de Thomas, Horton, Lippincott y Drabman (1987), realizado con el propósito de verificar los efectos de desensibilización, se introdujo como novedad el elemento *estimulación*. Se expuso tanto a niños y niñas (entre 8 y 10 años) como a adultos (hombres y mujeres) a un programa violento no real y a una serie de deportes no violenta. Posteriormente, vieron unos minutos de una película cuyo contenido incluía escenas de violencia real. Los resultados pusieron de manifiesto que, con la excepción de las mujeres adultas, los sujetos que inicialmente habían visto la película agresiva se alteraron menos por las escenas reales de violencia presentadas posteriormente que aquellos sujetos que habían visto la serie deportiva.

Así pues, las conclusiones obtenidas a raíz de los comportamientos de los niños y adultos se aceptaron como una clara evidencia de que la exposición a escenas de violencia no real tiende a reducir el impacto de la violencia real por lo que la audiencia puede perder de vista la verdadera dimensión de los actos violentos como consecuencia de tal exposición.

No obstante, hemos de indicar que los efectos de desensibilización tan sólo suelen producirse después de repetidas exposiciones a dicho contenido violento, por lo que el estudio de Thomas, Horton, Lippincott y Drabman no ha quedado exento de crítica en tanto que analiza tan sólo los efectos o reacciones que se producen tras una sola exposición.

Así, Cline, Croft y Courier (1988) realizaron una investigación en la que trataron de solventar los problemas relacionados con una única exposición seleccionando a aquellos niños que pasaban un gran número de horas delante del televisor. De este modo, se seleccionó a un grupo de niños (entre 5 y 14 años) –entre los que se encontraban tanto aquellos que veían muchas horas de televisión como aquellos otros que veían muy poca–, y se les mostró una película de contenido violento. En este estudio, se concluyó que aquellos niños que veían mucha televisión eran menos sensibles ante la violencia que aquellos otros que veían muy poca, conclusión que los investigadores consideraron que verificaba la hipótesis de que existe un proceso de desensibilización ante la violencia en aquellos individuos que pasan mucho tiempo viendo la televisión.

Thomas (1992) utilizó una técnica similar en un segundo análisis, confirmando la relación existente entre la cantidad de programas de televisión consumidos regularmente y la intensidad de las reacciones emocionales ante los contenidos violentos. Bjorkqvst y Didriksson (1985) también han demostrado que existe una disminución significativa de las reacciones emocionales o afectivas de los niños que ven una película violenta de corta duración después de ser expuestos a una película más larga.

En definitiva, todos estos estudios constituyen una base científica lo suficientemente significativa como para poder afirmar que la violencia de la televisión desensibiliza a la infancia ante la violencia, no solo la que se proyecta en la pequeña pantalla, sino también la que puede verse en la vida real. Se produce, pues, una disminución de las reacciones afectivas de los más jóvenes así como un creciente y continuo desinterés por las escenas presentadas.

Efectos de estimulación o excitación

Diversos estudios han llegado a la conclusión de que los estados de gran estimulación o excitación en el niño incrementan las posibilidades de que éste se comporte de manera violenta. A su vez, dichos estudios defienden que la violencia que se presenta en la televisión sirve bien para incrementar o bien para perpetuar esos niveles de excitación. Entre estos estudios encontramos los realizados por Geen y O'Neal (1969) quienes han demostrado que el incremento de la estimulación o excitación de un sujeto

aumenta la probabilidad de una conducta violenta en el mismo. La excitación resultante de la violencia televisiva provoca, por tanto, que los niños se comporten con mayor agresividad.

De igual forma, según se ha puesto de manifiesto en una interesante investigación de Huston, Fox, Green, Watkins y Whitaker (1981), las acciones de los personajes del programa visualizado en combinación con las características formales del mismo constituyen una importante fuente de estimulación para el niño. En este estudio se ha comprobado que en los programas clasificados como de *poca acción-poca violencia*, existe una menor tendencia de los niños hacia el comportamiento agresivo posterior, haciéndose patente un mayor desarrollo de juegos altamente creativos. Esto no ocurría, sin embargo, en aquellos programas en los que se combinaban las condiciones de *mucha acción-mucha violencia*.

En el estudio realizado por Josephson (1987), se ha podido observar que, una vez que se incrementa el nivel de estimulación o excitación del niño, los juguetes y otros materiales existentes en su ambiente desempeñan un papel muy importante para que el joven ponga en marcha una conducta violenta. Así, los niños que destacaban por tener una personalidad agresiva, mostraban también una conducta más agresiva tras ver violencia en la televisión y después de haberseles mostrado en la realidad ciertas alusiones (juguetes, por ejemplo) relacionadas con esta violencia. Esto no ocurrió, sin embargo, en aquellos niños que habían visto un programa violento pero a los que no se había mostrado objetos relacionados con la violencia.

En otro estudio similar realizado por Potts, Huston y Wright (1986), se observa de nuevo cómo la presencia de juguetes violentos tras la exposición provoca una conducta más violenta en el niño. En este caso, la presencia de juguetes que connotan violencia tras la exposición televisiva, demostró que la conducta agresiva desarrollada por los niños había sido activada por la alusión a la violencia que provocaban los juguetes.

Es interesante analizar llegados a este punto la diferencia que establecen Greer, Potts, Wright y Huston (1982, p. 611) entre la teoría de la excitación y la teoría de la imitación, al considerar que "la estimulación puede incrementar las posibilidades de desarrollar una conducta que es diferente, en cierta manera, a la conducta mostrada por el modelo". Es decir, de acuerdo con estos investigadores, la estimulación es un factor de motivación proveedor de la energía que será utilizada posteriormente en función de la incidencia de las distintas variables individuales, ambientales o circunstanciales. De hecho, cuanto más se aproximen estas circunstancias individuales de la vida real a las vistas en televisión, más posibilidades existen de que el individuo se comporte violentamente, según lo que ha visto en la pequeña pantalla.

Una vez más, hemos podido comprobar que existe una importante base científica que confirma la existencia de efectos de carácter emocional o afectivo en la infancia provocados por la violencia de la televisión. Conviene destacar que algunos de estos efectos, como los de desensibilización, se ponen de manifiesto a largo plazo y que será la continua exposición al medio la que provocará tales consecuencias. Estos efectos pueden alcanzar una dimensión dramática ya que televisión ha propiciado que algunos menores, además de jugar, consideran un fenómeno cotidiano contemplar muertes violentas.

Los efectos cognitivos de la violencia televisiva en la infancia. La teoría del aprendizaje observacional

En los últimos años, los efectos cognitivos son los que han despertado un mayor interés de los investigadores, especialmente, por la repercusión que los programas de contenido violento, real o ficticio, tienen en el desarrollo intelectual de la audiencia en general y de la más joven en particular. En este aspecto, son sin duda los defensores del *aprendizaje observacional*, como veremos a continuación, los

que más han destacado en el campo de los efectos cognitivos provocados por la violencia de la televisión en los niños.

Para empezar a hablar de la teoría del aprendizaje observacional, conviene aclarar que, a diferencia de otras teorías cuyo interés se centra en los efectos a corto plazo, –especialmente aquellas relacionadas con los efectos conductuales de la programación violenta de televisión– la teoría del aprendizaje observacional o también denominada *teoría social del aprendizaje* trata de arrojar algo de luz sobre los efectos a largo plazo. Esta teoría nos proporciona un punto de vista diferente sobre el desarrollo y regulación de la conducta agresiva de los receptores. Asimismo, la teoría social del aprendizaje es expresamente una teoría cognitiva que pone gran énfasis en el procesamiento cognitivo de la información. Esta teoría no solamente sirve para explicar el efecto de la violencia televisiva en las conductas agresivas sino que también arroja un poco de luz sobre otros tipos de efectos como los cambios en las actitudes, los efectos en la percepción de la realidad, etc.

De acuerdo con la teoría social del aprendizaje, la agresión es una forma de conducta que, como la mayoría de las otras formas de conducta, es aprendida. Uno aprende a través de las actividades que desarrolla, si bien resulta más fácil aprender mediante la observación. De acuerdo con Bandura (1973, 1977), la conducta social de un niño está significativamente determinada por la forma en que otros se comportan; es decir, un niño aprende observando. Así pues, el planteamiento inicial de la teoría del aprendizaje observacional es demostrar cómo la conducta social de los receptores (observadores) se ve afectada por la observación de la conducta de otros.

Desde el punto de vista de la teoría del aprendizaje observacional, el niño no está rodeado de personas sino de ejemplos. Desde este punto de vista, pues, el mundo del niño está compuesto de **modelos**. Así pues, esta teoría se demuestra en la práctica cuando el niño se comporta de acuerdo con los ejemplos ofrecidos por los modelos. El encuentro, esa fusión entre el niño y el modelo se denomina *modeling* o modelaje. Los primeros modelos con los que se encuentra el niño están en su ambiente más cercano. Es el denominado *live modeling* o modelaje vivo. Pero el niño también se encuentra con modelos en un medio como la televisión, los cuales constituyen los denominados *symbolic models* o modelos simbólicos. Esta última es la forma de modelar más importante en el contexto que nos interesa estudiar.

Cabe establecer una clara distinción entre el aprendizaje (adquisición) y la exhibición real (realización) de esa conducta. Viendo la televisión, un niño puede aprender nuevas formas de conducta. Sin embargo, que el niño ponga en práctica lo que ha aprendido (realización de la conducta) es otra cuestión. Esta distinción es particularmente importante porque el aprendizaje de la conducta está regulado por mecanismos diferentes de los que regulan la realización de la conducta aprendida.

En el caso del aprendizaje que el niño puede tener a través de la televisión, con independencia de que la conducta presentada en el modelo sea o no premiada, el niño aprende algo de esa conducta, cualesquiera que sean las consecuencias para el modelo.

De acuerdo con la teoría social del aprendizaje, la observación de modelos en la televisión puede tener principalmente tres efectos sobre el niño: a) Puede dar lugar al aprendizaje de nuevas formas de conductas; b) Puede debilitar las inhibiciones del niño (desinhibición) o fortalecerlas. En este caso, la conducta en cuestión está ya presente en el repertorio conductual del niño; y c) Puede facilitar la conducta social, en cuyo caso, la conducta socialmente aceptable de los otros es aprendida para realizarla tal y como es percibida por el sujeto.

Bandura (1973) define cuatro subprocesos que se encuentran mutuamente relacionados y que juegan un papel importante en el aprendizaje observacional:

- a) En primer lugar, el aprendizaje observacional presupone procesos de atención, es decir, el aprendizaje no ocurre automáticamente sino que se debe prestar atención a los modelos de conducta que aparecen en la televisión y distinguir sus características más sobresalientes. El niño observa selectivamente y lo que observa está determinado ampliamente por las propias características del niño. Las preferencias del receptor y las características del modelo son las que dirigen la atención del sujeto. Por último, es importante estudiar si lo que se observa tiene una relevancia funcional para el receptor o no, es decir, si de alguna forma puede serle de utilidad en su vida.
- b) Sin embargo, la observación atenta no es suficiente. Lo que se observa debe conservarse porque si se olvida, no puede tener ningún efecto. El segundo subproceso del que habla Bandura, denominado proceso de retención, es, pues, igualmente necesario. Se facilita la retención si lo que se observa se mantiene posteriormente en forma de imágenes claras en la mente del receptor. Además, es de gran importancia el hecho de que el niño pueda o no expresar en palabras lo que ha visto, ya que así será más fácil de recordar para él. Bandura ve esta práctica mental como una forma de no olvidar lo que ha sido aprendido.
- c) Que el niño mantenga en la memoria lo que ha aprendido no quiere decir sin embargo, que sea capaz de poner en práctica lo que observa. Tal capacidad requiere normalmente de ciertas habilidades físicas y mentales. Sin ellas, es imposible poner de manifiesto aquello que se tiene almacenado en la memoria. A este tercer subproceso Bandura lo denomina *proceso de reproducciones motoras*.
- d) Pero, incluso cuando uno es capaz de poner en práctica las conductas observadas, esto no quiere decir que vaya a producirse inmediatamente una imitación de la conducta. Antes de que esto ocurra, debe entrar en marcha un *proceso de reforzamiento y motivación*. Este cuarto subproceso depende ciertamente de cómo el propio modelo ha sido transmitido. Es decir, si la conducta tiene un final feliz, entonces el modelo tiene un mayor efecto de contagio. El niño piensa en las consecuencias; si prevé sanciones negativas, el niño no se mostrará particularmente ansioso por seguir el ejemplo; sin embargo, si cree que tendrá consecuencias favorables, se mostrará más inclinado a poner el ejemplo en práctica.

No obstante, Bandura (1973) no sugiere que el niño copie automáticamente las conductas que ve en la televisión. Antes de que tenga lugar tal imitación, toda una variedad de elementos pueden interferir en este proceso. En primer lugar, el niño puede mostrarse totalmente indiferente a la conducta del modelo en cuestión, simplemente, porque no ve una relación entre esa conducta y su propia existencia. En segundo lugar, el niño puede no aprobar la forma en que se comporta el modelo. Y aunque estas formas conductuales sean percibidas, pueden perderse en una representación simbólica inadecuada en la memoria del niño o por la falta de práctica mental del propio sujeto. Por último, el niño puede no estar simplemente preparado para poner en práctica lo que ha visto en televisión.

Así pues, la observación de modelos en los programas de contenido violento no supone la puesta en práctica inmediatamente de una conducta agresiva por parte del receptor. Entre otras cosas, esto depende de la forma en que los niños perciben los programas violentos. Por tanto, siguiendo la teoría del aprendizaje observacional, ver programas de contenido violento puede incitar o influenciar la puesta en

marcha de conductas agresivas en los casos en que estos programas incluyan en sus contenidos los siguientes elementos: a) Indicaciones de cómo actuar agresivamente (acumulando nuevos patrones de conducta agresiva); b) Indicaciones para poner en marcha las conductas más apropiadas en cada situación particular (qué tipo de conductas son premiadas y cuáles castigadas); c) Sugerencias de nuevas ideas; y d) Elementos que provoquen la estimulación o excitación emocional, especialmente, provocaciones violentas.

Pero los efectos de la violencia en televisión no concluyen en estas teorías. Como Hearold (1986, p. 111-112) explica "los efectos antisociales de la televisión abarcan desde el espíritu materialista que despierta en los receptores hasta el desarrollo de una conducta agresiva física y verbal, pasando por un deseo de utilizar la violencia en diversas ocasiones o de actuar en contra de las leyes sociales(...)".

No obstante, cualesquiera que sean las conclusiones a las que hayan llegado los investigadores en los estudios más recientes sobre la relación entre violencia televisiva y la conducta agresiva de los niños, ninguno de ellos ha argumentado que ver muchas horas de violencia en la pequeña pantalla conduce a un desarrollo normal de las conductas de los niños. En la actualidad, existen pocas evidencias que sustenten la hipótesis de la catarsis; de hecho, la mayoría de los investigadores solicitan una reducción de la cantidad de violencia que se proyecta en la televisión ya que se considera altamente perjudicial para su audiencia más joven. Se anima incluso a los productores de televisión a que cambien las soluciones violentas de las tramas planteadas en sus programas por alternativas prosociales, que pueden tener mayores beneficios en la audiencia infantil. Ya que los niños, inevitablemente, utilizan la televisión como un medio de aprendizaje, al menos que consigan retener información de utilidad, normas y valores positivos y esenciales para un desarrollo social y cognitivo en el que la violencia no aparezca como una forma más de enfrentarse a la vida.

1.2.4. *Otros aportaciones de interés sobre los efectos de la violencia televisiva*

Los estudios sobre los efectos de la violencia de los programas de televisión en la audiencia infantil, tal y como hemos visto hasta el momento, se engloban, en su mayoría, dentro de los denominados efectos conductuales, afectivos y cognitivos. No obstante, existen otras investigaciones que, si bien su objetivo final es igualmente el de demostrar la influencia negativa de la violencia televisiva en los niños, la metodología utilizada o las conclusiones finales alcanzadas no nos han permitido incluirlos en alguna de las anteriores categorías. Sin embargo, debido al interés de sus aportaciones, e incluso, la originalidad de las mismas y las posibilidades de realizar nuevas investigaciones en esa misma línea, consideramos oportuno describir algunos de los más destacados.

Este es el caso de la investigación realizada por Eckman (1981). La muestra estaba formada por 30 niños y 35 niñas en edades comprendidas entre los 5 y 6 años de edad. Su estudio consistió, básicamente, en grabar en vídeo las expresiones faciales de los niños y niñas mientras veían la televisión. Eckman partía de la hipótesis de que las expresiones mostradas por los niños mientras veían violencia en la pequeña pantalla serían un reflejo de determinadas reacciones emocionales. De la misma forma, creía que los tipos de reacciones faciales estarían asociadas a posteriores conductas (potencialmente violentas). En definitiva, su objetivo final era demostrar que aquellos niños que expresaran facialmente felicidad o interés mientras veían la violencia en la televisión mostrarían un comportamiento más agresivo, que aquellos otros cuyas facciones hubieran demostrado tristeza, disgusto o miedo.

El análisis de los resultados permitió observar que las expresiones faciales mostradas durante el momento de ver violencia en la televisión predecían de hecho posteriores conductas agresivas, si bien, solamente en el caso de los niños y no en el de las niñas. La conclusión fue, pues, que no era la mera presencia de violencia en la televisiva la que permitía predecir posteriores comportamientos agresivos, sino que las respuestas emocionales de los niños a las mismas constituían un elemento clave para suponer una determinada conducta violenta tras la exposición.

Eckman apuntó que las diferencias entre niños y niñas se debía, fundamentalmente, a que la violencia mostrada en el programa estaba representada por actores masculinos y que no había actrices con las que las niñas pudieran identificarse o que les sirvieran de modelo de conducta. Además, otro factor a tener en cuenta sería el de la socialización de la mujer en relación con las actitudes hacia la violencia. Por último, Ekman consideró que deberían realizarse más estudios en esta línea, si bien se deberían tener en cuenta estas posibilidades, es decir, estudios que incluyeran protagonistas femeninos y tomaran en consideración los factores de socialización de las niñas respecto a la violencia.

Otro interesante estudio fue el realizado por Foulkes, Belvedere y Brubaker (1982) quienes analizaron si el hecho de ver violencia en la televisión antes de irse a dormir afectaba, es decir, reducía o incrementaba, los componentes de ansiedad, agresividad, placer o incluso, al propio colorido del sueño. Para realizar el estudio, después de llegar al laboratorio, los niños componentes de la muestra se colocaban, en primer lugar, sus ropas de dormir y se les conectaban electrodos en la cara y en diversas partes de la cabeza. Acto seguido veían programas de televisión, bien violentos o bien no violentos y se disponían a dormir. El procedimiento a seguir a continuación era el de despertar al sujeto después de diez minutos de rápido movimiento ocular, indicativo de que estuvo soñando durante ese tiempo. En ese momento, cada uno de los sujetos respondían a las preguntas de la encuesta y continuaba durmiendo.

El procedimiento se repitió hasta tres veces, con tres grupos de sujetos que se diferenciaban por el programa al que habían sido expuestos. El análisis de los resultados permitió observar que en cada ocasión, los sueños eran diferentes. Así, los resultados del primer experimento indicaron que los sueños, después de ver violencia en la televisión, eran más interesantes y más imaginativos. Sin embargo, en una repetición del estudio, los resultados mostraron que la exposición a la violencia en la televisión producía sueños menos imaginativos y estimulantes. Debido a este conflicto de resultados, se realizó una segunda réplica, cuyos resultados indicaban que no había diferencia en el contenido de los sueños, cualquiera que hubiera sido el contenido del programa (violento o no violento) que los niños hubieran visto antes de dormir. Por este motivo, una vez más, los investigadores expusieron la necesidad de realizar más estudios sobre este aspecto de los efectos de la violencia en televisión.

Años más tarde, Van der Voort (1986) sigue reclamando la necesidad de profundizar más en este campo de los efectos, ya que en uno de los estudios realizados en Suiza, la mayoría de los padres parecían de acuerdo a la hora de afirmar que, entre las principales objeciones para que sus hijos no vieran violencia en televisión se encontraban, en primer lugar que, además de asustar o atemorizar a sus hijos, estos programas les provocaban desvelos nocturnos con bastante frecuencia además de constantes pesadillas.

Otro de los efectos de la violencia en televisión de interés es el de la amnesia provocada por la exposición a determinados contenidos o imágenes televisivas. Loftus y Burns (1982; ver también Newhagen y Reeves, 1992) han sido los principales precursores de este tipo de efectos. En primer lugar, conviene explicar que, según distintas aportaciones de la ciencia médica, un daño físico al cerebro pue-

de tener como resultado una pérdida de memoria de hechos o situaciones acontecidas con anterioridad al impacto. Por ejemplo, el shock producido por un accidente de tráfico, puede producir en la víctima una situación de amnesia y, por lo tanto, no recordar las circunstancias anteriores al accidente; en otras palabras, es como si el cerebro no hubiese tenido el tiempo suficiente para *asimilar* la información.

Loftus y Burns han intentado demostrar que tal efecto puede también ocurrir a raíz del *shock* mental de ver violencia en la pantalla. Así, se expuso a los participantes en la investigación a dos minutos de película de un robo a un banco. En la versión violenta, los ladrones disparan en su huida a sus perseguidores hiriendo a un joven en la cara. El joven cae, apretándose la cara llena de sangre con sus manos. En la versión no violenta, las escenas se repitieron hasta el momento del disparo, en que la cámara volvió al interior del banco. Se pudo observar que aquellas personas que habían visto la versión no violenta recordaban el número que llevaba el joven en la camiseta mejor que aquellos otros que vieron la versión violenta, aunque se mostró la camiseta durante el mismo período de tiempo.

Sin embargo, un segundo estudio no consiguió corroborar estos primeros resultados sino que, por el contrario, demostró que el efecto se debía a la sorpresa o a lo inesperado del disparo. Por lo tanto, los resultados demuestran, una vez más, la necesidad de profundizar en los efectos de la televisión que hacen referencia a ciertos aspectos menos estudiados como es el caso de la amnesia provocada por la violencia emitida en la pequeña pantalla.

1.2.5. *Los dibujos animados y su influencia en el comportamiento agresivo infantil*

En diversas ocasiones, hemos hecho referencia a los dibujos animados como uno de los programas de televisión que contienen un mayor número de actos violentos y que, sin embargo, es también el que despierta mayor atracción entre los niños y se encuentra entre aquellos programas que los padres juzgan como menos dañinos para sus hijos. No obstante, la importancia de este género televisivo requiere un tratamiento en profundidad y es por ello por lo que a continuación, incluiremos algunos de los principales estudios relacionados con los efectos de estos dibujos animados en las conductas de la audiencia más joven, con el fin de demostrar que unos programas aparentemente inofensivos pueden perjudicar en uno u otro grado a su audiencia.

Así, encontramos el estudio realizado por Singer y Singer (1980), quienes observaron que los preescolares que veían con bastante frecuencia dibujos animados tales como *Corre caminos*, *El pájaro loco* o el propio *Tom y Jerry* eran los más agresivos en sus centros escolares. Esta investigación se realizó entre 200 niños teniendo en cuenta variables tales como la clase social, la edad, el sexo y los antecedentes agresivos. Los investigadores llegaron a la conclusión de que el número de horas de exposición a programas de este tipo predecía un comportamiento agresivo en los niños, en concreto, en aquellos que muestran con anterioridad a la exposición rasgos de una personalidad violenta.

Otro de los estudios que ve en la frecuente exposición a la televisión, especialmente, a los dibujos animados, un elemento clave para augurar una posterior conducta violenta en el niño es el realizado por Linne (1982) en Suecia. Así, se estableció una comparación entre aquellos niños de 5 y 6 años de edad que habían visto un 75% del total de capítulos de unos dibujos animados violentos, y aquellos otros niños de la misma edad que habían visto menos del 50% de esta serie. Los resultados pusieron de manifiesto, en primer lugar, que los niños que vieron más capítulos de los dibujos animados veían, en líneas generales, más horas de televisión que el otro grupo de niños, fenómeno que se repetía también con sus madres; en segundo lugar, estos mismos niños opinaban que la violencia era un modo, como cualquier otro,

de solucionar los problemas o conflictos personales en mayor número que los niños que veían menos dibujos animados.

No obstante, además de la importancia de una constante exposición a los dibujos animados en los posteriores efectos de los mismos en la audiencia, también se han realizado otros estudios en los que han tenido en cuenta otras variables tales como el género. Así, Hapkiewicz y Roden (1971), realizaron su estudio partiendo de la hipótesis de que los dibujos animados tenían importantes efectos en los comportamientos de niños y niñas durante sus juegos. Los resultados mostraron que las niñas, tras la exposición a los dibujos animados, compartían con mayor frecuencia sus juguetes con los niños. Así pues, los investigadores llegaron a la conclusión de que los dibujos animados de contenido agresivo podían afectar significativamente las conductas de los niños además de impulsar una conducta agresiva, no así en el caso de las niñas.

Otro de los estudios es el realizado por Ellis y Sekyra (1983), quienes asignaron al azar 51 niños y niñas de entre 6 y 7 años a tres grupos. El primer grupo veía un partido de fútbol; el segundo, unos dibujos animados agresivos; y el tercero, una película de contenido neutral. Se hizo una clasificación de las conductas en físicas y verbales, incluyendo otras subcategorías más amplias delineadas debajo de cada una. A raíz del estudio, se pudo observar que aquellos sujetos que vieron los dibujos animados agresivos fueron los que se comportaron, con diferencia, de manera más agresiva.

Uno de los aspectos más interesantes relacionados con los efectos de los dibujos animados y la conducta violenta de los niños es el tratado por Haynes (1978), quién ha planteado hasta qué punto los niños perciben los dibujos animados como violentos o como puro entretenimiento carente de violencia. El hecho de que un determinado programa se perciba como violento tendrá distintas implicaciones y consecuencias en la audiencia, en tanto que se es consciente de los actos y las repercusiones de los mismos sobre otras personas.

En el estudio, Haynes clasificó los dibujos animados en dos grandes bloques: por un lado, aquellos que presentan la violencia de forma cómica, y por otro, aquellos cuyos actos violentos están muy próximos a la realidad y no incluyen ningún componente cómico. La muestra estaba formada por 58 niños y 62 niñas, en edades comprendidas entre los 10 y 12 años y, elegidos al azar, un grupo vio dibujos animados de *Dick Tracy*, como ejemplo de violencia existente en la vida real, y otros vieron *La pantera rosa*, como estímulo "cómico". Los resultados indicaron que tanto niños como niñas percibían la violencia cómica como más violenta que la violencia real presentada en *Dick Tracy*. Asimismo, los niños que vieron la violencia cómica la percibieron como "no aceptable", mientras que aquellos que vieron la violencia real percibieron que la acción violenta era más aceptable o que era lo que realmente había que hacer.

Los estudios presentados hasta aquí son una muestra del gran número de investigaciones realizadas al respecto y que demuestran que series o programas como los dibujos animados, de apariencia inofensiva para los niños, tienen importantes repercusiones en las actitudes y comportamientos de la infancia. Si bien la atracción de este sector de la audiencia hacia esta programación es inevitable, a continuación se concretan algunas de las acciones que los adultos deberían poner en práctica para evitar las consecuencias negativas de la exposición a la televisión en general y, en concreto, a la programación violenta.

1.3. Ayudar a los niños a tratar con la violencia en televisión

Hasta el momento, se han recopilado las principales investigaciones en torno a los efectos de la violencia televisiva en los niños (aunque no las únicas) y, a pesar de algunas voces que parecen poner en

duda la existencia de esta poderosa influencia, el peso más importante recae sobre aquellos que científicamente demuestran la realidad de los efectos de la violencia de la televisión en la infancia.

Así pues, una pregunta que todos nos podemos hacer llegados a este punto es dónde está la solución a este importante problema, qué papel deben jugar los padres o los educadores en general en este tema de tal transcendencia. Aquellos que piensen en la prohibición social o legal de ver determinados programas de televisión para determinadas edades están pensando en una utopía, ya que, si bien tendría cierto éxito en el hogar (ya que los niños podrían acceder a ella en ausencia de los padres), los niños podrían verla en casa de los amigos o en cualquier otro lugar. De hecho, ha quedado demostrado que incluso en aquellos hogares en los que no existe la televisión, los niños suelen ver 2 horas diarias de programación (Condry, 1989). Resulta curioso, pues, cómo los padres suelen tener un instinto de protección hacia sus hijos evitando la exposición de estos a determinadas circunstancias de la vida, y dejándolos, sin embargo, desprotegidos frente a ciertas imágenes de televisión cargadas de violencia.

Aunque mitigar los efectos de la violencia en televisión no ha sido el principal motivo de las investigaciones realizadas, a excepción de los *estudios de intervención*, se han presentado algunas conclusiones interesantes que hablan de este tema. Así, Huesmann, Eron, Klein, Brice y Fisher (1983) han realizado un estudio cuyo objetivo era cambiar las actitudes de los niños hacia la violencia en televisión. La muestra estaba formada por 169 niños de edades comprendidas entre los 6 y 9 años y que veían grandes dosis de violencia en la televisión. El estudio se prolongó a lo largo de dos años, en los que se realizaron dos sesiones de tratamiento. En la primera, se mostraron a los niños una serie de escenas de diversas películas de televisión; posteriormente, se pasó a una discusión acerca de las formas violentas y las alternativas no violentas en que los problemas podían solucionarse. Los resultados de esta primera sesión no fueron todo lo brillante que se esperaba en tanto que no se produjo efecto alguno sobre la propia agresividad de los sujetos o sus creencias acerca de la realidad de la violencia en televisión.

Sin embargo, una segunda sesión nueve meses más tarde con los mismos niños llevó a los sujetos a desarrollar argumentos sobre los efectos negativos de la violencia en televisión, escribiendo una redacción sobre el tema y leyéndolo posteriormente. Este tratamiento sirvió para que se produjera una cierta reducción de la conducta agresiva y una relación más débil entre la conducta agresiva del niño y la exposición a la violencia de la televisión. En términos de actitudes, el tratamiento tuvo un efecto sustancial en las evaluaciones de los niños en dos preguntas principalmente: "Considera inofensivo para los niños aquellos programas que muestran gran cantidad de disparos y luchas?"; "Qué probabilidades hay de que ver muchísima violencia en televisión convierta a un niño en violento?". De hecho, este efecto era más significativo en aquellos niños que se identificaban menos con los personajes violentos de los programas, sugiriendo así que la identificación con el modelo agresivo es una variable importante a tener en cuenta en el estudio de los efectos negativos de la violencia televisiva.

Una aproximación en cierta manera diferente a la planteada por Eron y su grupo de investigación es la de Wilson y Cantor (1989), quienes utilizaron las que denominaron *técnicas de desensibilización sistemática* para reducir las reacciones de los niños ante las imágenes desagradables de los medios audiovisuales. El éxito de Wilson en mitigar los efectos de la violencia en televisión mediante el aprendizaje o formación del niño es interesante en tanto que muestra que el aprendizaje está sujeto a cambios producidos a su vez por nuevos aprendizajes.

Otra aproximación para mitigar los efectos negativos de la violencia de la televisión viene del investigador Tamborini (1991) quien se basa en las diferencias individuales de los sujetos. Así, si determinados individuos consideran la violencia como algo desagradable, mientras otros la encuentran placentera, promocionar las cualidades de los primeros y relajar la de los segundos presumiblemente debería ayudar a que los niños no encontraran la violencia en televisión como algo agradable. De manera similar, fomentando la identificación psicológica con las víctimas y no con los causantes de la violencia debería llevar a una reducción del nivel de entretenimiento provocado por la violencia de la televisión.

No obstante, y volviendo al planteamiento inicial sobre el papel de los padres en este impacto de la televisión, hay que decir que, para muchos adultos, que sus hijos estén viendo televisión supone un alivio; de hecho, prefieren que estén en casa que en la calle o en cualquier otro sitio. Pero los expertos advierten del alto coste que esto puede tener para los niños; algunas de las principales consecuencias que están ligadas al hecho de pasar horas y horas viendo televisión quedan reflejadas en un comportamiento agresivo del niño o en una disminución del cumplimiento de sus obligaciones escolares.

Las actitudes de la familia en general hacia la agresión constituye también una variable decisiva en el impacto de la televisión. Singer y Singer (1986) han observado, por ejemplo, que los niños cuyos padres están menos preocupados por los efectos de la violencia en televisión muestran a su vez una mayor preferencia por la violencia, tienen respuestas menos afectivas hacia la misma, tienden a ser a su vez más agresivos y tienen menos posibilidades de aprender a ver la televisión desde una perspectiva más crítica.

Científicos sociales como Huston y Friedrich (1975) consideran que la desaprobación de la violencia por parte de los padres junto con ciertas limitaciones en la cantidad de televisión y en los programas que los niños ven, pueden ayudar a disminuir el efecto de la misma, si bien no pueden eliminar su impacto totalmente.

Otro de los estudios realizados es el de Messaris (1995), quien sugiere que los niños no imitan lo que ven en televisión al menos que otros, previamente, los hayan animado de manera intencionada o no a ello. Es decir, para Messaris, los padres están más implicados de lo que se piensa respecto a las respuestas de los niños ante la televisión; de hecho, una respuesta agresiva tras la exposición a la violencia de la televisión depende de las relaciones que se den entre padres e hijos. Asimismo, este autor considera que la televisión no es la culpable de enseñar conductas violentas, en tanto que las cifras sobre la criminalidad existente en cualquier sociedad dejan constancia de esta realidad; sin embargo, los programas violentos sí son los responsables de provocar estas conductas.

No obstante, aún hay autores como Stafford (1993), profesor de la Universidad de Michigan, que aporta algunas ideas para ayudar a los niños a ver televisión e interpretar sus contenidos. Así, con el objetivo de evitar que los niños aprendan conceptos equivocados de la televisión, a continuación se enumeran algunas de las principales recomendaciones dirigidas, fundamentalmente, a padres y educadores.

Por último, cabe decir que el tema de los efectos negativos de la violencia televisiva en los niños es inagotable. La violencia es un problema en cualquier sociedad actual y la polémica acerca de la influencia de determinada programación televisiva en la generación o el desarrollo de actitudes o conductas violentas en la audiencia es tan antigua como el propio medio. En la actualidad, los empresarios de estos medios audiovisuales conocen los beneficios económicos realmente importantes que les reportan este tipo de programas, lo que significa a su vez, que consiguen atraer la atención del público, especialmente,

- a) Dirigir a los niños hacia programas no violentos, especialmente hacia programas que tengan un contenido educativo.
- b) Establecer un límite de horas de televisión puede ver el niño al día o a la semana y que se cumpla.
- c) Hablar sobre lo que hace que un programa de televisión sea divertido, triste o escabroso.
- d) Hablar de cómo su familia es diferente de aquella que aparece en la televisión.
- e) Hablar de cómo los programas, con sus personajes y características, son diferentes de la realidad.
- f) Si los niños van a ver alguna película o serie violenta, es interesante verla con ellos y discutir sobre el argumento, de forma que acepte y comprenda el hecho de que las personas no deberían comportarse así.
- g) Explicar que la violencia no es la solución a los conflictos.

de los niños. Por este motivo y por la especial debilidad de los niños ante la televisión, entre otros, los padres y educadores deben desempeñar un papel fundamental a la hora de enseñar al niño a ver la televisión, procurando formar en ellos un sentido crítico y selectivo ante lo que diariamente ven.

OBJETIVOS	HIPÓTESIS
<ul style="list-style-type: none"> - Qué enseña la televisión y qué aprenden los niños de este medio de comunicación: la televisión como agente socializador. - La importancia de la distinción entre realidad y ficción. - La influencia de los contenidos violentos en sus conductas, actitudes, sentimientos y creencias. - El papel que juegan otros agentes sociales (padres, amigos) en sus comportamientos violentos. - Funciones sociales de Internet. - La infancia y los videojuegos. 	<ul style="list-style-type: none"> - El tiempo de exposición a la televisión o los hábitos televisivos de los niños influyen en sus conductas y actitudes. - Existe una relación inversa entre el tiempo de exposición a la televisión y el tiempo dedicado a otras actividades. - La utilización y el uso que los niños hacen de Internet está relacionada con la edad de los mismos. - Los niños toman como modelo de conducta a personajes de los programas de televisión de contenido violento. - La edad y el género son factores importantes para conocer el grado de influencia de la violencia televisiva en los niños. - La utilización de videojuegos de carácter violento incide negativamente en la conducta social del niño. - Los niños con una personalidad potencialmente agresiva ven un mayor número de horas de televisión y, por lo tanto, de violencia televisiva. - Los programas de televisión de contenido violento enseñan y provocan en los niños conductas violentas. - La percepción de los programas violentos de la televisión está relacionada con la edad y el género de los receptores. - La percepción de los programas violentos de la televisión influye en los efectos de los mismos sobre los niños.

2. ESTUDIO EMPÍRICO SOBRE LOS EFECTOS DE LOS PROGRAMAS VIOLENTOS DE TELEVISIÓN EN LOS NIÑOS DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Una vez analizado el panorama teórico sobre el papel que juega la televisión en la infancia actual hemos podido observar a lo largo de una exhaustiva revisión bibliográfica que, en su mayoría, las investigaciones realizadas coinciden en que los programas violentos presentados en la televisión tienen una determinada influencia e impacto en las creencias, actitudes o comportamientos de sus receptores.

No obstante, tales efectos no se producen de forma generalizada entre todos los telespectadores. Existen determinados colectivos dentro de la audiencia que tienden a ser más vulnerables ante ciertos contenidos televisivos, siendo este el caso de los niños. Ha quedado comprobado que es, sin duda, este sector de la audiencia el más susceptible ante los programas violentos de la televisión, provocando en ellos determinadas actitudes y conductas de naturaleza agresiva cuyos efectos quedan reflejados tanto en su desarrollo intelectual como en sus relaciones sociales y, en definitiva, en su proceso de socialización.

Sin embargo, críticos y científicos sociales han tenido siempre presente a la hora de analizar estos estudios sobre la influencia de la televisión la consideración de si *es la televisión la única causante del comportamiento agresivo de los individuos o, por el contrario, es una variable más que influye en el proceso de socialización de la audiencia*. Parece que esta relación causal es la más difícil de establecer para los analistas ya que la influencia de otras tantas variables se hace patente en aquellos estudios en los que se ha comprobado que factores tales como la edad, el sexo, la clase social, el ambiente familiar, el nivel educativo o el propio carácter agresivo del niño también determinan en cierta medida los efectos negativos de la violencia de la televisión.

Así pues, todo parece apuntar que la exposición a la violencia televisiva provoca una conducta violenta tan sólo en *algunas personas y en determinadas ocasiones*. En términos absolutos, son pocas las personas que en la realidad desarrollan un comportamiento agresivo después de ver violencia en la televisión; no obstante, la realidad también nos demuestra que los niños aprenden de lo que ven en la pequeña pantalla –incluida la propia violencia– y que en determinadas circunstancias lo ponen en práctica.

A lo largo del presente estudio que hemos realizado con niños y niñas de la Comunidad de Madrid hemos analizado también cómo existen otros factores a tener en cuenta además de los ya mencionados, a la hora de estudiar los efectos de este tipo de programación en la audiencia infantil. En primer lugar, no hay que olvidar que estamos hablando de programas que atraen la atención de los niños, tanto por su *forma* como por su *contenido*. Todo ello da lugar a que se pasen demasiadas horas delante de la pequeña pantalla, lo que significa, entre otras cosas, que se dedica menos tiempo a actividades alternativas de mayor valor educativo o pedagógico. En segundo lugar, también hemos de tener en cuenta que, al margen del tiempo de exposición, el modo en que los niños *perciben e interpretan* aquello que ven en la televisión también determina la influencia de los contenidos televisivos en sus conductas.

El estudio empírico que abordamos a continuación se propone dar un paso más en este terreno de los efectos de los medios de comunicación audiovisuales y aportar nuevos datos que sean de utilidad para sustentar la teoría de que los programas violentos de la televisión influyen negativamente en el proceso de socialización de los niños, si bien hay otra serie de variables como la edad, el sexo y el estrato social que determinan el grado de influencia de la televisión.

Con nuestra investigación, nos proponemos profundizar en la explicación de este fenómeno en las actuales circunstancias de la Comunidad de Madrid. Así pues, entre los objetivos de esta investigación pretendemos, en primer lugar, conocer la influencia que la televisión y, en concreto, los contenidos violentos que emite continuamente este medio, tiene en la población infantil y juvenil de la Comunidad de Madrid. En este sentido, queremos conocer la función de la televisión para los más jóvenes, sus hábitos televisivos, su carácter potencialmente violento y los efectos de la programación televisiva en las conductas, actitudes, sentimientos y creencias en los comienzos del Siglo XXI.

En segundo lugar, hemos planteado este estudio como trabajo previo exploratorio de cara a conocer los usos que este sector de la población hace de Internet. Es decir, para qué lo utilizan, cuánto tiempo dedican a la red y qué posible influencia puede tener en su comportamiento social. Dada la magnitud del estudio dedicado a la televisión hemos considerado la posibilidad de utilizar la presente investigación como un pre-test para ir obteniendo cierta información sobre las posibles implicaciones de Internet en el comportamiento social de la infancia. La idea es sentar las bases para una investigación posterior dedicada exclusivamente a los usos, funciones y efectos de Internet en la infancia y juventud madrileña.

2.1. Objetivos de la investigación

La definición de las hipótesis que se pretenden validar o refutar con el presente estudio implica la delimitación previa de una serie de conceptos que se utilizarán a lo largo de la investigación: *Programa de televisión, contenido violento y conducta o comportamiento violento*.

Respecto al *programa o programas de televisión*, en el estudio se hablará de los mismos para referirse a aquellos espacios televisivos *de ficción*, es decir, películas, series o dibujos animados emitidos por este medio de comunicación cuyo contenido no describen hechos reales que han ocurrido o están ocurriendo. Se excluyen, por tanto, los programas de contenido real como las noticias, los documentales o los espacios deportivos.

En segundo lugar, este estudio entiende como contenido violento aquel programa de televisión en cuyo argumento se incluyen conductas humanas físicas o verbales que implican un daño físico o psíquico a alguna persona, animal o cosa. Asimismo, se toman en consideración la intensidad, tipo y número de dichas conductas, el contexto en el que se producen y las consecuencias tanto para la víctima como para el agresor.

Por último, consideramos una *conducta o comportamiento violento o agresivo* la clara expresión de fuerza física o verbal (con o sin arma), contra sí mismo o contra otro, producida de forma intencionada o de manera fortuita e independientemente de que provoque o no lesiones psicológicas o físicas (García Galera, 2000).

Cuando se observa y estudia la conducta violenta del niño hay que tener presente que la violencia que puede desarrollar no es, en la mayoría de los casos, de la misma intensidad que la de un adulto, ni con toda probabilidad, tenga las mismas intenciones. La presente investigación se centra en el análisis de la agresividad del niño en el juego, con sus amigos, etc., en definitiva, en el ambiente en el que el niño vive cada día y en sus relaciones sociales. Asimismo, en las edades objeto de estudio (7-12 años) resulta de mayor interés el hecho de observar, no tanto si el niño pone en práctica la violencia, como si el niño considera que la violencia es una solución a los problemas, si es una forma de conseguir lo que se quiere, o si es divertida, etc. Es decir, no sólo se trata de estudiar los efectos de este tipo de programas violentos en los comportamientos, sino también en su forma de pensar y en sus actitudes, lo cual influirá con toda probabilidad, en sus futuras acciones. Así pues, estos dos objetivos propuestos anteriormente se concretan en una serie de hipótesis en las que se pretende estrapolar distintos aspectos de la relación entre violencia e infancia.

El comportamiento del niño puede explicarse a partir de una ecuación en la que se recogen una serie de variables, entre ellas, la clase social, el ambiente, la educación de los padres, las influencias que ejercen las amistades o los estímulos del entorno, etc... Entre estas variables se encuentran también la in-

fluencia de la televisión. Así pues, si quisieramos formular una ecuación en la que quedarán recogidas las distintas variables que influyen en el comportamiento de cualquier sujeto, podríamos expresarla de la siguiente forma:

$$\text{Conducta} = F \text{ Clase social} + \text{edad} + \text{televisión} + \text{educación} \dots + n$$

Con las hipótesis planteadas en el presente estudio se trata de analizar en qué medida sujetos del mismo género y edad, sometidos a un mismo estímulo televisivo y bajo *condiciones homogéneas*, difieren en su comportamiento respecto de otros sujetos que, teniendo sus mismas características, han sido sometidos a un estímulo televisivo distinto. Es decir, se trata de ver hasta qué punto es la televisión la causante de una determinada conducta y cómo estas variables de control determinan el grado de influencia de la programación televisiva en dicha conducta.

Al mismo tiempo, se trata de observar si individuos sometidos a un mismo estímulo televisivo difieren en su comportamiento dependiendo de la edad o género. Diversos estudios realizados desde los inicios de la propia televisión han dejado constancia de que los niños de menor edad reaccionan de forma más agresiva después de haber visto programas de violencia en la televisión que aquellos niños de más edad y que, en líneas generales, los niños se ven más influenciados por la violencia de la televisión que las niñas.

De hecho, según estos mismos estudios los niños que ven un mayor número de programas violentos se corresponden, a su vez, con niños que muestran un coeficiente intelectual más bajo y que proceden de familias de nivel económico igualmente bajo. Este mismo grupo de niños dispondría de menos posibilidades de entretenimiento formativo: menor número de juguetes, menos libros, menos instrumentos musicales, etc. Suelen estar levantados hasta más tarde, toda la familia ve mucha televisión y los padres se preocupan en menor medida y en líneas generales por la cantidad de violencia que pueden ver sus hijos.

No sólo se trata de observar y analizar la influencia negativa de la violencia de la televisión sobre los niños, sino también en qué grado variables de control como la edad, el género o el entorno socioeconómico determinan el grado de influencia y qué efectos provoca sobre las creencias, actitudes y conductas de los niños.

2.2. Metodología

Respecto a la metodología que se ha seguido en el presente estudio empírico se pueden diferenciar las siguientes fases: a) Selección y determinación de la muestra; b) Selección y elaboración de las herramientas de investigación; c) Selección de los programas de televisión; d) Elaboración del cuestionario; e) Pretest; f) Trabajo de campo

2.2.1. Selección y determinación de la muestra

Teniendo en cuenta los objetivos que se proponían inicialmente y las hipótesis del estudio, la muestra tenía que responder a una serie de criterios fundamentales a la vez que a unas características socio-demográficas determinadas que nos permitieran llevar a cabo la investigación. Así, se determinó que uno de los medios para conseguir reunir a un grupo de niños de diferentes edades, de distinto género y que representara en mayor medida a todos los niños y niñas de la Comunidad de Madrid desde el punto de vista socioeconómico y cultural era recurrir a los centros escolares.

Uno de los primeros pasos que se dió a este respecto fue la selección de dichos centros, teniendo en cuenta que tenían que cumplir una serie de criterios. En primer lugar, la homogeneidad, es decir, no se trataba de elegir a un determinado número de niños de diversos centros, sino de seleccionar un colegio en el que los niños respondieran a unas características educativas y socioeconómicas lo más parecidas posibles. Es decir, seleccionar a los niños de un determinado nivel y de un determinado centro era una garantía de una mayor homogeneidad y, por lo tanto, de una menor intervención de otras variables que quedarían fuera de nuestro control en caso de seleccionar al mismo número de niños de centros escolares distintos.

Así pues, para seleccionar una muestra que sea representativa de todos los centros públicos y concertados de educación infantil, primaria y secundaria de la Comunidad de Madrid (1.551 centros), hemos partido de una relación de colegios utilizados en el estudio sobre Centros Escolares en la Comunidad de Madrid, que fue financiado por la oficina del Defensor del Menor en la Comunidad de Madrid (Estudios e Investigaciones 2000. Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, pp. 133-217).

Los colegios que han formado parte del presente estudio han constituido un número suficiente de centros de forma que hemos sido capaces de reflejar la heterogeneidad de centros existentes en la Comunidad. Para ello nos hemos centrado en los siguientes criterios: titularidad, localización geográfica y estatus sociocultural y económico. Respecto a esta última variable, se ha tomado en cuenta tres estratos diferentes en la investigación: estrato superior, medio e inferior. Esta separación por estratos sociales se plantea con el fin de conocer, en primer lugar, si esta variable incide de alguna manera en los hábitos televisivos de los niños; en segundo lugar, analizar hasta qué punto el nivel socioeconómico repercute en una distinta percepción de la violencia que ven en la pantalla y, por último, saber si la situación socioeconómica y cultural del niño está relacionada o no con la continua exposición a los programas violentos de la pequeña pantalla.

Una vez seleccionados los colegios, se pasa a seleccionar los niños y jóvenes que forman parte de la investigación. La muestra final está formada por 1137 niños y niñas en edades comprendidas entre los 7 y 12 años. En esta ocasión, la selección se realizó como hemos comentado en base a dos criterios fundamentalmente: género y edad. Ambas variables tienen según las hipótesis con las que trabajamos importancia en el impacto de la violencia televisiva. Si algo tienen en común las distintas investigaciones sobre los efectos de la violencia televisiva en la infancia realizadas hasta el momento esto es, sin duda, la utilización de niños y niñas. Es decir, los científicos sociales son conscientes de que, bien por razones genéticas, bien por razones sociales, niños y niñas de una misma edad y con un mismo desarrollo cognitivo actúan y sienten de manera distinta, lo cual significa también que experimentan reacciones diferentes ante un mismo fenómeno, en este caso, la violencia de la televisión.

Así, se recurrió a una selección de la muestra definida por Wimmer y Dominick (1991) como conveniente e intencionada. Es decir, una muestra formada por sujetos que estuvieran fácilmente disponibles para la investigación y que respondieran a las características sociodemográficas planteadas inicialmente.

Una vez realizadas las diversas entrevistas de carácter cualitativo e informal con los directores de varios centros escolares pertenecientes a diferentes distritos de la Comunidad de Madrid, y dado que todos los centros escolares respondían a los criterios fijados inicialmente para participar en la investigación, se procedió a seleccionar aquellos que facilitaron la puesta en marcha y desarrollo del estudio.

Como hemos comentado, la franja de edad objeto del estudio se encontraba entre los 8 y 12 años, ya que es en este período coinciden una serie de factores que incrementan los efectos negativos de la televisión, en concreto, de la violencia televisiva, considerándose incluso como un período crítico para el desarrollo social e intelectual del niño. Así, por ejemplo, en estas edades los niños pasan más horas delante de la pantalla; entre los 8 y 10 años se ha comprobado que son especialmente susceptibles ante lo que ven; de igual forma, entre los 10 y los 12, se produce un cambio importante en el niño hacia el descubrimiento de nuevas experiencias que le animan a conocer y descubrir nuevas realidades, etc. (Winick y Winick, 1979; Van der Voort, 1986; Eron, Huesmann, Brice, Fischer y Mermelstein, 1983).

Al seleccionar esta franja de edad se pretendía establecer, en primer lugar, en qué medida los niños y las niñas de distintas edades percibían y diferenciaban la realidad de la ficción. En segundo lugar, analizar si la televisión tenía efectos diferentes entre niños de distintas edades y, por último, saber si existía una cierta evolución en el grado de agresividad de los niños en función de su edad.

Los niveles escolares que se correspondían con los grupos de edad seleccionados eran segundo, cuarto y sexto de primaria, por lo que fueron estos tres cursos los elegidos para la investigación. Dado que, como se explicará posteriormente, se necesitaban dos grupos de cada nivel para que cada uno de ellos viera un programa de televisión diferente (uno *violento* y otro *no-violento*), se optó por adoptar un mismo criterio para todos los centros escolares. Así, el *Grupo A* vió la serie violenta y el *Grupo B* fue expuesto a la serie no-violenta.

2.2.2. Selección y elaboración de las herramientas de investigación

Al tiempo que se definieron los objetivos de la investigación, se analizó también qué método de investigación era el más adecuado para el desarrollo de la misma, evaluándose las distintas alternativas posibles y concluyendo que el método más apropiado era el denominado *experimento o estudio de laboratorio*. Entre los criterios que se tuvieron en consideración a la hora de seleccionar dicho método se encontraba el de la adecuación a las circunstancias que se deseaban estudiar.

Asimismo, en lugar de utilizar como herramienta la encuesta individual, podría haberse empleado el teléfono, si bien aumentaban las probabilidades de que intervinieran otra serie de variables de difícil control para el entrevistador, además de incrementar notablemente el coste de la investigación. Así pues, el *experimento de laboratorio* nos permitiría reproducir de modo aceptable las condiciones en las que normalmente los niños ven la televisión así como tener un mayor control sobre las posibles variables que pudieran intervenir en las respuestas de los niños al cuestionario. Asimismo, como se ha comprobado en diversos estudios anteriores, el *experimento de laboratorio* es uno de los métodos de investigación más adecuados cuando se trata de estudiar a un grupo de personas considerablemente amplio y que responden a unas características socioeconómicas y culturales similares.

El cuestionario es una de las herramientas de investigación más utilizadas en los estudios realizados hasta la fecha sobre la influencia de la violencia televisiva en los niños. El haber seguido, por ejemplo, los pasos de Bandura (1963, 1986) queriendo observar la conducta desarrollada por los niños después de la exposición a la televisión habría sido otra alternativa que la infraestructura y, sobre todo, los objetivos de la investigación nos obligaron a rechazar; es decir, observar el comportamiento del niño tras la exposición no nos serviría para analizar sus actitudes o sus creencias respecto a la violencia, cosa que sí quedaría reflejada en las respuestas de los niños al cuestionario.

Por otra parte, otra de las herramientas que se seleccionaron para la realización de la investigación fueron los programas de televisión que tendrían que ver los niños. Como se explicará en el próximo apartado, el objetivo que se perseguía al exponer a los niños a un programa concreto de televisión durante el estudio era hacerles revivir y traer a su memoria aquello que sienten y experimentan cuando ven programas de ese género. Así pues, el cuestionario, y en concreto, la segunda parte del mismo, se convirtió en la herramienta fundamental en la que quedarían recogidas o reflejadas las actitudes y comportamientos de los niños después de la exposición a programas de televisión como el que vieron en el experimento.

2.2.3. Selección de los programas de televisión para el trabajo de campo

El objetivo que se perseguía con la proyección de unos determinados programas durante la investigación era que los niños experimentasen aquello que sienten, que viven normalmente, cuando ven la televisión en su casa o en cualquier otro lugar. Con los 20 minutos de emisión seleccionados no se pretendía que los niños actuaran o desarrollaran una conducta agresiva como consecuencia de esa emisión (si bien existen estudios que así lo han hecho). Sí se pretendía, no obstante, que el niño nos diera a conocer qué hace normalmente tras ver programas como el proyectado y qué sensaciones o valoraciones surgen en él tras la exposición habitual a ese tipo de contenidos.

De este modo, muchas de las preguntas del cuestionario, trataban de evocar al niño un ambiente real. Es el caso, por ejemplo, de las preguntas que comenzaban "Cuando veo este tipo de programas...". De hecho, un gran número de investigaciones realizadas en los Estados Unidos –especialmente las que se refieren a estudios de laboratorio– han incorporado la proyección de un programa de televisión durante las sesiones con los niños objetos de la investigación (Berkowitz, 1965; Brabman, 1974; Parke, Berkowitz, Leyens, West, y Sebastian, 1977). En un sentido más amplio, el propósito de la proyección era trasladar las circunstancias que querían estudiarse, es decir, el niño y su comportamiento y actitudes después de ver ciertos programas de televisión, a un *ambiente ficticio* pero que, a su vez, intentara ser una representación del ambiente real que implicara para el sujeto de la muestra una invocación de aquello que ve o experimenta con regularidad.

En definitiva, los objetivos que se plantearon a la hora de incluir la proyección de programas en el estudio fueron, en primer lugar, identificar qué aprende el niño de lo que ve normalmente en la televisión. En segundo lugar, analizar si el programa había tenido algún efecto que se reflejara en un deseo de imitar a corto plazo aquello que había visto o de iniciar una conducta agresiva. Por último, se pretendía observar también el modo en que el niño percibía la violencia de la televisión: real, irreal, divertida, aburrida, etc.

Una vez planteados estos objetivos y sin perder de vista los planteamientos e hipótesis iniciales, se consideró adecuado utilizar un programa de televisión *violento* y otro *no-violento*. Era necesario mantener constantes las variables de control (la edad y el género) si se quería determinar de modo fiable si era la televisión la que provocaba determinadas conductas en los niños. Por ello, el experimento trataba de analizar si los niños y niñas de una misma edad sometidos a un mismo estímulo televisivo y bajo *condiciones homogéneas*, difieren en su comportamiento respecto de otros sujetos que, teniendo características similares, han sido sometidos a un estímulo televisivo distinto (programa violento versus no-violento). Es decir, se trataba de ver hasta qué punto era la televisión la causante de un determinado comportamiento. Al mismo tiempo, se quería analizar hasta qué punto individuos sometidos a un mismo estímulo televisivo se diferenciaban en su comportamiento dependiendo de la edad o el género.

No puede olvidarse que en una de las hipótesis iniciales se planteaba la afirmación de que los niños aprenden conductas violentas a raíz de los programas violentos de la televisión. Resultaba de interés, por tanto, observar si existían diferencias de aprendizaje entre los niños sometidos a ambos estímulos televisivos, es decir, conocer qué aprenden de los programas violentos de la televisión y qué de los programas calificados como no-violentos.

A partir de los objetivos planteados, se procedió a la selección de los programas tomando como base la programación televisiva publicada en una revista de difusión semanal y nacional. Inicialmente, se seleccionaron 3 programas violentos y el mismo número de programas no violentos ¹ correspondientes a la semana del 22 al 28 de abril de 2002. Las pautas o criterios que se tuvieron en cuenta a la hora de seleccionar las series de televisión que formarían parte del estudio fueron los siguientes:

- a) Debían ser programas que estuvieran en la franja horaria en la que quedara constancia la presencia de audiencia infantil.
- b) Preferentemente, la serie violenta habría de ser de dibujos animados. Se ha demostrado que éstos son los programas de televisión que tienen un mayor contenido violento aun cuando los adultos los consideran uno de los programas menos perjudiciales para los menores.
- c) Debían ser programas cuyos personajes representaran ciertas características personales o circunstanciales con las que los niños bien pudieran sentirse identificados o bien les gustaría poseer.
- d) Debía tratarse de series que permitieran analizar hasta qué punto este sector de la audiencia tiene la capacidad de distinguir entre la realidad y la ficción presentadas en los diversos programas televisivos.

Finalmente, los programas seleccionados fueron la *Pokemon* y *Compañeros*, representantes respectivamente del programa violento y no-violento. El pretest realizado entre un grupo de niños y niñas, que se explicará con detalle más adelante, fue el indicativo de los programas que más veían los niños y que más les gustaban. No obstante, ambos (violento y no-violento) respondían a cada uno de los criterios anteriores con gran fiabilidad e, igualmente, se ajustaban con precisión a nuestros propósitos. En ambos casos, su emisión se producía en horas en las que se tenía la certeza de que los niños no estaban en el colegio y que, en su mayoría, solían estar en casa viendo la televisión. Como quedó demostrado posteriormente en el análisis de los resultados del cuestionario, *Pokemon* fue el programa más visto durante las últimas semanas por los niños, al igual que ocurría con *Compañeros*, que tenía un gran seguimiento a pesar de emitirse en horario nocturno.

Por otro lado, los distintos protagonistas y personajes en general de las series finalmente elegidas presentaban habilidades físicas (como es el caso del programa violento) que a los niños de las edades seleccionadas les gustaría poseer. En el caso del programa no-violento, los niños y niñas de la muestra podían fácilmente identificarse con las características personales y circunstanciales de los personajes. Así pues, una vez seleccionados los programas, se procedió al desarrollo del cuestionario tal y como se explica a continuación.

(1) Los programas violentos seleccionados inicialmente fueron los siguientes: *Pokemon* (De lunes a viernes. Tele 5), *Spiderman* (De lunes a viernes. TVE.) y *Los Simpson* (De lunes a viernes. Antena 3.). Los programas no violentos seleccionados inicialmente fueron los siguientes: *Compañeros* (De lunes a viernes. Tele 5) *Las tres mellizas* (De lunes a viernes. Telemadrid) y *Ana y los siete* (Lunes. TVE1).

2.2.4. Elaboración del cuestionario

Para la realización del cuestionario, se tomó como referencia las distintas investigaciones desarrolladas con anterioridad por científicos sociales norteamericanos en este campo de los efectos de la violencia de la televisión en la infancia. Así, se creyó conveniente la división de dicho cuestionario en dos partes claramente diferenciadas para el niño y para el propósito de nuestra investigación. En una primera parte, los objetivos eran conocer los hábitos televisivos de la muestra, el carácter potencialmente agresivo de los niños y determinadas características sociodemográficas. Con todos estos datos, esta primera parte nos permitiría verificar o refutar algunas de las hipótesis que se plantearon inicialmente, en concreto, el hecho de que los hábitos televisivos o una continua exposición al medio audiovisual estén relacionados con una determinada conducta (violenta) de los niños y que existe una relación entre la personalidad agresiva de los niños y una mayor exposición a la violencia televisiva.

Asimismo, estos datos se cruzarían posteriormente con los aportados en la segunda parte del cuestionario, donde se conocería los efectos que los programas de la televisión provocan en la audiencia infantil objeto del estudio. Así, el género, la edad y la confirmación del estrato socioeconómico y cultural de los niños nos permitirían deducir si la influencia de la violencia de la televisión es diferente si se tienen en cuenta dichas variables de control. De la misma forma, verificaríamos o refutaríamos las hipótesis de que la percepción de los programas violentos de la televisión está relacionada con la edad y el sexo de los receptores, de que los programas de televisión de contenido violento enseñan y provocan en los niños conductas violentas y de que los niños toman como modelo de conducta personajes de los programas de televisión de contenido violento. Aquí va la tabla que relaciona las hipótesis con las preguntas.

Los tipos de preguntas que se creyeron más conveniente para la muestra en cuestión fueron las denominadas preguntas *cerradas* las cuales permitirían a los niños contestar sin mayor dificultad ya que tan sólo tendrían que señalar o marcar la respuesta que creyeran más acertadas entre aquellas que se les proponía en cada pregunta. Asimismo, para la segunda parte del cuestionario, se hizo uso prioritariamente de las escalas, en concreto de la denominada *escala de Likert*, ya que las escalas resultan ser una de las fórmulas más adecuadas para conseguir medidas lo más exactas posibles de determinadas actitudes de la muestra, como es el caso de las actitudes y conductas de los niños ante la televisión. No obstante, no se utilizó ningún punto neutro, característico de la *escala de Likert*, ya que el objetivo de la investigación era que todos los niños al contestar se inclinaran por una de las opciones. Por último también se incluyeron algunas *preguntas abiertas*, si bien éstas son fundamentalmente de carácter informativo con el propósito de conocer qué tipo de libros leían los niños o qué videojuegos utilizan, qué personajes de la televisión suelen imitar, qué tipo de armas les gustaría tener y para qué utilizan Internet.

Al comienzo del cuestionario, se creyó oportuno incluir instrucciones claras y concisas respecto a la forma en que los sujetos debían contestar a las preguntas así como informándoles de que sus respuestas permanecerían en el anonimato. Asimismo, las preguntas que implican cierta confidencialidad (edad, trabajo del padre, etc.) se colocaron al final de la primera parte del cuestionario. Está demostrado que en aquellas encuestas en las que estos datos de carácter personal o sociodemográficos se sitúan al comienzo del cuestionario, el índice de respuesta es menor, produciéndose incluso en las situaciones de encuesta cara a cara, un rechazo por parte del entrevistado.

Así pues, una vez seleccionado el programa y elaborado el cuestionario, el paso siguiente consistió en la realización de un *pretest* entre un pequeño grupo de niños y niñas de 7 y 12 años con un doble objetivo. En primer lugar, comprobar si los programas de televisión seleccionados respondían a nuestras

espectativas, es decir, si se encontraban entre los más vistos por los niños de todas las franjas de edad, si se encontraban, igualmente, entre aquellos programas que más le gustaban y si conocían con anterioridad a sus personajes y sus aventuras. En segundo lugar, el objetivo era verificar, por un lado, si el cuestionario se adecuaba a su lenguaje y, por otro, observar las potenciales lagunas que podían haber quedado y que podrían suponer un importante obstáculo a la hora del análisis de resultados y conclusiones finales. A continuación, profundizaremos aún más en los pasos dados para la realización del pretest y posteriores modificaciones al cuestionario.

2.2.5. *Pretest*

Como acabamos de comentar, con el propósito de evitar o eliminar problemas potenciales que pudieran surgir en relación con el cuestionario (de forma, de comprensión, etc.) o con los propios programas de televisión seleccionados, se realizó un pretest entre un grupo de niños y niñas de las distintas edades que componen la muestra.

Esta fase del estudio fue realizada en el colegio Valdeluz, uno de los centros escolares integrantes de la investigación, si bien los niños y niñas que formaron parte de esta fase no intervendrían posteriormente en el estudio. El primer paso consistió en la emisión de un capítulo de 2 de las series seleccionadas previamente como violentas; en concreto, estos niños y niñas vieron un capítulo de *Pokemon* y otro capítulo de *Spiderman*. A pesar de que en la selección previa de los programas se eligieron tres, circunstancias como el tiempo que perderían de clase los niños nos obligaron a emitir sólo dos.

Tras la exposición, se mantuvo un coloquio con los niños en el que se preguntó, entre otras cuestiones, cuál de los dos programas veían con más frecuencia; cuál de los dos les gustaba más; con qué personajes se sentían más identificados o cuál les gustaría ser. Estas preguntas y sus respuestas fueron la clave para la decisión final de elegir uno de los dos programas. El proceso se repitió con un nuevo grupo de niños y niñas, si bien en esta ocasión, la emisión fue de los programas clasificados como no violentos, es decir, *Compañeros* y *Ana y los siete*. Se volvieron a hacer las mismas preguntas y, una vez acabado el proceso de exposición, se les pidió que contestaran al cuestionario.

En esta ocasión, no se pretendía analizar sus respuestas, sino observar si existía alguna duda sobre cómo se debía responder el cuestionario o había algún problema de comprensión de algunas de las preguntas. La primera observación a raíz de la realización del pretest fue que los niños necesitaban que el investigador leyera en voz alta las preguntas. Este hecho significaba también que todos los niños irían al mismo tiempo contestando las preguntas, evitando la posible perspicacia de algunos que quisieran acabar antes que otros y que, por ese hecho, se saltaran alguna pregunta, lo que anularía su encuesta. Señalar también que fueron necesarios cambios muy elementales en el lenguaje o los términos utilizados en las preguntas del cuestionario. Así, por ejemplo, cuando se le preguntaba *cuántas televisiones tienes en tu casa*, la duda surgía ya que en su mayoría pensaban que se refería a los canales de televisión y no al aparato.

Una vez realizadas las modificaciones oportunas al cuestionario, preparadas todas las herramientas de investigación y comprobados los pasos a seguir para el desarrollo del estudio en los diferentes colegios, se puso en marcha el trabajo de campo en mayo de 2002 en los nueve colegios seleccionados.

2.2.6. *Trabajo de campo*

El procedimiento que se siguió en los diferentes centros escolares fue el mismo. En primer lugar, se les explicó detalladamente a los alumnos de cada grupo que no se trataba de ningún examen; es más,

no debían de incluir su nombre en ningún momento. Se les pidió, igualmente, que si tenían alguna duda la preguntaran, ya que siempre era mejor aclararla a que el niño la dejara sin contestar, con lo cual, se anularía su cuestionario. Por último, se les aconsejó que no consultaran o hablaran con su compañero ya que nos interesaban sus propias respuestas y no que copiaran de otro u otros.

COLEGIOS PÚBLICOS	COLEGIOS CONCERTADOS
CP Pinar Prados de Torrejón Pozuelo	CC. Colegio Valdeluz C/ Fermín Caballero,53 Barrio Mirasierra Madrid
CP Antonio Machado Majadahonda	CC. Colegio Sagrado Corazón Avda. Alfonso XII Barrio Chamartín
CP Meseta de Orcasitas Camino Viejo de Villaverde, 1 Barrio de Orcasitas Madrid	CC Jesús Nazareno Getafe
CP Costa Rica C/ Camarena, 247 Barrio de Aluche Madrid	CC Corazón de María C/ Zigia, 2 Barrio Arturo Soria Madrid
CP República del Brasil Avenida de los Fueros, 34 Barrio de San Fermín Madrid	

Para completar la primera parte del cuestionario se invirtió aproximadamente una media de 20 minutos. A continuación, se pedía a los niños que cerraran el cuestionario y lo dejaran boca abajo encima del pupitre. En ese momento, se les explicaba que verían una proyección durante otros 20 minutos, durante los cuales se les pedía la máxima atención. Tras la exposición al programa, los niños volvieron al cuestionario y esta parte de la investigación quedaba completa en unos 15 minutos aproximadamente. Todo el procedimiento fue igual tanto para el grupo A como para el B de cada nivel, con la única excepción del programa de televisión (violento o no-violento) al que se expuso cada grupo. Una vez finalizada la recogida de datos en los distintos colegios, se procedió al análisis estadístico de los mismos. Los resultados y conclusiones obtenidas a raíz de dicho análisis se exponen posteriormente.

2.3. Estructura del cuestionario

Hasta el momento hemos mencionado en diversas ocasiones la existencia de un cuestionario como parte, si cabe, esencial del estudio realizado. Pasemos a detallar un poco más la estructura de este cuestionario que constaba de dos partes claramente diferenciadas.

En la primera parte se trata de analizar una serie de rasgos y comportamientos del niño, que servirán para conocer sus costumbres, tanto televisivas como escolares y, en definitiva, su forma de actuar y responder ante determinadas situaciones con las que se encuentra en su vida diaria. Todo ello servirá para saber hasta qué punto sus respuestas vienen en cierta manera influenciadas por lo que ve en la televisión. Por tanto, en esta primera parte, se trataba de conocer:

- a) Los **hábitos televisivos** de los niños. Con el objeto de obtener esta información, se le plantea a los sujetos una serie de preguntas relacionadas tanto con el número de televisores con los que

cuenta en su hogar así como el tiempo que dedican a ver programas tanto en televisión como en vídeo. Acerca de los hábitos televisivos de los niños, éstos comienzan a ver televisión como un hábito a partir de los dos años y medio (Anderson & Levin, 1976). A pesar de su corta edad, se ha realizado algunos experimentos como el de Anderson y Levin (1976) en el que se trataba de ver si los niños imitaban lo que aparecía en la televisión, tanto inmediatamente después de haberlo visualizado como 24 horas más tarde. Las conclusiones a las que llegaron es que los niños de entre 14 y 24 meses de edad eran capaces de imitar los estímulos de la televisión en ambos casos.

- b) La **relación inversa lectura-televisión**. Diversos estudios demuestran que los niños pasan más horas viendo televisión que realizando otras actividades tales como tareas escolares o lectura de libros. Investigaciones desarrolladas en 15 países diferentes (Robinson, 1972) muestra inequívocamente que la cantidad de tiempo que se pasa leyendo (bien sea un libro, periódico, revista, etc.) decrece rápidamente conforme estos sujetos pasan más tiempo viendo televisión. Aunque este declive respecto a las horas que los niños pasan leyendo está relacionado básicamente con la lectura de comics (Murray & Kippax, 1978; Schramm et al., 1961), las consecuencias son también importantes ya que incluso la lectura de comics puede mejorar sus habilidades con la lectura.
- c) La **utilización de videoconsolas y/o juegos de ordenador**. Los científicos sociales empiezan a demostrar la relación existente entre la utilización de videojuegos y el comportamiento violento de los más jóvenes. En las conclusiones finales incluimos los consejos que se dan desde el Centro de Psicología y Salud de Madrid al respecto.
- d) **Funciones de Internet y uso de la red por los más jóvenes**. La utilización de la red se ha extendido de manera tan rápida por los hogares españoles que aún han sido pocos los estudios realizados para conocer las funciones y los efectos que este medio de comunicación tiene en los usuarios infantiles.
- e) Estudiar si el niño presenta una **personalidad agresiva o no** y la frecuencia con que el niño puede utilizar la violencia como respuesta ante ciertas situaciones. Con los resultados de este apartado se podrán llegar a establecer varias correlaciones:
 - I. Entre la cantidad de televisión que el niño ve y la inclinación del mismo hacia la utilización de esta violencia.
 - II. Entre la cantidad de programas violentos que el niño ve y la utilización en su vida de esta violencia
 - III. Correlación también entre la percepción de la violencia como algo divertido/aburrido y la utilización en su vida de esta violencia.
- f) Las **pesadillas nocturnas** y la influencia que ciertos programas de televisión ejercen sobre las mismas. En diversos estudios se ha comprobado que uno de los efectos negativos de la violencia en televisión son las pesadillas que tienen los niños por las noches (Foulkes, Belvedere, & Brubaker, 1971; Feshbach, 1976).
- g) El **perfil sociodemográfico** de la muestra. Por último, dentro de esta primera parte de la encuesta, se plantea un grupo de preguntas con el objeto de conocer el perfil sociodemográfico de los sujetos encuestados. Como hemos dicho anteriormente, estos datos nos servirán para validar o

refutar la hipótesis de que estas variables – edad y género– intervienen en la forma en que los niños perciben la violencia y responden ante los programas agresivos de la televisión (Noble, 1970).

La segunda parte del cuestionario (al cual responderán los niños después de ver 20 minutos de un programa violento o no violento) tiene como objetivo conocer los efectos que ciertos programas de televisión tienen en los niños a corto plazo así como las *huellas* que programas similares a los que han visto han dejado en su forma de pensar o actuar. Así, podremos conocer:

- a) Tanto los niños que ven el programa violento como aquellos que ven el no violento contestarán si les ha **gustado la serie**. Se ha comprobado empíricamente que aquellos niños que afirman que el programa que acaban de ver les ha gustado tienden a demostrar unos comportamientos más agresivos posteriormente que aquellos que afirman que el programa no les ha gustado. Tamborini, Stiff y Heidel (1990) concluyeron que a las personas que menos les gustaba ver la violencia en la televisión eran aquellas que puntuaban más alto en las dimensiones empáticas de contagio emocional, orientación humanitaria, etc.
- b) Si el niño considera **el programa violento como tal, como algo normal o como no violento**. Se trata de ver cómo el niño percibe la violencia de la televisión. Diversos estudios han demostrado que la forma en que los niños perciben la violencia en televisión influye y tiene sus efectos en sus comportamientos posteriores. Si el niño considera que la violencia que ha visto es algo normal, tendrá, según estos estudios, más probabilidades de imitarla en su vida diaria y en su comportamiento con los demás.

Igualmente, se tratará de establecer la correspondiente correlación entre las variables edad y género con el objetivo de saber cómo inciden en esta percepción. Al igual que el hecho de que el niño le guste el programa violento, puede ocurrir también, y en cierta forma pueden ir unidos, que el niño se divierta con el programa de televisión en el que ve actos de violencia y constante agresión. Se trata de verificar o refutar la hipótesis de que los niños que se divierten con la violencia en televisión tienden a ser, a su vez, más agresivos en sus comportamientos que aquellos otros que no experimentan lo mismo ante lo que ven en la pantalla.

- c) Una de las hipótesis de este estudio es que los niños aprenden comportamientos violentos a raíz de los contenidos de violencia a los que les expone la televisión. Aquellos niños que ven el programa no violento contestarán a preguntas similares con el objeto de saber también qué aprenden realmente de este otro tipo de programas. Con ello, se podrá o no demostrar la importancia de determinados programas en el aprendizaje de conductas, bien prosociales, bien antisociales.

Según explican Kaplan, Konecni y Novaco (1984), la televisión puede enseñar los siguientes comportamientos violentos en la audiencia más joven:

- I. Aprendizaje de determinadas habilidades tales como: manejar una pistola, hacer una bomba, etc.
- II. El aprendizaje de objetivos específicos. Es decir, la aparición repetida en pantalla de determinados grupos de individuos que son representados constantemente como responsables de ciertas conductas agresivas y, por tanto, merecedores siempre de un castigo.
- III. La interpretación de normas sociales y sus consecuencias.

- IV. La televisión puede enseñar igualmente las consecuencias de cualquier acto agresivo o violento.
- V. Se trata igualmente de captar los **efectos inmediatos** de la violencia en televisión ¿Qué es lo que los niños hacen o les gusta hacer después de ver estos programas? ¿Qué efectos tiene? Los efectos planteados en las distintas investigaciones realizadas en este campo engloban las más diversas consecuencias en los niveles tanto de la conducta como de las actitudes.
- d) Otra de las hipótesis de este estudio es que la repetida visualización de programas violentos puede hacer surgir en los niños la idea de que **la violencia es el medio de conseguir lo que se quiere**.

Se trata también de obtener información acerca de las intenciones o propósitos por los que el niño utilizaría **las características de los personajes** que han aparecido en los programas que han visto. Se pretende saber si los niños **utilizan lo que ven en televisión de forma positiva o negativa**.

La identificación con los personajes de la televisión es también importante. Los niños que se ven a sí mismos como los personajes de televisión tienen más probabilidad de ser influenciados por los argumentos agresivos que ellos observan (Huesmann, 1984). Al mismo tiempo, los niños más agresivos tienden a identificarse con los personajes agresivos, y aquellos que se identifican con estos personajes llegan a comportarse de forma más agresiva.

- e) La distinción entre la fantasía y la realidad es uno de los aspectos claves en los estudios sobre la influencia de la televisión entre la audiencia infantil. Una vez más los estudios demuestran que los niños que consideran que lo que ven en televisión es lo que ocurre en la vida real tienen más posibilidades tanto de actuar tal y cómo han visto en la televisión, como a un largo plazo, considerar normal cualquier acto de violencia que vean fuera de la pantalla.

El realismo con que se percibe la televisión es un factor muy importante en la relación entre violencia televisiva-conducta agresiva. En 1986, Hearold realizó un meta-análisis de diversos estudios que incluían un total de 1000 comparaciones y que estaba basado en datos obtenidos de unos 100.000 sujetos. Una de las conclusiones fue que el realismo era el factor más importante. Asimismo, algunos años antes, Feshbach y Singer (1973) también habían sugerido que los mensajes no reales o fantásticos tenían menos efectos que los mensajes reales en las actitudes agresivas de los niños.

Antes de los 9 años, los niños no tienen la capacidad para diferenciar con total claridad la fantasía de la realidad (Eron, 1983). Si este factor no es tenido en cuenta, muchas de las conclusiones a las que se lleguen pueden tener una mala interpretación. Así pues, los niveles de realismo son un factor importante, también en la violencia de los dibujos animados. Repetida exposición a la violencia de estos programas parece incrementar la agresividad de los niños. Aunque algunos estudios no llegan a conclusiones tan claras (Hapkiewicz & Stone, 1974), se afirma que no existe indicación alguna de que la agresividad disminuya después de ver dibujos animados de carácter violento. Es más, Huston-Stein y Friedrich consideran que los dibujos animados no tienen menos probabilidades que otros programas de tener estos efectos por su carácter fantástico o de ficción. De hecho, pueden tener más efectos debido a que presentan con mayor frecuencia imágenes de violencia y que esta violencia parece divertida y no causa ningún daño a sus víctimas.

Para que un guión de conducta agresiva sea codificado en la memoria y mantenido, es necesario que este guión tenga características sobresalientes que atraigan al niño. Huesmann (1984) especula que las descripciones realistas son descripciones relativamente sobresalientes. Si una acción violenta es percibida como totalmente no-realista, es poco probable que reciba mucha atención por parte del niño. Tempranas investigaciones sobre violencia en televisión han enfatizado esta variable como determinante de los efectos de imitación (Feshbach, 1972). Posteriores investigaciones (Huesmann 1984) han confirmado que la relación ver violencia en televisión-conducta agresiva se cumple e incrementa en los aquellos que creen que esa violencia es representativa de la vida real.

- f) Se trata de ver **la cantidad de programas violentos y no violentos que los niños ven normalmente**. Según los resultados obtenidos, se podrá establecer una correlación entre la cantidad de programas violentos que ven los niños y su forma de comportarse con los demás. Se pretende comprobar la hipótesis de que la televisión es una de las causantes de la conducta agresiva del niño.

Considerando juntas todas estas variables, las interrelaciones con cada una de ellas sugieren un proceso recíproco en el cual ver violencia y la conducta agresiva se perpetúan mutuamente. Vemos que el niño observa violencia en televisión y percibe que los personajes utilizan la violencia como una forma de solucionar los problemas. El niño se identifica con estos personajes, creyendo que la violencia es real. La violencia llega a ser algo habitual e interfiere en el éxito social y académico del niño. Llegados a este punto, el niño más agresivo con sus compañeros de colegio va a tener menos popularidad y aceptación por parte de éstos últimos. A su vez, parece que aquellos niños que se muestran más agresivos tienden a ver también un mayor número de programas violentos en la televisión.

A continuación, planteamos el estudio que hemos realizado en diferentes colegios de la Comunidad de Madrid con la finalidad de conocer, analizar y observar la influencia que los contenidos violentos de medios de comunicación como la televisión, o formas de entretenimiento para la infancia como los videojuegos o Internet pueden tener en la socialización de los niños y niñas de este reciente Siglo XXI.

3. RESULTADOS DEL ESTUDIO EMPÍRICO SOBRE SOBRE LOS EFECTOS DE LOS PROGRAMAS VIOLENTOS DE TELEVISIÓN EN LOS NIÑOS DE LA COMUNIDAD DE MADRID

3.1. Desarrollo y análisis de los datos obtenidos. Primera parte del cuestionario

Hemos considerado oportuno comenzar el presente análisis de resultados explicando las características sociodemográficas de la muestra con el fin de tener un conocimiento adecuado de los sujetos integrantes del presente estudio. Estas características sociodemográficas constituyen un factor determinante en el análisis de los resultados, ya que servirán para obtener conclusiones acerca de la capacidad de influencia de estas variables en la percepción de los programas violentos de la televisión y en los efectos que estos tienen en la audiencia infantil.

Así pues, de los 1137 niños que configuran la muestra de este estudio, el 53% son niños y el 47% son niñas. Según los grupos de edad, un 33% lo integran niños entre los 7 y 8 años; un 34,7% los niños entre 9 y 10 años y cerca de un 32,3% los niños y niñas cuyas edades oscilan entre los 11 y 12 años.

Respecto al número de personas que viven en los hogares de los niños que han formado parte de este estudio, el mayor porcentaje se encuentra en los hogares formado por cuatro personas (49,3%), lo que se corresponde también con aquellos hogares que están formados por el padre, la madre y un her-

mano/a (67,2%). La media de personas que viven en los hogares de la muestra está en 4,5. Tan sólo un 0,8% del total viven sin su madre, si bien resulta más significativo el 8,9% de niños y niñas que viven sin la presencia en sus hogares del padre.

Las madres que trabajan fuera del hogar representan un 69,3% del total, frente al 89,4% de padres que están activos en el mundo laboral. No obstante, cabe mencionar las diferencias ocupacionales de las madres de niños pertenecientes a unos y otros colegios. Así, las madres de los alumnos pertenecientes a colegios como Meseta de Orcasitas o República de Brasil se dedican fundamentalmente a asistencia doméstica o a trabajos que no implican una preparación académica, contrariamente a lo que ocurre con aquellas madres de los niños de colegios concertados como Sagrado Corazón o Valdeluz.

3.1.1. *Los hábitos televisivos*

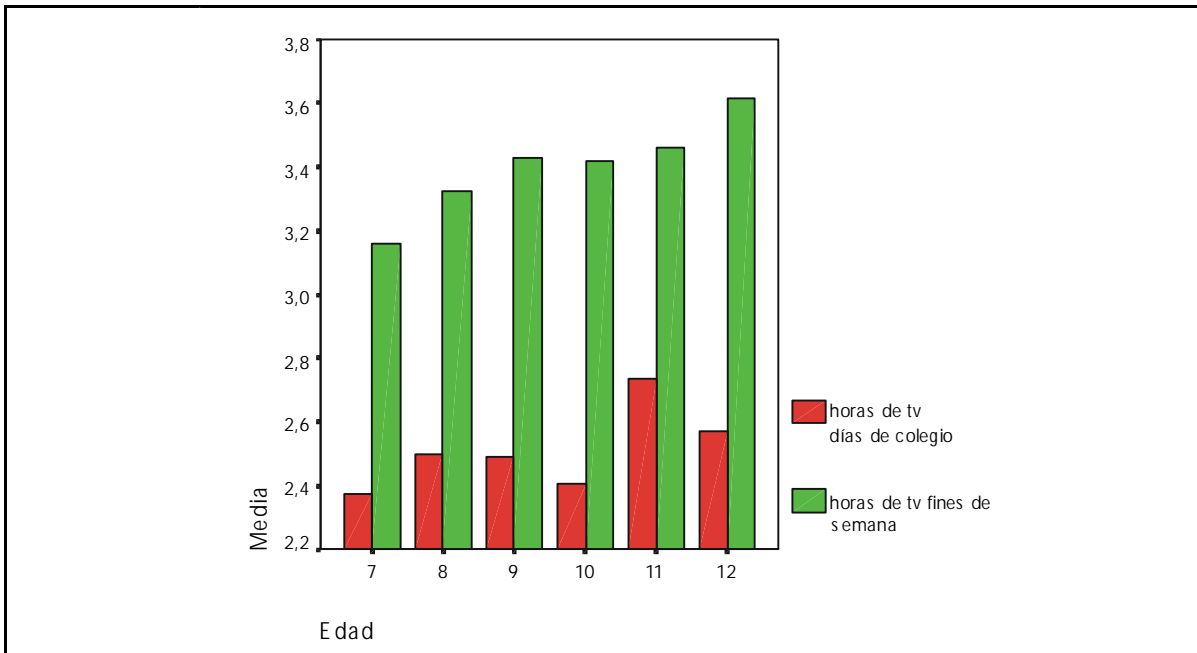
Según los resultados del presente estudio, el 41,1% del total de niños entrevistados ven entre 2 y 3 horas diarias de televisión los días de colegio, estando la media en 2,5 horas. Les siguen con un 36%, los niños y niñas que ven solamente 1 hora de televisión diaria. El 14% afirma ver entre 4 y 5 horas de televisión y, por último, el 5% que afirma ver 6 o más horas de televisión en un día de jornada escolar.

No obstante, la cantidad de horas que dedican durante un día del fin de semana a esta actividad se ve incrementada. Si bien se mantiene en un 43,4% el porcentaje de niños y niñas que ven entre 2 y 3 horas de televisión, asciende casi al 30% el porcentaje de niños que ve entre 4 y 5 horas de televisión un día del fin de semana. Les seguiría con un 14% el porcentaje de niños que afirma ver entre 6 y 8 horas de televisión diarias, cifra realmente preocupante. Por tanto, frente a la media de 2,5 horas diarias dedicadas a la televisión, nos encontramos con un 3,5 horas durante el fin de semana.

Así pues, destaca el incremento en el porcentaje de niños que dedican 4, 5, 6 o más horas durante un día del fin de semana a ver televisión, a la vez que se produce una disminución en el número de niños que le dedicaban una hora a esta actividad durante la semana. Estos resultados parecen indicar que existe una relación directa entre el incremento del tiempo libre y el aumento en el número de horas dedicadas a ver televisión.

Cuando se trata de analizar el número de horas que ven televisión estableciendo la diferencia por género, niños y niñas parecen ver un número de horas similar, si bien los niños parecen ver más horas de televisión que las niñas. Por ejemplo, durante la jornada escolar, el porcentaje de niños que ven entre 4 y 6 horas de televisión es superior en casi un 15%. Hecho que se repite también con aquellos niños que ven entre 2 y 3 horas de televisión, si bien las diferencias en este sentido no son tan pronunciadas, apenas de un 5%. Esta circunstancia se repite durante el fin de semana. Así, existe una diferencia del 30% entre el porcentaje de niños que afirma ver más de 4 horas de televisión los fines de semana y las niñas que se manifiestan en este sentido.

Al igual que ocurre con la variable género, la variable edad también marca diferencias respecto al tiempo que se emplea en ver televisión. Aunque niños y niñas ven aproximadamente el mismo número de horas la televisión, podemos apreciar cierta diferencia respecto a la media de horas que pasan delante de la pantalla, especialmente en los fines de semana. Así, la media de horas que ven los más pequeños diariamente llega a 2,38; los niños entre 9 y 10 años ven una media de 2,49 horas de televisión un día de jornada escolar y los niños mayores (11-12), ven una media de 2,73 horas diarias de televisión.



Durante los fines de semana, la diferencia se mantiene, siendo los más pequeños los que pasan menos tiempo delante del televisor. En este sentido, la media de horas que los niños y niñas entre 7 y 8 años pasan viendo la televisión en un día de fin de semana está en 3,32; los niños entre 9 y 10 años ven una media de 3,43; mientras que los mayores, al igual que ocurre en los días de jornada escolar, ven una media de 3,61 horas. Conviene destacar, pues, que son los mayores entre los que parece existir una tendencia a dedicar más horas a la pequeña pantalla.

En este sentido, encontramos en la bibliografía existente sobre los hábitos televisivos de la infancia un estudio realizado por Harris (1994) quien considera que conforme el niño crece, va convirtiendo el hecho de ver televisión en un hábito, y tiende a pasar más horas delante de la misma. Podemos verificar, asimismo, la existencia de una relación directa entre el número de horas que el niño dedica a la pequeña pantalla y la edad del mismo. Es decir, cuanto mayor sea el niño, más horas de televisión verá.

Según los centros escolares, durante los días de jornada escolar destacar el Colegio Público Meseta de Orcasitas, cuyos niños son los que más tiempo pasan viendo la televisión, una media de 4,18 horas, seguidos del Colegio Público Costa Rica, con una media de 3,85 horas. Por el contrario, los niños de los colegios Sagrado Corazón y Valdeluz (ambos concertados) ven una media de 1,84 y 1,92 horas respectivamente los días de colegio. Hecho similar se repite durante los fines de semana. En este sentido, siguen siendo los niños del Colegio Público Meseta de Orcasitas los que más televisión ven, subiendo la media hasta 4,65 horas. Le seguiría el Colegio Público República del Brasil, con una media de 4,20 horas de televisión en un día del fin de semana. Al igual que ocurre en los días de colegio, los alumnos del Colegio Valdeluz y Sagrado Corazón serán los que pasen menos tiempo delante de la pantalla, con una media respectiva de 2,80 y 3,20 horas.

Con todos estos resultados, se pueden verificar las siguientes hipótesis:

1. Se confirma que los fines de semana, los niños y niñas ven más cantidad de televisión que los días de jornada escolar.

2. Los niños y niñas pertenecientes a un estatus socioeconómico y cultural inferior tienden a pasar más horas viendo la televisión, tanto entre semana como los fines de semana.
3. Los niños ven de media más horas de televisión que las niñas.
4. Por edad, los niños mayores parecen pasar más horas viendo la televisión que los restantes grupos de edad considerados en el estudio, especialmente, los fines de semana.

En la segunda parte del cuestionario, a los 1137 niños y niñas integrantes de la muestra se les pidió que contestaran *con qué frecuencia veían en la televisión programas de lucha y acción*, entre los que quedaban incluidos tanto los dibujos animados como cualquier serie, película, etc., proyectada en la pequeña pantalla. El hecho de incluir esta pregunta en la segunda parte se debió, fundamentalmente, a que el niño no pudiera tener conocimiento desde el primer momento y de forma tan clara, cuál o cuáles eran los objetivos del cuestionario. Si fuera así, si el niño, en este caso, conociera el propósito de la encuesta, pudiera tergiversar los datos o contestar como él supone que los adultos esperan que él conteste. Hay que aclarar también, que en el análisis de los resultados aportados en esta respuesta no se tomará en consideración el programa al que los niños fueron expuestos durante la sesión, ya que lo que se trata de estudiar son los hábitos televisivos respecto a un determinado argumento.

Pues bien, ante esta pregunta, el 40% contestó que entre *1 y 2 días* semanales, seguidos en un 21,3% por los que contestan que *nunca* ven este tipo de programas. Sin embargo, si sumamos el 18,4% que contesta entre *3 y 5 días* a la semana con el 17,6% que afirma verlo *todos los días*, puede concluirse que niños y niñas están considerablemente expuestos a programas que incluyen cierto grado de violencia en sus argumentos.

Se aprecian diferencias significativas entre el número de días que niños y niñas parecen ver este tipo de programas. Los niños destacan sobre las niñas en cualquiera de las respuestas que implique ver un día o más a la semana este tipo de programas. Tan solo cuando contestan que ven *nunca* estos programas, las niñas superan en porcentaje a los niños. Así, del total de 242 niños y niñas que contestaron *nunca*, el 75% son niñas frente al 24,9% de niños.

Conviene destacar también las diferencias entre el número de niños que ven de *3 a 5 días semanales* y *casi todos los días* y el porcentaje significativamente inferior de niñas. Así, del total de niños y niñas que respondieron ver de *3 a 5 días* semanales y *casi todos los días* estos programas de lucha y acción (independientemente del programa al que han sido expuestos), el 76,4% son niños frente al 23,6% de niñas.

Tomando como referencia la variable *edad*, parece observarse que son los niños mayores los que ven en mayor porcentaje (47,05%) tanto de *3 a 5 días* como *casi todos los días* los programas de lucha o acción. El 28,7% corresponde a los niños y niñas de entre 9 y 10 años de edad. Se puede observar que los niños más pequeños ven fundamentalmente *1 ó 2 días a la semana* esta serie de programas. Respecto a los que contestan que *nunca* ven este tipo de programas, son los niños y niñas entre 9 y 10 años los que destacan con un 40%, seguidos de los niños mayores y más pequeños que se distribuyen el porcentaje restante equitativamente.

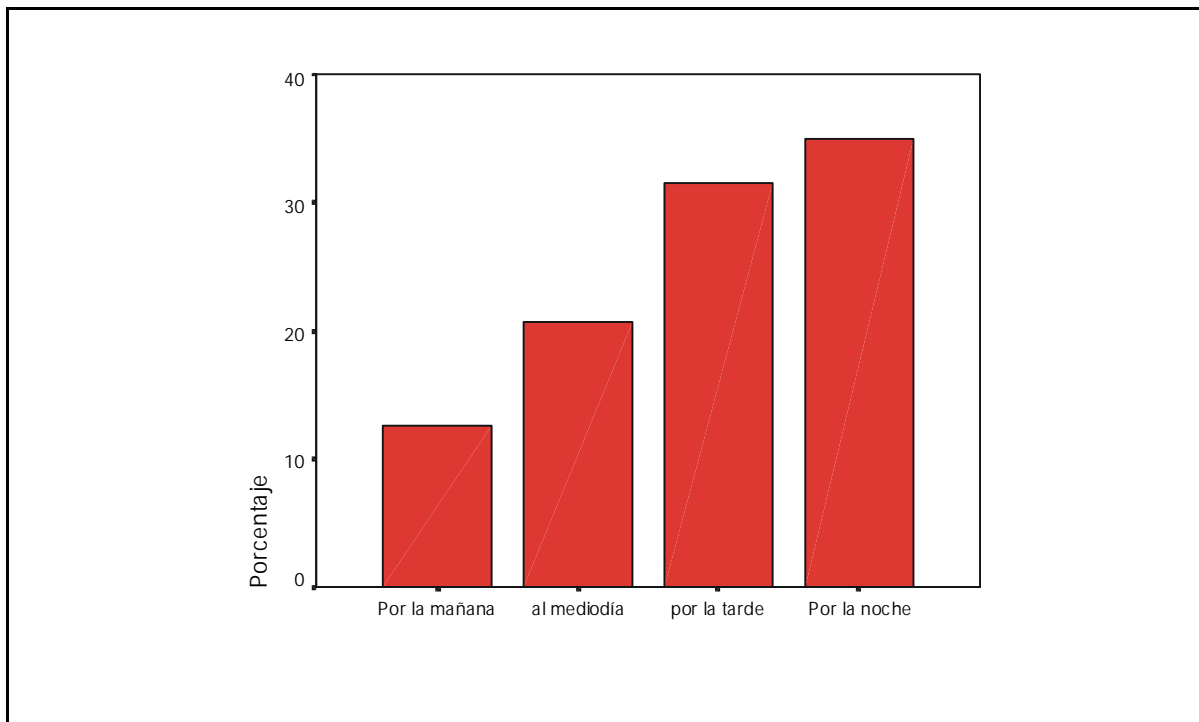
Como conclusión general respecto a los hábitos televisivos de los niños y niñas seleccionados en el presente estudio, podríamos decir que tanto niños como niñas de todos los grupos de edad seleccionados son expuestos con bastante frecuencia a todo tipo de programa emitido por televisión -inde-

pendientemente que éste sea violento o no violento-. Los resultados parecen también indicar que los niños mayores, en general, parecen ver más televisión que los otros dos grupos de edad, tanto programas violentos como no violentos.

En este sentido, parece influir otra variable importante y es el hecho de disponer de su propia televisión en su habitación. Los niños entre 11 y 12 años son los que disponen en mayor porcentaje de un aparato de televisión en su habitación. Así el 36% de los niños de esta edad afirman tener una televisión en su dormitorio frente al 28 por ciento de niños entre 7 y 8 años. De igual forma, resulta peculiar cómo frente al 64,2 por ciento de niños que afirman tener una televisión en su habitación, tan solo el 35,4 por ciento de niñas la tienen. Hecho también que incide en que los niños vean más televisión que las niñas.

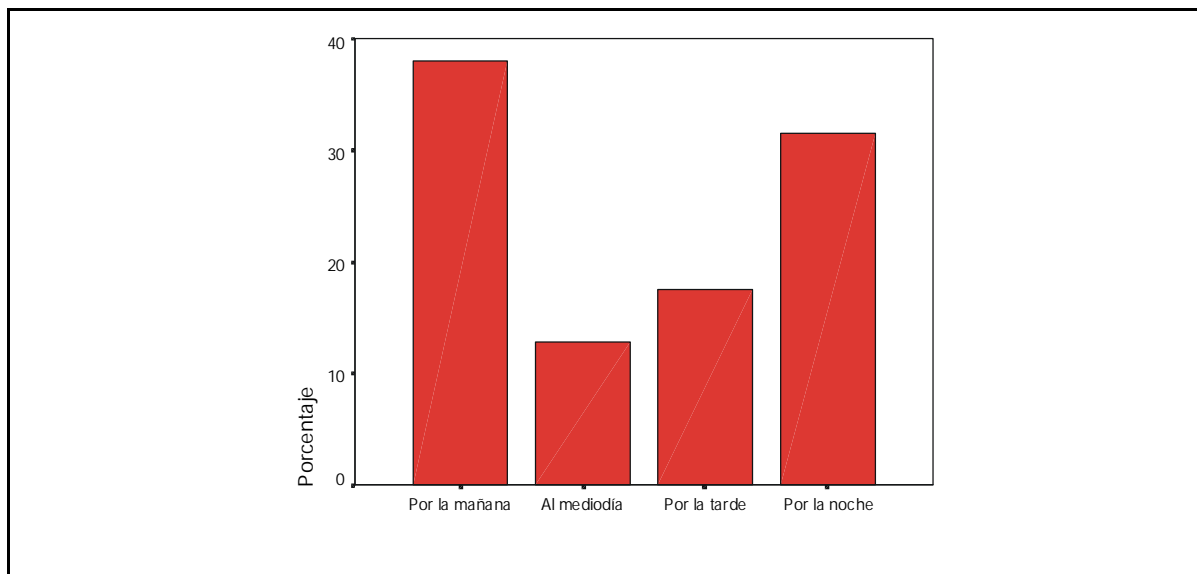
Por otra parte, en el cuestionario se incluía también preguntas en relación con el momento del día que ven más tiempo la televisión y si la ven en compañía de sus padres. Respecto a la primera cuestión, durante los días de colegio, los niños ven la televisión, principalmente, por la noche, antes de irse a la cama (34,7%). En el siguiente gráfico, puede observarse las distintas tendencias de los niños a la hora de ver televisión.

A lo largo del día ves más tiempo de televisión



Por lo tanto, a partir de lo observado, puede concluirse que durante la jornada escolar, los niños –principalmente por razones de tiempo– ven más horas de televisión por la noche, lo que no resulta adecuado en determinadas edades ya que la programación nocturna está adecuada a una audiencia adulta. Durante los fines de semana, se asemejan porcentualmente el número de niños que ven la televisión tanto por la mañana, cuando se levantan (38%) como por la noche (31,3%).

A lo largo del fin de semana, ve más tiempo de televisión



Es interesante analizar estas tendencias por edades. Durante la semana, son los niños mayores (entre 11 y 12 años) los que ven más televisión antes de irse a la cama, en realidad, un 40,5% frente al 23% de niños y niñas de 7 y 8 años. Por las tardes, cuando vuelven del colegio, la tendencia se invierte y son los niños de 7 y 8 años los que ven más televisión a esas horas. En concreto un 40,1% frente al 25,9 por ciento de niños y niñas entre 11 y 12 años.

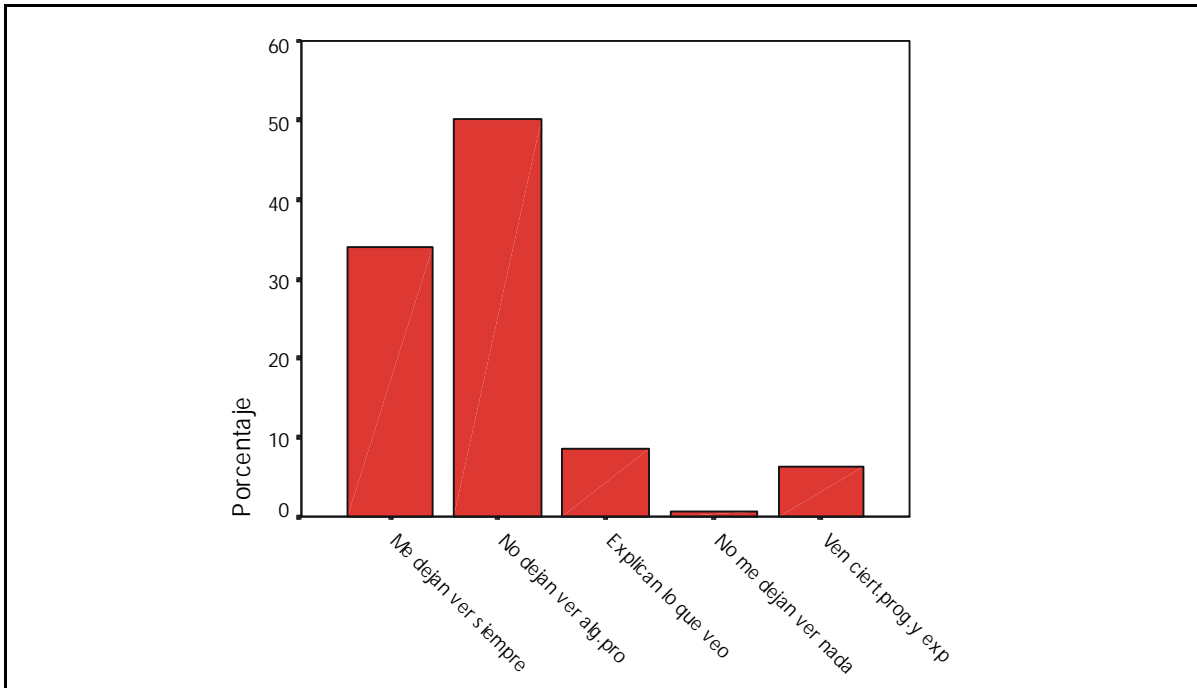
Los fines de semana, sin embargo, los padres parecen ser más permisivos y se igualan prácticamente el porcentaje de niños y niñas de todas las edades analizadas a la hora de ver televisión por la noche. Así, nos encontramos el 32% de niños entre 9 y 10 años, junto con el 31,1 por ciento de niños entre 11 y 12 años y el 33% de niños y niñas entre 7 y 8 años. No obstante, las tardes siguen siendo de los más pequeños: el 48,8% de niños entre 7 y 8 años afirman ver la televisión a estas horas frente al 27,2 de niños y niñas entre 9 y 10 años y el 23,1% de niños y niñas entre 11 y 12 años.

Respecto al papel de los padres en la educación televisiva de sus hijos, parece que aún no se ha tomado conciencia de la importancia de la presencia de los padres junto a sus hijos a la hora de ver determinados programas de la televisión. Así, hay un 34% de niños que afirman que sus padres les dejan ver la televisión siempre que quieren y un 60,5% de niños y niñas que afirman que sus padres tan solo ven la televisión con ellos algunas veces. En este sentido, el 16,5% de niños afirman que sus padres ven con ellos la televisión casi nunca o nunca.

Puede observarse también en el gráfico adjunto que tan solo un 8,4% de los niños afirman que sus padres les explican lo que ven en la televisión junto con un 6,3% que afirma que sus padres no les dejan ver ciertos programas y que les explican además aquello que no entienden.

3.1.2. *La relación desarrollo intelectual-hábitos televisivos*

En las investigaciones con niños, hay que tener en cuenta que existen una serie de variables difíciles de controlar y que pueden incidir en los resultados del estudio. En este caso, una de las variables es el

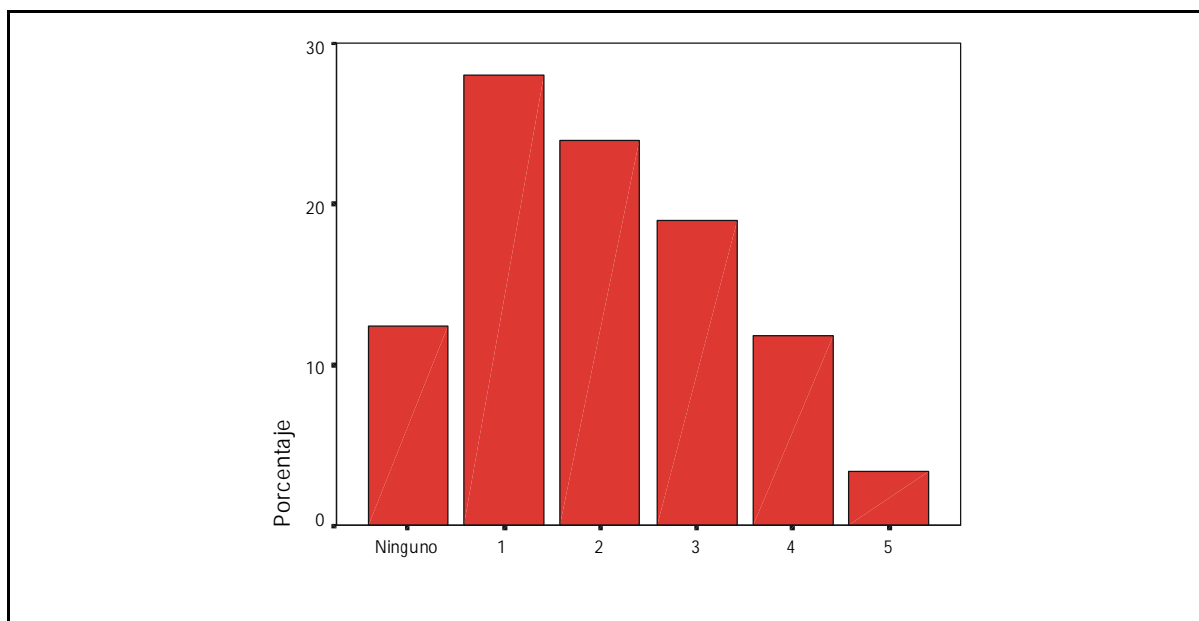


miedo potencial del niño a expresar la verdad, por ejemplo, de los libros que verdaderamente lee o las horas que realmente dedica a sus deberes escolares. Los niños temen una potencial represalia por parte de sus tutores, a pesar de que se le indique, en varias ocasiones a lo largo de la investigación, que sus respuestas son totalmente confidenciales y que no tienen en ningún momento que incluir su nombre en el cuestionario. Por ello, con la pregunta sobre el número de libros que leen lo que se pretende conocer es la familiaridad de los niños con la lectura .

Tal y como puede observarse en el gráfico, existe una tendencia decreciente respecto al número de libros que leen los sujetos entrevistados. El mayor porcentaje se sitúa en los que leen un solo libro (28%) seguido de los que han leído dos (23%) y tres (19%). Es interesante destacar que la media de libros leídos en un mes está en dos exactamente, pero que son los niños de menor edad los que más leen, con una diferencia porcentual significativa, casi del 30% respecto a los niños de 11 y 12 años. Así pues, cuando se trata de establecer una relación entre el número de horas que estos niños ven televisión y los libros que leen, puede igualmente observarse que existe una relación inversa, en el sentido en que a mayor número de horas de televisión, menos libros suelen leerse, como ocurre con los niños de más edad. Estos son precisamente los que, como hemos mencionado, menos libros leen pero, además, recordamos que son los que pasan más tiempo delante del televisor. Parece comprobarse la hipótesis de que cuántas más horas dedica el niño a ver televisión, menos horas dedica a otras actividades de desarrollo intelectual, en este caso, la lectura.

Ahora bien, del 12,4% de niños y niñas que manifiestan no haber leído ningún libro ultimamente, el 20,6% pertenece al centro Meseta de Orcasitas, seguido con un 15,6% por el Colegio Público República de Brasil y 12,1% el centro Antonio Machado. Por el lado contrario, es decir, aquellos que manifiestan haber leído 3 o más libros en el último mes, destacar el Colegio Público Costa Rica, con un 22%, seguido del Colegio Valdeluz con un 20% y Sagrado Corazón con un 16,4%.

Cuántos libros has leído en el último mes



Por otra parte, y respecto al tiempo que dedican a realizar los deberes escolares, el 47,2% de los niños y niñas encuestados entre 1 y 2 horas a la realización de las obligaciones escolares, seguidos muy de cerca por el 41,3% de niños y niñas que afirman dedicarle menos de una hora. No obstante, hay que tener en cuenta que en algunos de los colegios seleccionados los profesores informaron que no suelen mandar deberes extraescolares. Aún así, se consideró interesante estudiar la relación entre el número de horas dedicadas a esta actividad escolar y las que se dedican a ver televisión. En este sentido, cabe decir también que son los niños de más edad los que dedican un mayor número de horas a la realización de estos deberes. Así, como puede observarse en el gráfico, conforme aumenta la edad, aumenta también el tiempo que se dedica en casa a las obligaciones escolares.

3.1.3. Los videojuegos y/o juegos de ordenador

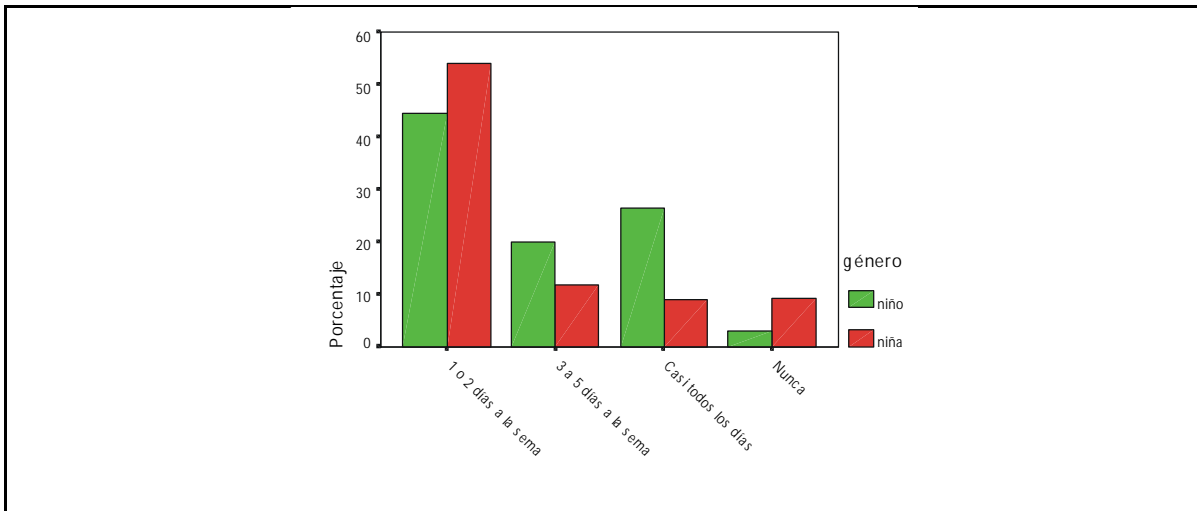
Gran parte de los videojuegos que se encuentran actualmente en el mercado son de contenido significativamente violento. Si bien están en una primera fase de estudio las consecuencias negativas que pueden tener estos juegos sobre el desarrollo social del niño, el objetivo de este apartado es el de conocer los hábitos del niño respecto a este tipo de entretenimiento y analizar hasta qué punto los niños que ven más televisión y pasan a su vez más horas con los videojuegos muestran una actitud y un comportamiento más violento que aquellos que o bien no cuentan en sus hogares con este tipo de entretenimiento o bien no juegan simplemente con ellos.

El 88,4% de los niños y niñas encuestados afirman tener en su casa videoconsolas o juegos de ordenador. A la hora de jugar con ellos, el 49% afirma jugar entre 1 y 2 días a la semana; le sigue el 18% que afirma jugar casi todos los días y, por último, el 16,3% que afirma jugar entre 3 y 5 días a la semana.

Como puede observarse en el gráfico que se adjunta a continuación, las diferencias por género son interesantes. Cuando afirman no jugar o jugar entre uno y dos días a la semana, las niñas superan

a los niños porcentualmente. Sin embargo, si analizamos el grupo de niños y niñas que afirman jugar casi todos los días de la semana, existe una diferencia significativa: el 77% de niños frente al 23% de niñas.

¿Con qué frecuencia juegas con las videoconsolas?



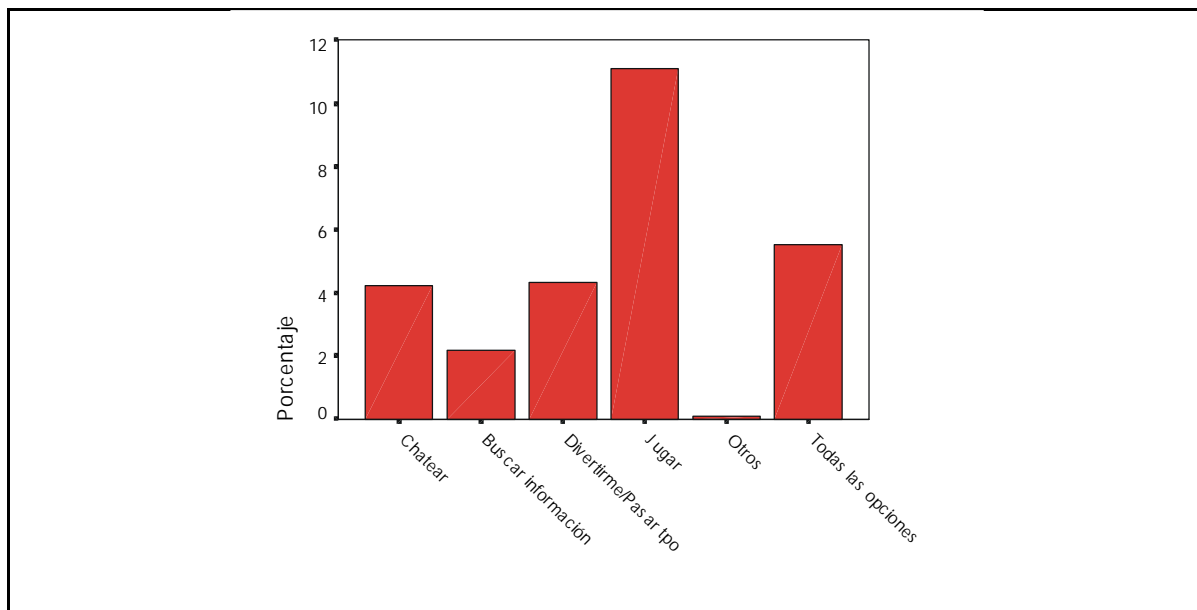
La edad no parece constituir una variable diferenciadora e influenciadora a la hora de utilizar las videoconsolas o juegos de ordenador. Apenas si existen diferencias entre los niños más pequeños y los mayores. Si nos fijamos, por ejemplo, en aquellos que más utilizan esta forma de ocio, el 36% está formado por niños entre 9 y 10 años, seguidos del 33% de niños y niñas entre 7 y 8 años y, por último, el 30% de niños y niñas entre 11 y 12 años. Similar circunstancia se repite en las demás opciones que se presentan para saber la frecuencia con que utilizan los videojuegos o juegos de ordenador.

Queríamos conocer también el uso y funciones que Internet tiene en la vida de la infancia actual. Como nuevo medio de comunicación resulta de gran interés científico y social saber para qué lo utilizan los niños y niñas de hoy ya que, si bien la información que puede transmitir puede ser de mucha utilidad, también una mala utilización de este medio puede tener importantes consecuencias negativas para el desarrollo social e intelectual del niño. En este sentido, cabe mencionar que, aunque no estadísticamente significativo, algunos niños contestaron a raíz de una pregunta abierta que se le incluyó en el cuestionario ("Cuéntanos lo que más te gusta de Internet") que lo que más les gustaba eran las páginas pornográficas que podían verse en la Red.

Así pues, la mitad de los niños y niñas que forman parte de este estudio han manifestado tener Internet en su casa (51%). De estos, el 28 por ciento lo utilizan ellos mismos. Es interesante conocer los usos que estos niños y niñas hacen de la Red. Según se ha podido recoger en la encuesta, más de la mitad de los niños que se conectan a la Red lo hacen para jugar, seguidos de aquellos que lo utilizan para todas las opciones posibles.

Es interesante también la influencia en este caso de la variable edad. Los niños más pequeños son los que más utilizan Internet para jugar. Así, del total de niños y niñas que se manifestaron en este sentido, el 52% pertenece a los niños de 7 y 8 años, el 38,4% a los niños y niñas entre 9 y 10 años y tan solo el

¿Para qué utilizas Internet?



10% de niños y niñas de entre 11 y 12 años. Por el contrario, los mayores destacan en todas las demás opciones, fundamentalmente en la de “chatear”, con un 45% y en “todas las opciones”, con un 68,2%. Es decir, que utilizan la Red tanto para obtener información, como para jugar o hablar con sus amigos. Es un medio de comunicación que forma parte de su vida habitual.

3.1.4. Características agresivas de los niños

Se ha planteado en este cuestionario un grupo de preguntas que tienen como objetivo conocer las características agresivas que puede encerrar la personalidad del niño. El propósito es el de estudiar el papel que desempeñan los programas violentos de la televisión en la configuración de estos rasgos agresivos de su carácter. Según Dominick y Greenberg (1992) aquellos niños que presentan ciertos rasgos de agresividad en su personalidad tienden a su vez a ver más programas violentos de televisión, a divertirse más con los mismos e, igualmente, a comportarse de forma más violenta.

Contrariamente, la industria televisiva americana argumenta, por su parte, que la televisión no es la culpable de despertar conductas o actitudes agresivas en los niños, sino que estos niños son de por sí agresivos y que sus acciones violentas se desarrollarían de igual forma tanto si existieran estos programas agresivos de la televisión como si no.

En nuestro estudio, pretendemos observar qué papel juega el carácter agresivo o presumiblemente violento del niño en la influencia que la televisión puede ejercer sobre él.

La violencia en los juegos

Para conocer este rasgo de la personalidad del niño, planteamos una serie de preguntas en las que el niño tenga que manifestar su forma de comportarse con sus amigos, con las personas más cercanas a él, en definitiva, cómo actúa en sus relaciones sociales.

Ante la afirmación “Cuando estoy con mis amigos nos divertimos jugando a juegos de acción en los que empleamos la fuerza o luchamos”, según muestran los resultados de esta encuesta, tanto niños como niñas contestan en un 35,7% que *nunca* juegan a juegos en los que emplean la violencia. Le sigue el 23% que afirma que *casi nunca* juega a este tipo de juegos. Por el lado opuesto, nos encontramos con un 19% de niños y niñas que responden siempre o con bastante frecuencia.

La diferencia más significativa se encuentra cuando se toma en cuenta la variable *género*. Es decir, del 56,4% de niños y niñas que afirman realizar *–algunas veces, casi siempre, siempre–* juegos en los que emplean la fuerza, el 64,5% son niños frente al 35% de niñas. Por su parte, de los 154 niños y niñas que contestan que *nunca* utilizan la violencia en sus juegos, el 64,3% son niñas frente al 35,7% de niños.

Por edades, los niños y niñas de 7 y 8 años constituyen el grupo que más pone en práctica este tipo de juegos. Concretamente, el 60% del total de niños y niñas que contestaron que *siempre* juegan a juegos de acción en los que emplean la fuerza, pertenecen a este mismo grupo de edad, seguidos de los niños de 9 y 10 años con un 30%. El grupo más numeroso por edades que contestó que *nunca* o *casi nunca* desarrollan este tipo de juegos está formado por los niños de 11 y 12 años, si bien las diferencias porcentuales no son muy significativas. Las hipótesis que se barajan para este hecho se basan en que, probablemente, para los niños mayores los tipos de juegos sean diferentes o, simplemente, el concepto de juego es distinto y a esta edad no consideran algunas actividades como juegos.

La violencia en las relaciones sociales

Cuando a estos niños se les preguntó *si vieras a tu mejor amigo que se está peleando, ¿qué harías?*, el 62% de la muestra contestó que *intentarían ellos mismos separarles* y el 24% que *avisarían a alguien para que lo hiciera*. Conviene resaltar que la tercera opción en orden de preferencia tanto para los niños como para las niñas fue la de *meterse ellos mismos en la pelea*, constituyendo este grupo un 10% del total de la muestra. En esta misma pregunta se observa una diferencia de géneros en tanto que las niñas (61,4%) llamarían con más frecuencia a alguien para que diera fin a la pelea que los niños, si bien la primera opción para las niñas sería también la de intentar separarles por ellas mismas.

Respecto a las opciones de carácter violento, es decir, la de ayudar metiéndose en la pelea o llamar a otros amigos para ayudar en la pelea destacan en ambos casos los niños sobre las niñas, con una diferencia porcentual del 40 por ciento en ambos casos.

Teniendo en cuenta la variable *edad*, y centrándonos en el grupo de niños y niñas que respondieron que *se meterían ellos también en la pelea* y que *llamarían a otros amigos* el 44% pertenecen al grupo de edad entre 11 y 12 años, seguidos del 30,6% de los niños y niñas entre 9 y 10 años y el 25,6% de niños y niñas entre 7 y 8 años. Por lo tanto, en esta ocasión, los niños y niñas de más edad son los que más recurrirían a la opción considerada como violenta.

Tengo que preguntar hasta qué punto el hecho de decir “intentaría separarles para que dejaran de pelear” no es también una acción violenta. ¿Tendría que justificar esta afirmación?

Otra de las cuestiones planteadas para analizar la tendencia agresiva de los niños fue la de conocer su reacción cuando se enfada con alguien en la vida real. Se trata de establecer diferencias en la relación del niño/a con los amigos y la relación con los demás. Los amigos, a estas edades, son algo muy importante y puede ser difícil, en algunos casos, imaginar una pelea con aquel que se considera un amigo. Sin

embargo, puede cambiar cuando se trata de un enfado con su hermano/a, por ejemplo, o con un compañero/a de clase.

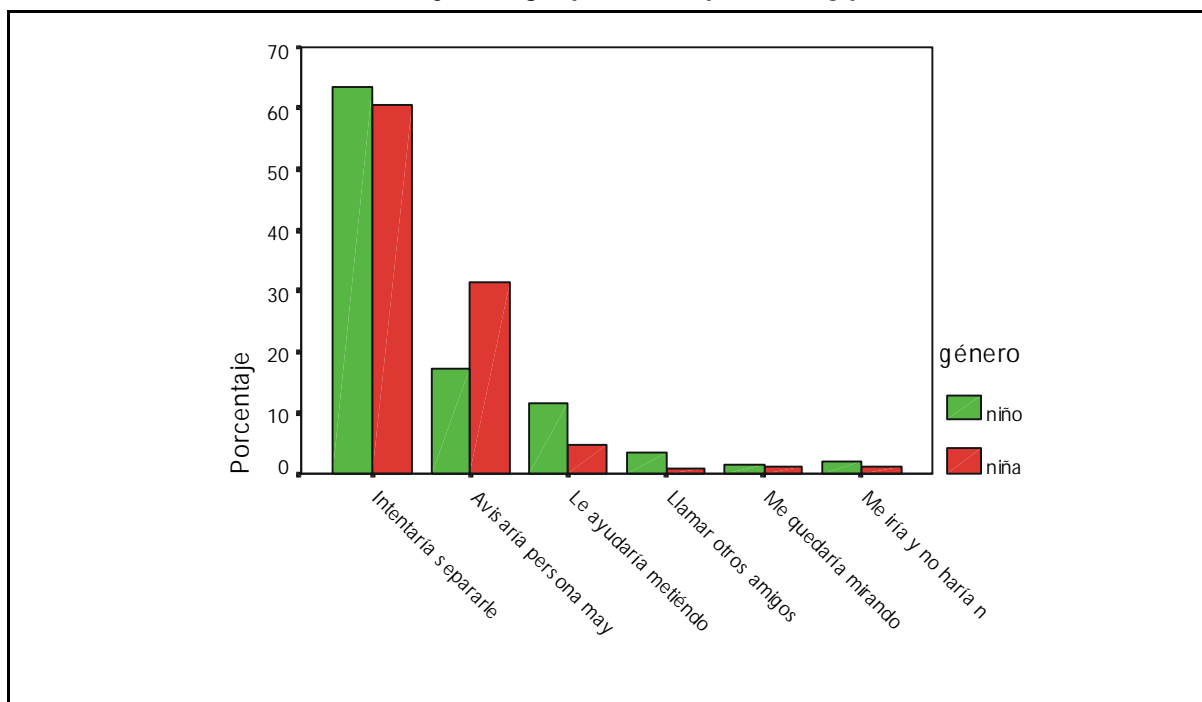
Como puede observarse en el gráfico, el 36,1% de la muestra contestó que pocas veces suele enfadarse con otros, seguidas por la opción de *Ni le insulto ni nos pegamos. Espero a que se me pase el enfado y ya está* (26,6%). Muy cerca le sigue la opción *Suelo insultarle y decirle cosas feas*, con un 25%. Otra de las opciones que se consideraban como muestra de que el niño reacciona de forma violenta ante determinados actos de su vida diaria es la que afirma *la cosa suele terminar en pelea*, a la que responden en este sentido un 12,4% del total. En el gráfico adjunto puede distinguirse la diferencia de respuesta según género y puede concluirse cómo los niños responden de forma más agresiva que las niñas.

Respecto a la variable edad, de nuevo son los niños mayores los que en 41,2% de los casos optan por una de las opciones de carácter violento, seguidos por los niños de 9 y 10 años con un 34,2% y en último lugar, los niños y niñas de 7 y 8 años con un 24,6% del total

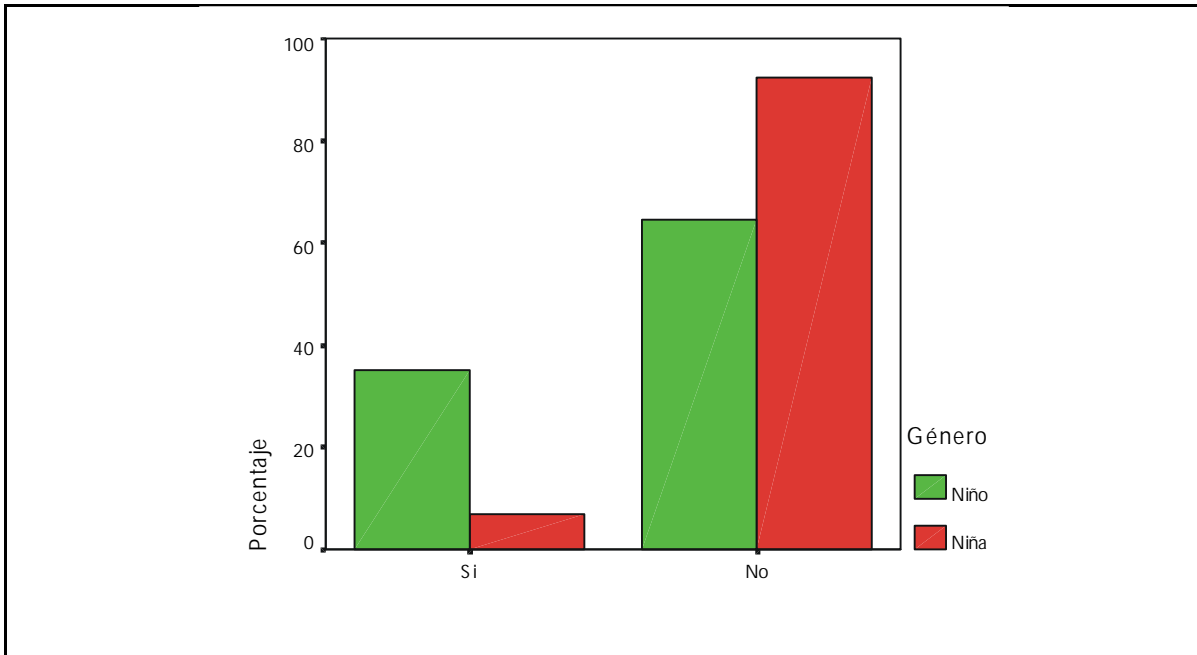
Elementos que incitan a la violencia

Cuando se les plantea en el cuestionario la pregunta *¿Tienes o te gustaría tener armas de verdad para defenderte?*, el 77,7% respondió que no frente a un significativo 21,8% que respondió afirmativamente. Este último porcentaje de niños y niñas que responden de manera afirmativa a esta cuestión, nos puede llevar a confirmar una de las hipótesis iniciales que indica la existencia de un grupo de niños y niñas con unas determinadas características agresivas en su personalidad que, o bien son fruto de la continua exposición a las imágenes violentas de la televisión, o bien estas mismas imágenes han incrementado un cierto carácter agresivo innato en su personalidad.

Si vieras a tu mejor amigo que se está pelenado ¿qué harías?



Te gustaría tener armas para defenderte

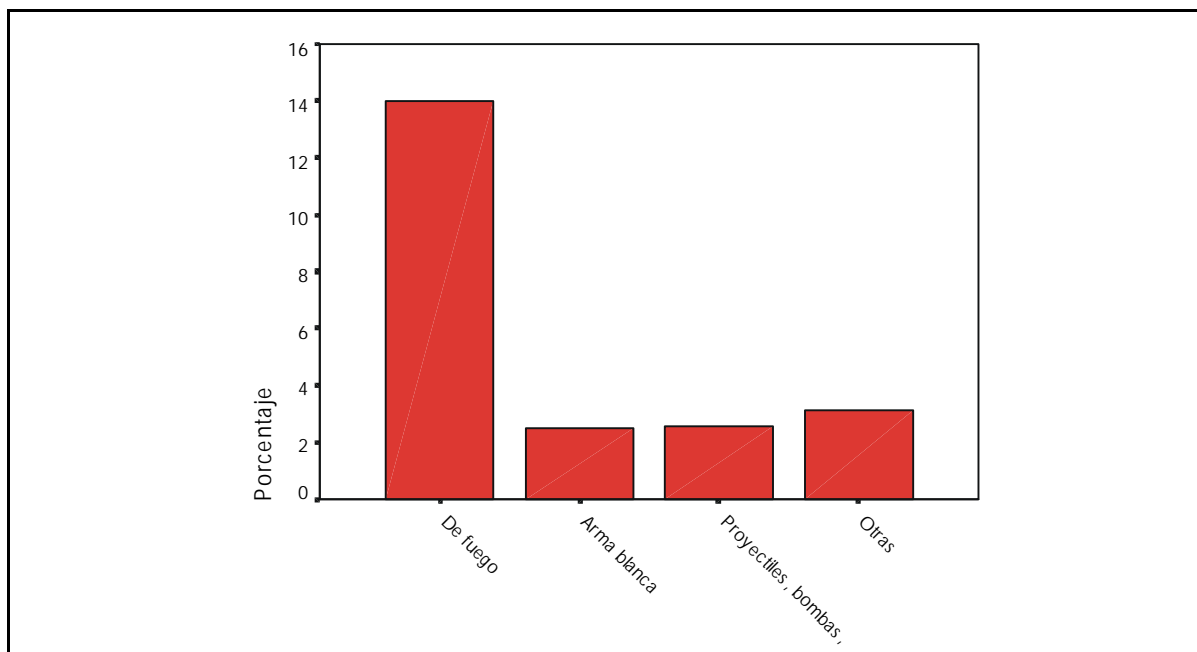


Dentro de este grupo de niños y niñas que contestaron afirmativamente, el 85% son niños frente al 15% de niñas. Destaca también que son de nuevo los niños en edades comprendidas entre los 11 y 12 años los que responden en un 35% que sí que tienen o les gustaría tener un arma para defenderse, si bien parece que no existen grandes diferencias respecto a la edad.

Dentro de esta misma pregunta, se les planteó otra abierta con el fin de que los niños escribieran el tipo de armas que tienen o les gustaría tener, y conocer así cuáles son las que atraen más la atención del niño. En sus respuestas, se puede observar claramente la influencia de ciertas series o del contenido de determinados programas televisivos en los que sus personajes emplean las mismas armas que las mencionadas por los niños. Así, los niños hablan de "puños poderosos", "metralletas automáticas", "espadas laser" y de una amplia y descriptiva gama de armas letales de todo tipo, de las que algunos niños parecían mostrar un conocimiento sorprendente de las mismas. Como puede observarse en el siguiente gráfico, no obstante, los niños prefieren las armas de fuego sobre los demás tipos de armas.

Aprendizaje/Imitación de modelos televisivos violentos

Respecto a la tendencia a imitar a personajes de la televisión, los niños y niñas que *siempre* (10,5%), *con bastante frecuencia* (6,0%) y *algunas veces* (28,8%) se entretienen jugando a imitar a sus personajes favoritos de la televisión constituyen un grupo significativo. No obstante, conviene señalar en este sentido, que muchos de los personajes a los que imitan son humoristas de la televisión o personajes que en ese momento están más de actualidad, como por ejemplo, los chicos y chicas del programa "Operación Triunfo". En la pregunta abierta que se incluía para que los niños pudieran expresar a quién imitaban también había quien se identificaba con personajes de dibujos animados como Pokemon o, por el contrario, personajes tradicionales de Disney. Por tanto, tan sólo algunos niños y niñas toman como ejemplo personajes de series o dibujos animados violentos.



Por edades, parecen ser los más pequeños los que más se sienten inclinados a imitar a protagonistas de sus series favoritas. Así, del total de niños y niñas que contestan que siempre o con bastante frecuencia imitan a personajes de la televisión, el 42,2% de los niños tienen entre 7 y 8 años; el 38 % entre 9 y 10 y el 20% entre 11 y 12 años. Asimismo y una vez más, los niños, con más del 60% destacan sobre las niñas en la puesta en práctica de estos juegos en los que imitan a personajes de la televisión.

3.1.5. *Incidencia subconsciente de la violencia televisiva*

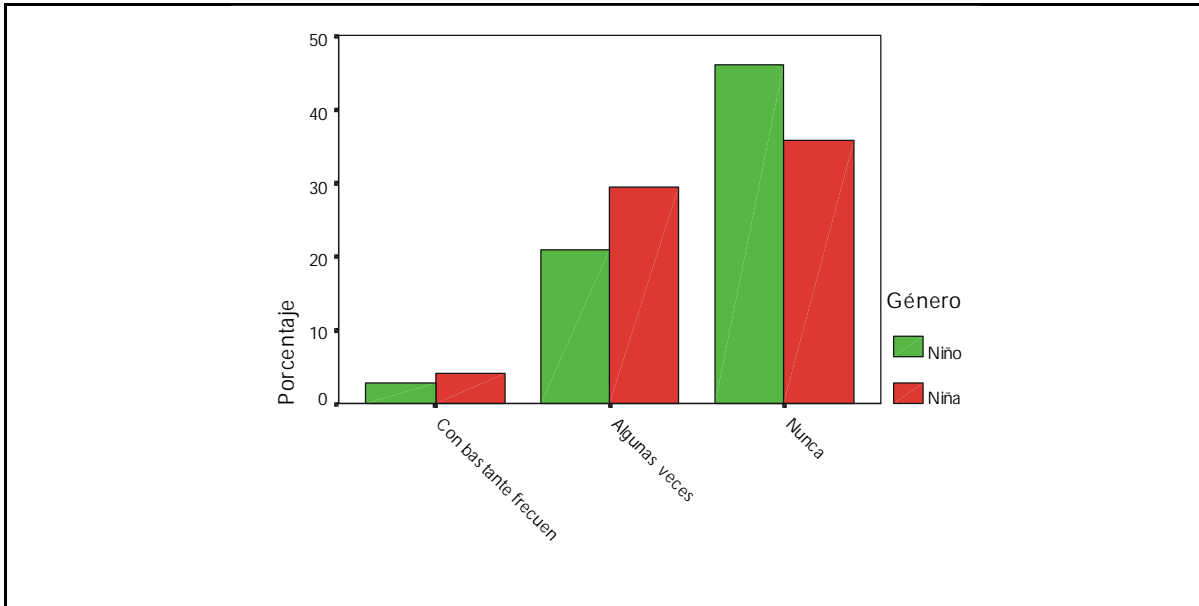
Respecto a las pesadillas nocturnas que la televisión puede provocar en la audiencia infantil, el 41% de la muestra contesta que *nunca* suele tener este tipo de sueños, si bien es el grupo de edad de entre 11 y 12 años los que más responden en este sentido (40%). Los más pequeños, por el contrario, son los que más responden que siempre o con bastante frecuencia (47%) suelen tener pesadillas sobre lo que han visto en la televisión.

Respecto a la variable género, puede observarse en el siguiente gráfico que las niñas destacan sobre los niños cuando responden que tienen pesadillas con bastante frecuencia o algunas veces, mientras que en las barras de nunca, los niños (59,3%) destacan significativamente sobre las niñas (47%).

3.1.6. *Primeras conclusiones sobre los hábitos televisivos y la personalidad agresiva de la muestra*

Los niños y niñas componentes de este estudio no muestran en su conjunto una personalidad alarmantemente agresiva. No obstante, conviene destacar que son los niños de más edad los que destacan sobre los otros en determinadas respuestas que parecen indicar la presencia de determinados rasgos agresivos en su carácter. Si bien no juegan a juegos en los que emplean la violencia, sí muestran su potencial agresividad en el hecho de desear tener un arma para defenderse, por ejemplo.

Con qué frecuencia tienes pesadillas sobre lo visto en televisión



Igualmente, es este grupo de edad el que destaca en su reacción a participar en una supuesta pelea en la que su amigo estuviera envuelto y en el hecho de recurrir a esta agresividad, una vez más, cuando él mismo se enfada con alguien.

Recordar también que son los niños de más edad los que ven más horas de televisión. El hecho de que la televisión se haya convertido en un hábito junto con la verificación de la hipótesis de que los niños mayores parecen mostrar un carácter más agresivo que los más pequeños demuestra que, con los años, la televisión ha ido dejando su huella a la vez que ha ido despertando una mayor agresividad en ellos.

Igualmente, parece apreciarse una cierta diferencia entre las opciones de niños y niñas ante una conducta violenta real, si bien cuando se trata de defender a amigos o conocidos suyos, las diferencias desaparecen. No obstante, queda comprobado que los niños tienen un carácter más violento que las niñas en sus relaciones sociales.

Como se dijo inicialmente, no se espera que sea un grupo alarmante de niños los que presenten rasgos agresivos importantes, si bien este conjunto de niños y niñas serán los más interesantes de seguir a la hora de analizar sus conductas televisivas y la influencia de ésta en ciertos comportamientos de carácter relativamente violentos.

Con todos estos resultados de la primera parte de la encuesta, parecen confirmarse las siguientes hipótesis:

- Conforme los niños van creciendo, la cantidad de televisión que ven diariamente permanece estable o incluso aumenta.
- Los programas violentos tienen un mayor seguimiento por parte de la audiencia infantil que aquellos otros programas con argumento no violento.

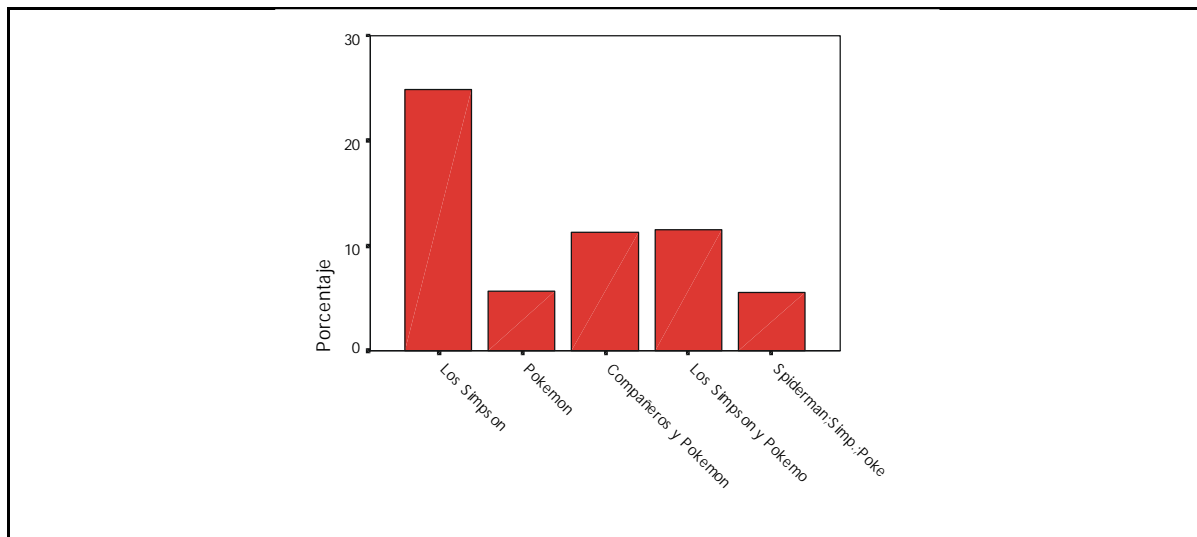
- Los niños de mayor edad parecen mostrar una mayor tendencia a utilizar la violencia en sus relaciones sociales.
- Los niños sienten mayor atracción hacia los programas de contenido violento que las niñas.
- No existen diferencias significativas en cuanto a las horas de televisión que ven los niños de los distintos colegios seleccionados, si bien destacan los niños pertenecientes a un estrato socioeconómico y cultural inferior en cuanto al número de horas de exposición a este medio.
- El estrato socioeconómico y cultural parece tener incidencia en la conducta agresiva, ya que los niños pertenecientes a un estrato inferior parecen mostrar una mayor tendencia al uso de la violencia en sus relaciones con los demás y en sus comportamientos diarios que los niños pertenecientes a estratos superiores.

3.1.7. *Tipos de programas: violentos/no violentos*

En el cuestionario se incluyó una pregunta cuyo propósito era conocer los programas de televisión que con más frecuencia ven los niños y niñas de las edades seleccionadas. Dentro de los programas que se les propuso, se hizo una selección previa clasificándolos como violentos (Pokemon, Spiderman, Los Simpson) y no violentos (Compañeros, Las tres Mellizas y Ana y los siete).

En el análisis de estos datos, hemos encontrado que un 55% de los niños y niñas que forman parte del estudio tan solo han señalado los programas que hemos calificado como violentos. El 23% afirma que tan solo ha visto los programas y series calificados como no violentos y el 22% restante afirma haber visto tanto programas de carácter violento como programas de carácter no violento. Dadas las múltiples combinaciones que nos podemos encontrar, hemos seleccionado tan solo aquellas opciones que han sido las más señaladas por los niños. Así, en primer lugar, destaca el 25% de niños que afirma ver con asiduidad la serie de los Simpson, seguidos por los niños y niñas que afirman ver Los Simpson y Pokemon (24,2%). Les siguen los niños y niñas que han visto la serie Compañeros y Los Simpson, los niños y niñas que han visto sólo Pokemon y los que han visto Spiderman, Los Simpson y Pokemon.

Programas que han visto durante las últimas semanas



3.2. Desarrollo y análisis de los datos obtenidos. Segunda parte del cuestionario

Antes de comenzar a analizar los resultados de la segunda parte del cuestionario, recordar que a los niños integrantes de la muestra se les proyectó un capítulo de una serie predeterminada de televisión una vez habían contestado a las preguntas que constituían la primera parte del cuestionario. El propósito de esta proyección era, en primer lugar, que el niño experimentase en esos momentos aquello que siente, que vive cuando ve la televisión en su casa o en cualquier otro lugar. Ese es, principalmente, el objetivo de los estudios de laboratorio: trasladar las circunstancias que quieren estudiarse (el niño y su comportamiento después de ver ciertos programas de televisión) a un "ambiente ficticio" pero que a su vez intenta representar el ambiente real.

Igualmente, cuando en el cuestionario se le incluye preguntas como "cuando ves este tipo de programas..." o "series como esta...", el niño sabe de qué tipo de programas se trata. Con la proyección del programa violento o no violento, el niño va a traer a su mente otros de semejante contenido que suele ver en su casa y, probablemente, cuando vea el programa en el aula, experimente la misma sensación que cuando lo ve en su ambiente real. El niño hace una representación mental de programas similares al que acaba de ver.

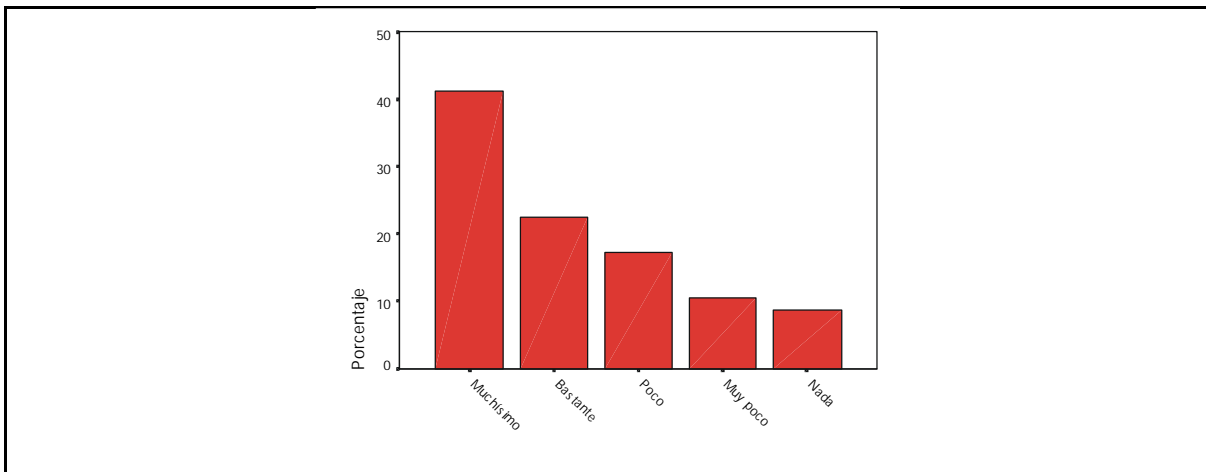
No quiere tanto decirse que por ver un solo programa los niños vayan a responder violentamente, sino más bien que el niño está habituado -como podrá demostrarse- a ver programas como el que ha visto en el desarrollo de esta investigación y que por lo tanto la proyección será como el estímulo que le haga recordar sensaciones, actitudes, pensamientos que suele tener después de ver programas como ese en la televisión.

Así pues, de los 1137 niños y niñas que configuran la muestra, el 51% fueron expuestos al programa calificado como violento y el 49% restante fueron expuestos al programa calificado como no violento.

3.2.1. Atracción hacia determinados programas de televisión

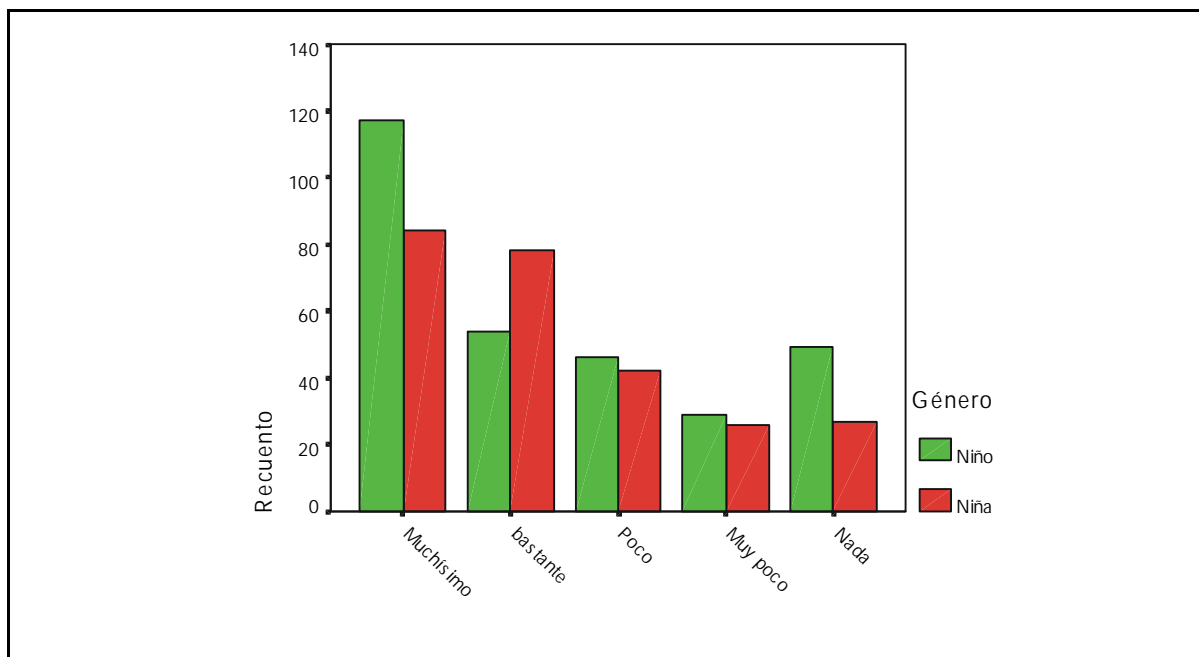
Centrándonos inicialmente en el grupo de niños y niñas que vieron el programa violento, en el 41,2% de los casos contestaron que les había gustado muchísimo, seguidos de aquellos que contestaron que les había gustado bastante, como puede apreciarse en el cuadro adjunto.

¿Te ha gustado esta serie?



Ahora bien. De este porcentaje de niños y niñas que afirman que les ha gustado muchísimo la serie de Pokemon, el 60,8% son niños frente al 39,2% de niñas. Tan solo cuando se dice que la serie les ha gustado muy poco o nada, las niñas superan en porcentaje a los niños, en más del 50%. En el caso de aquellos niños y niñas que han sido expuestos al programa no violento, puede apreciarse que las niñas con un 59% contestan que les gusta bastante la serie que ven con frecuencia en sus hogares, frente al 41% de niños. En esta ocasión, los niños superan a las niñas porcentualmente cuando contestan que les gusta muy poco (53%) o nada (64,5%) la serie Compañeros (Ver tabla adjunta).

¿Te ha gustado esta serie?



Por edades, parece que son los niños más pequeños a los que más les ha gustado ambas proyecciones, se inclinan más por el programa violento que por el no violento. Así, frente al 38,7% que contesta que le ha gustado muchísimo o bastante la serie de Pokemon, el 25,5% contesta lo mismo pero de la serie Compañeros. Por otra parte, los niños y niñas de 11 y 12 años afirman en un 22,8% que les ha gustado muchísimo o bastante la serie violenta frente al 36,3% que afirma lo mismo pero de la serie no violenta. Llama la atención también que a los mayores constituyen el grupo más numeroso que contesta que la serie violenta les ha gustado *muy poco* (27,5%) o *nada* (26%). Probablemente, esto sea debido a que la serie sea de dibujos animados y este género ya no sea tan atractivo para este sector de la audiencia como para los más pequeños. Este hecho quedó reflejado también cuando se les planteó en el cuestionario que señalaran aquellos programas que habían visto en las últimas semanas. Los niños de este mismo segmento de edad fueron los que contestaron en menor porcentaje que habían visto la serie de dibujos animados, si bien sí destacaban a la hora de haber visto otro tipo de programas en los que se incluía la violencia. Así pues, puede que no exista tanto un rechazo al contenido como a la forma en que el argumento ha sido presentado, si bien la justificación para la utilización de este tipo de programas ha sido expuesta con anterioridad.

De todas formas, lo interesante de este aspecto reside en que son los más pequeños los que parecen mostrar una mayor atracción tanto a la forma como al fondo, por lo que la violencia mostrada en estos programas puede tener una mayor influencia sobre este sector de la audiencia ya que son más pequeños y pueden tener mayor problema a la hora de diferenciar realidad de ficción o de percibir la violencia como algo divertido y entretenido que puede ser empleada en la vida diaria. De hecho, en el estudio queda demostrado que esta violencia que se ve cuando son más pequeños parece que va dejando su huella y son los mayores los que muestran un carácter más potencialmente agresivo en sus relaciones sociales.

3.2.2. *Percepción de la violencia televisiva*

Los niños y niñas que formaron parte del estudio tuvieron que contestar también a la pregunta “La serie que acabo de ver me ha parecido: Violenta, Normal o No Violenta”. El interés científico de esta pregunta no reside tanto en conocer si existe un grupo para los que el programa violento es percibido como tal, sino en reconocer la existencia de un determinado sector de la audiencia para el cual, la violencia proyectada en televisión es considerada como algo normal. En el presente estudio, el 62,5 % de niños y niñas opinan que el alto grado de violencia vista en el programa es algo normal. Este hecho demuestra que existe un grupo significativo para el cual la violencia de la televisión se ha convertido en un hábito, en algo absolutamente normal que aparece en sus pantallas todos los días y que, probablemente, sea divertida y/o entretenida. El 20,6% consideró a la serie como no violenta y el 16,1% como violenta.

Así pues, este porcentaje de niños que califican el programa violento como *normal* puede confirmar las siguientes hipótesis: 1. La violencia en la televisión es para los niños algo normal y cotidiano en sus exposiciones a la pequeña pantalla.; 2. De confirmarse, esta normalidad de la violencia puede traducirse en una aceptación de las acciones violentas de la vida real.

Respecto a la diferencia por género, llama la atención como del total de niños y niñas que calificaron el programa como no violento, el 62% son niños frente al 38% de niñas. Cuando se habla de edades, son los más pequeños los que en un 36,4% afirman que la serie que han visto es algo normal, seguido por un 34,9% de niños y niñas de 9 y 10 años y un 27,2% de 11 y 12 años. Sin embargo, cuando responden que la serie es no violenta, el porcentaje mayor lo encontramos en los niños de más edad, con un 40 por ciento que responden en este sentido. Por lo que parece confirmarse el habituamiento de los mayores a las series y programas de contenido violento.

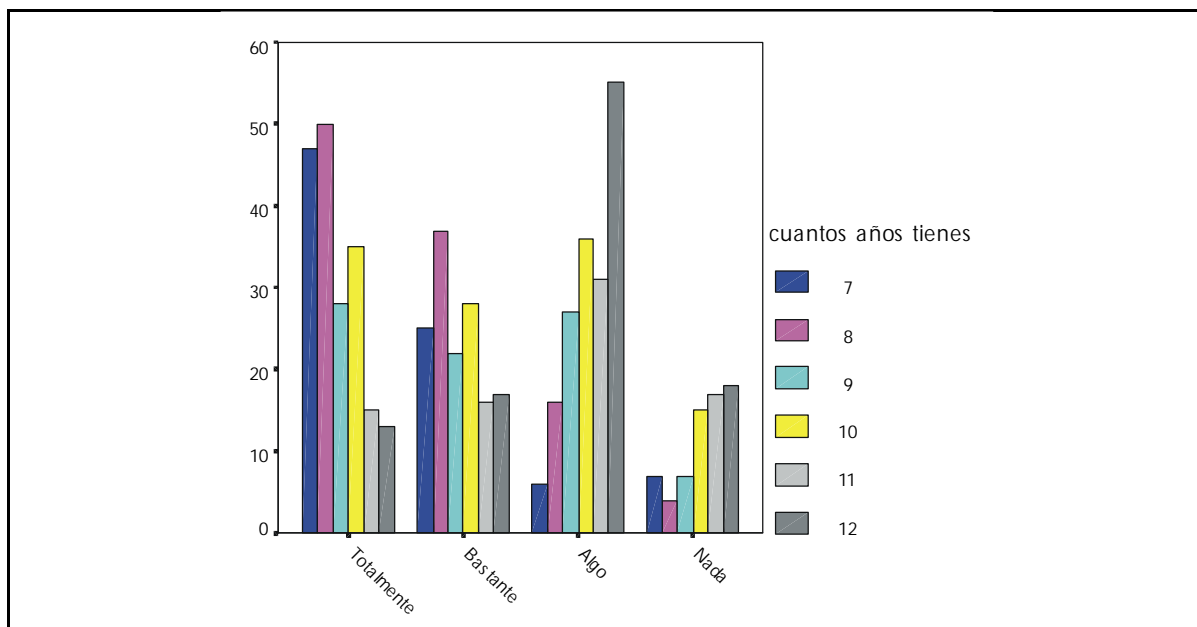
Se ha hecho referencia a lo largo del estudio a la posibilidad de que los niños y niñas se diviertan viendo este tipo de programas. Según los resultados del presente estudio, los programas de contenido violento como al que han sido expuestos llevan a los niños en mayor porcentaje que a las niñas a afirmar que *se lo pasan estupendamente viendo este tipo de programas*. Así, frente al 68,8% de niños que contestaron estar totalmente de acuerdo con esta afirmación, nos encontramos con un 31,3 por ciento de niñas que responden en este sentido. En el lado contrario, es decir, aquellos que manifiestan estar nada de acuerdo con esta afirmación prevalecen las niñas (65,2%) sobre los niños (34,8%), por lo que parece claramente que este tipo de programas les gusta más a los niños que a las niñas. En este sentido, serán los niños los que con más frecuencia lo vean y, por tanto, los que podrán tener una mayor influencia de los mismos.

En el caso del programa no violento, el 59,5% del total de niños y niñas expuestos a este programa contestó estar *totalmente de acuerdo*, destacando también en este caso, aunque si bien con una diferen-

cia porcentual inferior, casi de igualdad entre ambos géneros, el 50,6% de niños frente al 49,4% de niñas. Sin embargo, entre los que contestan estar nada de acuerdo con esta afirmación, destacan el 58,7% de niños frente al 41,3% de niñas.

Así pues, tanto los programas violentos como los no violentos parecen despertar el interés y, sobre todo, entretener tanto a niños como a niñas, si bien parece que son los niños los que más se divierten con la televisión, sobre todo con los programas de contenido violento. Llegados a este punto, conviene recordar que existe una tendencia entre los niños a ver más televisión y pudiera ser que el hecho de que se diviertan más los niños que las niñas les llevara a pasar más horas delante de la pequeña pantalla.

En este mismo sentido, los más pequeños son también los que en mayor porcentaje responden estar totalmente de acuerdo con el hecho de que se lo pasan estupendamente viendo programas como los que han visto, tanto si se trata del programa violento como del programa no violento. En el primer caso, entre los niños que respondieron estar totalmente de acuerdo con la afirmación, el 50,5% tiene entre 7 y 8 años; el 32,8% entre 9 y 10 años y el 16,7% está en la franja de edad de entre 11 y 12 años. Se nos confirma pues, la hipótesis de que además de ser los más pequeños a los que más les ha gustado la serie, son también los que más se divierten con este tipo de programas.



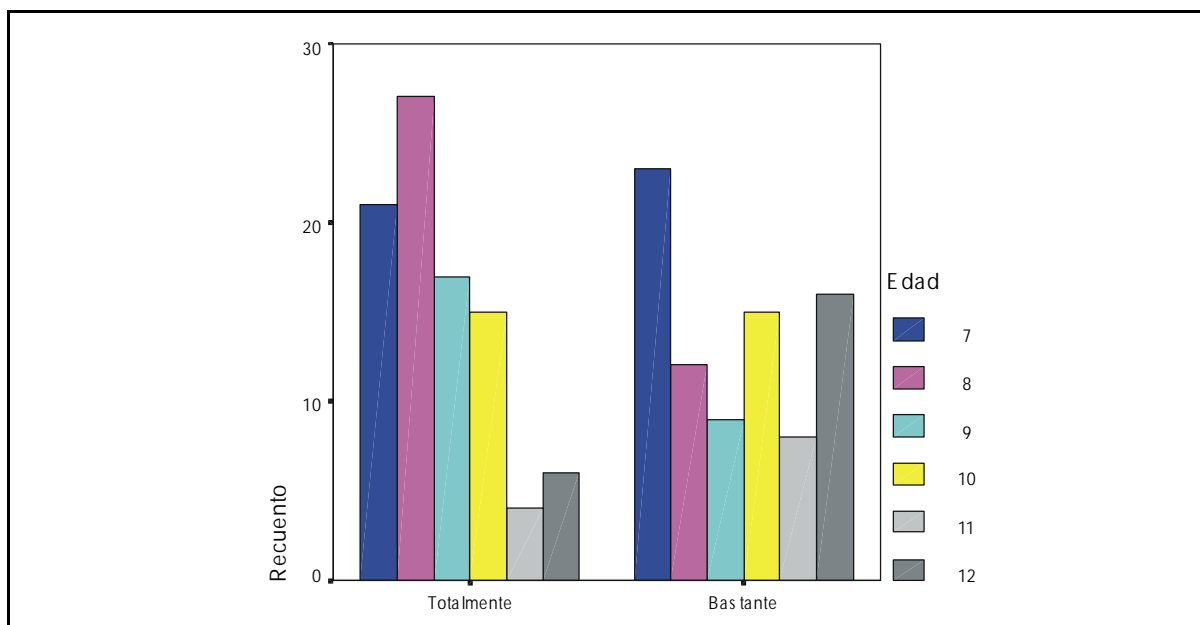
En el caso del programa no violento, la diferencia porcentual es mucho menor. Así, los niños de entre 7 y 8 años afirman en un 35% que les gusta muchísimo esta serie. Porcentaje similar presentan los niños de edades comprendidas entre los 9 y 10 años y un 29% son los niños y niñas entre 11 y 12 años que responden en este sentido.

3.2.3. El aprendizaje de modelos conductuales mostrados en televisión

El 30,2% de los niños y niñas que fueron expuestos al programa violento durante el estudio contestaron estar *bastante o totalmente de acuerdo* con la siguiente afirmación: *este tipo de programas me gusta*

porque puedo aprender cómo defenderme. Así pues, según estos primeros resultados, parecen confirmarse la hipótesis de que existe un grupo de niños y niñas que aprenden modelos de conducta de la televisión. Se trata, además, de un grupo significativo de niños que aprenden comportamientos violentos de la televisión. Hay que destacar también que de este porcentaje, la inmensa mayoría son niños (76,1%), lo que verifica una vez más el hecho de que los niños, además de ver más televisión y gustarle más que a las niñas este tipo de programas, también aprenden más y tienen con más frecuencia de referente programas como el que han visto durante la investigación.

Por edades, son los grupos de menor edad (entre 7 y 10 años) los que destacan dentro de este porcentaje de niños que aprenden modelos violentos de conducta. Con ello puede demostrarse que son los más pequeños los que más aprenden de la televisión y que si bien su comportamiento inmediato no parece reflejar una conducta violenta, con el paso de los años, según parece indicar los resultados del presente estudio, sí se reflejará en su comportamiento y actitudes. Luego, parece que la televisión sí es un agente de socialización que enseña al niño determinadas conductas que irá asimilando y que podrá poner en práctica más a largo que a corto plazo.



Dentro de este grupo de preguntas destinadas a conocer lo que el niño aprende de los programas violentos y/o no violentos de la televisión, en el cuestionario suministrado a los niños que vieron el programa violento se les incluyó la afirmación *este tipo de programas me gusta porque puedo aprender cómo pelearme con mis amigos.*

El 75% de los escolares contestaron estar *nada de acuerdo* con este hecho, siendo prácticamente igual el número de niños (48,6%) y niñas (51,2%) que responden en este sentido. El 15% se distribuye equitativamente entre los que afirman estar bastante o totalmente *de acuerdo*. Conviene establecer una vez más la diferencia por género, ya que en este caso, es significativo observar que del total de niños y niñas que respondieron estar bastante o totalmente de acuerdo con esta afirmación más del 65% son niños y el resto niñas.

En lo que respecta a la variable edad, ésta no parece ser especialmente significativa a la hora de marcar diferencias. Así pues, puede concluirse que los niños tienden a aprender más de los modelos de conducta de la televisión que las niñas y que los más pequeños son igualmente, los que más aprenden. Con los resultados expuestos hasta aquí sobre el aprendizaje de modelos de conducta de la televisión, pueden verificarse las siguientes hipótesis:

1. Existe un grupo de niños que aprenden modelos de conducta de la televisión.
2. La televisión, además de una fuente de entretenimiento, es una fuente de aprendizaje.
3. Existe un grupo significativo de niños que aprenden comportamientos violentos de la televisión y que pueden quedar definidos como niños de entre 7 y 8 años.
4. La televisión es una variable a tener en cuenta dentro del proceso de socialización del niño. Los más pequeños tienden a aprender a partir de los modelos que ven en la pequeña pantalla. Sin embargo, los mayores parecen haber asimilado ya este tipo de conductas. Llegados a este punto, se tratará de observar si este aprendizaje que parece tener lugar a edades inferiores se pone en práctica posteriormente o si, por el contrario, se olvida.

3.2.4. *Efecto imitación. Los niños imitan modelos de conducta presentados en televisión*

Otra de las formas en que la televisión ejerce su influencia, especialmente, sobre los niños, queda reflejada en los efectos de imitación de determinados personajes y de las acciones de los mismos. De hecho, uno de los primeros estudios realizados con niños en el terreno de los efectos negativos de la violencia televisiva (Bandura, Ross y Ross, 1963) tenía como objetivo comprobar si, efectivamente, este sector de la audiencia tiende a imitar las conductas violentas emitidas a través de la programación tanto infantil como adulta.

El 34% de niños y niñas expuestos al programa violento afirmaron estar *bastante o totalmente* de acuerdo con la afirmación *cuando veo este tipo de programas me entran ganas de imitar a alguno de sus personajes*, destacando significativamente los niños (65,2%) sobre las niñas (34,8%). Este porcentaje supera al de niños y niñas que, expuestos al programa no violento, fueron preguntados en este mismo sentido. De hecho, este grupo de niños y niñas tan solo superan en porcentaje a los que vieron el programa violento cuando responden nada de acuerdo (53,5%), frente al 46,5% de los que fueron expuestos al programa violento.

Según las edades, parece que son los niños de más edad (11-12) los que muestran una menor tendencia a la hora de imitar a personajes de la televisión, especialmente los que aparecen en los programas violentos (42%) como al que han sido expuestos. Este hecho coincide con el porcentaje de niños que contestaron que *nunca o casi nunca* imitan a personajes de la televisión cuando se les planteó, en la primera parte del cuestionario, la frecuencia con la que imitaban a estos personajes. En ese caso, también fueron los niños de este segmento de edad los que destacaban porcentualmente en estas dos opciones frente a los niños de edades inferiores.

De igual forma, los niños con edades comprendidas entre los 7 y 8 años son los que tienden a imitar a estos personajes con mayor frecuencia, especialmente los personajes de series violentas. Así, el 56,8% de niños y niñas que vieron el programa contestaron estar totalmente de acuerdo con el hecho de querer imitar a sus personajes, seguidos del 25,8% de niños y niñas en edades comprendidas entre los 9 y 10 años. La televisión provoca efectos de imitación en la audiencia infantil.

- La edad y el género influyen en los efectos de imitación provocados por la programación televisiva, siendo los más pequeños (7-8 años) y los niños más que las niñas, los que se ven más afectados por dicha influencia.
- En líneas generales, los niños tienden a imitar con más frecuencia personajes y acciones de las series televisivas no violentas que de las violentas.

Por lo tanto, y según los datos obtenidos hasta aquí, puede decirse que son los niños más pequeños los que, además de aprender con más frecuencia modelos de conducta de la televisión, también tienden a imitar en más ocasiones lo que en ella ven, destacando, de igual forma, los niños sobre las niñas. Cabe recordar también que, cuando a los sujetos componentes de la muestra se les planteó en la primera parte del cuestionario con qué frecuencia juegan a imitar a personajes de la televisión, eran los de edades comprendidas entre los 7 y 10 años los que lo hacían con más frecuencia, si bien, como se recordará, la imitación era fundamentalmente de personajes cómicos de la televisión. La pregunta planteada en esta segunda parte del cuestionario nos aclara, pues, que tanto los programas violentos de televisión como aquellos de contenido no violento producen efectos de imitación en sus receptores más jóvenes aun cuando no siempre sean conscientes de ello.

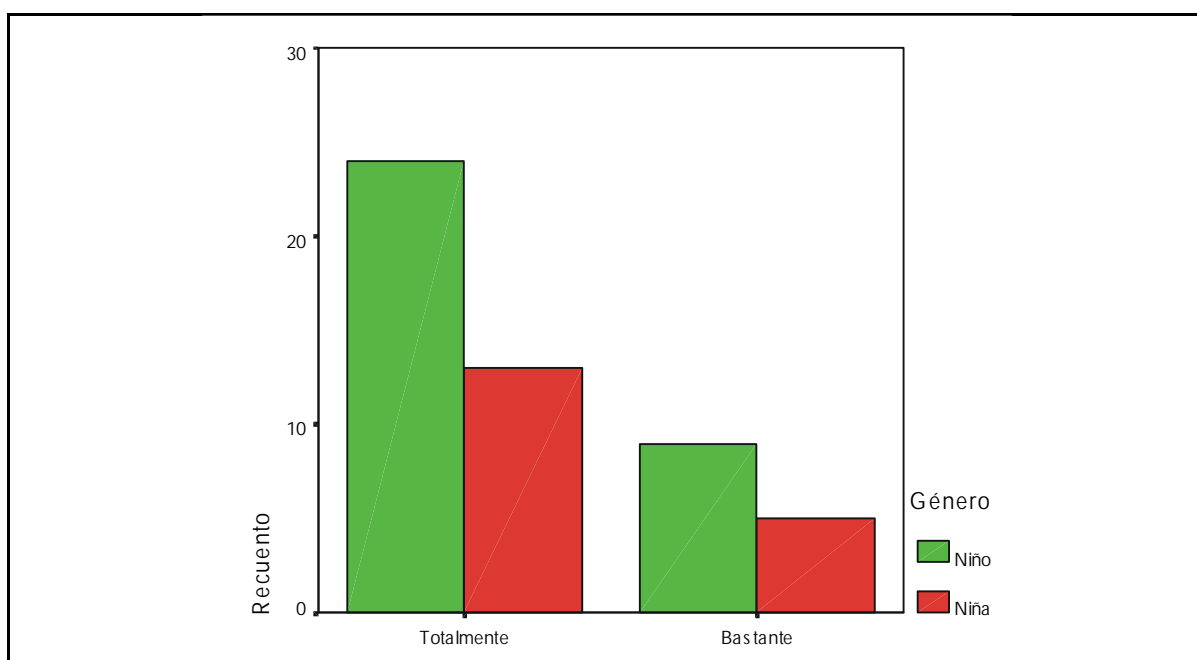
Especial atención merece el deseo de los más pequeños de imitar las conductas violentas que acaban de ver en televisión y no solamente en esta ocasión, ya que tal y como plantea la pregunta (*Después de ver este tipo de programas me dan ganas de imitar a sus personajes*), parece que este interés manifiesto por imitar lo que han visto en la pequeña pantalla se produce con bastante frecuencia después de ver programas de este tipo. Así pues, podemos decir que la violencia de la televisión provoca ciertos efectos a corto plazo (como los efectos de imitación), si bien estos efectos se producen, fundamentalmente, en los niños de menor edad.

3.2.5. Reacción ante los programas violentos de la televisión.

Junto con las preguntas analizadas anteriormente, el cuestionario incluía también una serie de preguntas, comunes a todos los sujetos participantes, que tenían por finalidad conocer las consecuencias que la programación violenta de la televisión tiene en la audiencia infantil, el posible rechazo o aceptación de la misma por parte de los niños y si existía el deseo de trasladar la ficción al mundo real en el que ellos viven. Este conjunto de preguntas tiene una transcendencia fundamental para todo el desarrollo de la presente investigación ya que sus resultados, junto con los aportados anteriormente, servirán para conocer con mayor exactitud si la violencia de la televisión ejerce o no una influencia en las conductas o actitudes de los receptores.

En primer lugar, dentro de este conjunto de preguntas destinadas a conocer los efectos negativos de la violencia televisiva en las conductas de los niños, se incluyó en el cuestionario la afirmación *después de ver esta serie me dan ganas de ser más agresivo*. Pues bien, en un 80% del total de los casos analizados y que vieron el programa violento, la respuesta ha sido que *no están de acuerdo* con esta afirmación. Les sigue el 13% que responde estar bastante o totalmente de acuerdo con esta afirmación. Como puede observarse en el gráfico adjunto, de nuevo los niños responden en mayor porcentaje que las niñas en este sentido. Una vez más, la diferencia nos lleva a concluir que los niños parecen estar más influenciados por la violencia de televisión que las niñas.

Respecto a la variable edad, parece existir una cierta diferencia porcentual entre los niños de 7 y 8 años y los otros dos grupos de edad, si bien esta diferencia no podría calificarse de significativa. Por lo



tanto, no se podría concluir que existe una diferencia de edad a la hora de hablar de que la televisión despierte un deseo inmediato de ser más agresivo.

Así pues, frente al 85% del total de sujetos que contestaron estar *nada o no de acuerdo* con que la serie les animaba a ser más agresivo, aquellos que fueron expuestos al programa *no violento*, contestaron en un porcentaje similar y ligeramente superior (87,2%) que *no están de acuerdo* con el hecho de que este tipo de programas despierten en ellos ciertos deseos de actuar agresivamente de forma inmediata. En esta misma línea están los resultados que se refieren al hecho de que determinados programas de televisión animen a los niños a utilizar la violencia con sus amigos.

Así, ante la afirmación *este tipo de programas me anima a pelearme con mis amigos*, un 9% del total de sujetos que fueron expuestos al programa violento contestó estar *bastante o totalmente de acuerdo* con la misma. Como puede observarse, son los niños en edades comprendidas entre los 9 y 10 años los que más responden en este sentido. Así, el 47,4% de los niños que respondieron estar totalmente de acuerdo con esta afirmación, pertenecen a esta franja de edad. Les siguen los niños mayores, con un 32 por ciento. Todo ello nos viene a confirmar que, por un lado, los programas violentos de televisión parecen despertar en un reducido grupo de niños ciertos deseos de actuar de manera agresiva. Es decir, tan sólo un grupo de niños (65,8% del total) más que de niñas se verán influenciados en sus conductas por las imágenes y acciones presentadas en la pequeña pantalla.

Si bien los niños de 7 y 8 años parecían estar más de acuerdo con el hecho de que la televisión les despierta cierto deseo de comportarse de manera agresiva, es el caso de los niños de entre 10 y 12 años a los que parece que las imágenes de la pantalla les anima a pelearse con sus amigos. No podríamos determinar, pues, qué franja de edad se ve en mayor medida afectada de manera inmediata por la violencia de la pequeña pantalla. En líneas generales, podríamos decir que, cuando son más pequeños, los niños pueden sentirse cohibidos a la hora de hacer uso de la violencia en sus relaciones con los demás. Sin embargo, conforme van creciendo, en sus circunstancias diarias sí ven más necesario el uso de la mis-

ma. Quizás vayan asimilando a través de la pequeña pantalla que la violencia es algo permitido si se utiliza con unos objetivos concretos, objetivos que siempre tienen su justificación. Así, cuando determinados niños se encuentran ante una circunstancia que *justifica* la utilización de la violencia, probablemente la utilicen.

Como se viene observando a lo largo de este análisis de resultados, también parece confirmarse otro elemento importante. En esta ocasión referido a la importancia que los amigos tienen en la vida de los niños y lo difícil que les resulta tanto enfadarse con ellos, pelearse o entablar cualquier tipo de relación en la que intervenga la violencia. Llegados a este punto, conviene recordar igualmente que son los niños entre 11 y 12 años los que, además de ver más horas de televisión diariamente, también eran los que mostraban mayores rasgos de agresividad en su personalidad.

3.2.6. *La violencia como medio de conseguir objetivos y solucionar conflictos*

Continuando con el grupo de afirmaciones destinadas a conocer si la televisión produce efectos en los comportamientos o actitudes de los niños, es interesante saber si los programas que los niños ven diariamente en televisión llegan a transmitirles y convencerles sobre la importancia de la violencia como medio de conseguir ciertos objetivos.

Cuando se les plantea en el cuestionario la afirmación de que se debe utilizar la violencia para conseguir lo que se quiere, el 15% del total de los sujetos integrantes de la muestra y que fueron expuestos al programa violento contestaron estar *bastante* o *totalmente de acuerdo* con la misma. Ahora bien, analicemos las características sociodemográficas de los niños que contestan en este sentido. Como puede observarse, existe un mayor porcentaje de niños (57,4%) que están *bastante* o *totalmente de acuerdo* con la afirmación de que utilizan o utilizarían la violencia para conseguir lo que quieren. Es más, la serie que han visto parece haberles convencido de ello.

Respecto a la variable edad, el porcentaje de sujetos de los distintos grupos de edad que contestan estar *bastante* o *totalmente de acuerdo* con el hecho de que la serie les haya convencido de que se debe utilizar la violencia para conseguir lo que se quiere es prácticamente el mismo entre los niños de 9 y 10 años (30,4%) y los niños y niñas de 11 y 12 años (29,3%). Destaca el grupo de niños cuyas edades oscilan entre los 7 y 8 años, con un 40,3%. Por lo tanto, puede decirse que existen ciertas diferencias de edad en el impacto que la programación violenta de la televisión provoca en este sentido en la audiencia infantil, afectando, especialmente, a los más pequeños.

Por otra parte, conviene también destacar que existe un 76,5% de niños y niñas a los que los programas violentos no les convencen de la necesidad de utilizar la violencia para conseguir sus objetivos como queda reflejado en los niños y niñas que contestan que *no están de acuerdo* con la afirmación planteada. Todos estos porcentajes parecen confirmarnos, una vez más, que existe un grupo de niños y niñas (superior al 12% del total de la muestra) para los que la televisión y, en especial, la programación violenta produce unos efectos en sus conductas y actitudes frente al uso de la violencia en la vida real, efectos, como en este caso, relacionados con el aprendizaje mediante la televisión.

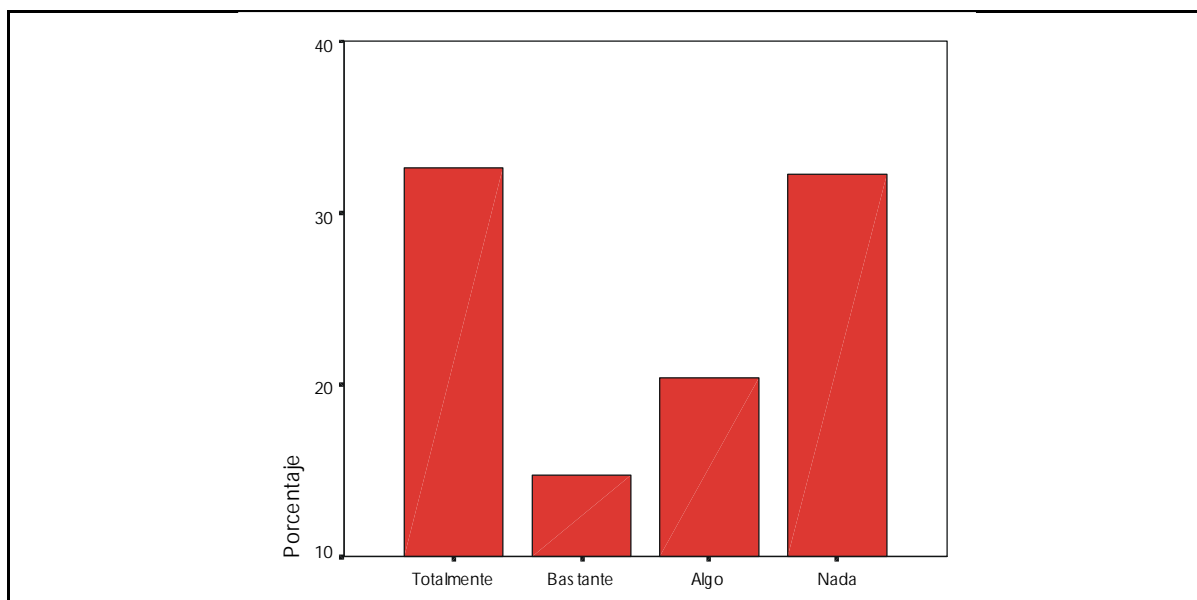
Respecto a los niños que fueron expuestos al programa no violento, el porcentaje que contestó estar *no de acuerdo* asciende al 91%, a la vez que disminuye los que contestaron estar *bastante* o *totalmente de acuerdo* (5%) con la afirmación planteada. Esta diferencia porcentual entre los niños que fueron expuestos al programa violento y los que lo fueron al programa no violento nos llevan a corroborar lo expuesto anteriormente y al tiempo que podemos confirmar una de las hipótesis iniciales en las que se

planteaba que los programas violentos de televisión ejercen una influencia negativa sobre el aprendizaje de un grupo determinado de niños, en esta ocasión, sobre sus actitudes hacia el uso de la violencia como medio de conseguir lo que se quiere.

3.2.7. Deseos de vivir en un mundo a imagen del expuesto en televisión

Una de las razones por las cuales los niños parecen estar *hipnotizados* delante del televisor, perdiendo todo el sentido del tiempo e incluso, del espacio, reside en su capacidad para imaginar. Es decir, los niños, en mayor proporción que los adultos, pueden *volar* con su imaginación y trasladarse a un mundo irreal, como lo es el de la mayor parte de los programas televisivos que atraen su atención. Su capacidad para imaginar les permite convertir ese mundo de fantasía en uno tan real como el suyo propio donde los personajes llegan incluso, a formar parte de su vida.

Así, un 47,4% del total de niños y niñas que fueron expuestos al programa violento contestaron estar *bastante o totalmente de acuerdo* con la afirmación *me gustaría vivir en un mundo como el que aparece en esta serie*. Asimismo, este porcentaje disminuye significativamente (23,3%) en el caso de los sujetos que fueron expuestos al programa no violento. Se confirma, por tanto, que tienen una mayor aceptación los programas de contenido violento.



No obstante, y en primer lugar, pasaremos a analizar los sujetos que, siendo expuestos al programa *violento*, contestaron en este sentido. Respecto a la variable edad, los resultados muestran que el mayor porcentaje de niños que contestan estar *bastante o totalmente de acuerdo* con el hecho de que les gustaría vivir en un mundo como el que aparece en la serie se encuentra en los niños de 7 y 8 años (50%), y que dicho porcentaje disminuye conforme aumenta la edad de los encuestados (30% los niños y niñas de 9 y 10 años y 20% los niños y niñas de 11 y 12 años).

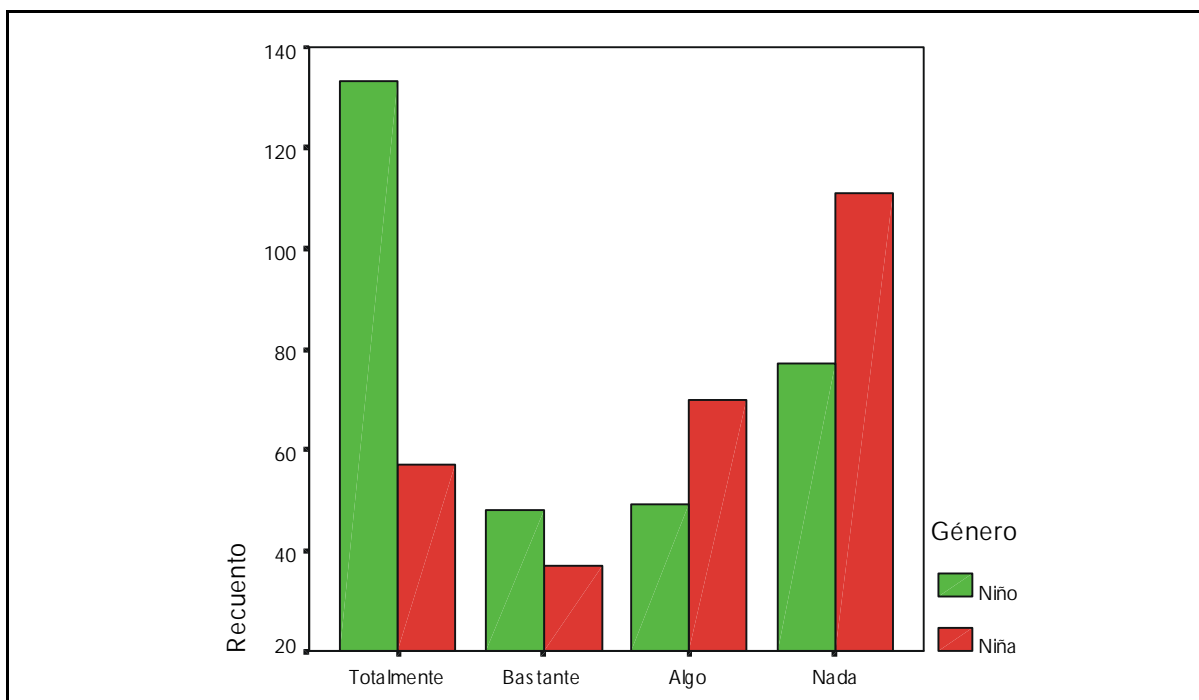
Estos resultados coinciden con el hecho de que a los sujetos integrantes de este grupo de edad (7-8 años) eran también los que destacaban en porcentaje a la hora de responder que la serie les gustaba mu-

chísimo y que la misma provocaba en ellos cierto deseo de imitar a sus personajes. Por lo tanto, puede afirmarse que existe cierta relación entre la atracción hacia un determinado programa y el deseo de vivir en la realidad las acciones y circunstancias que en él se proyectan.

Respecto a la variable género, de nuevo los niños (70%) destacan sobre las niñas (30%) de manera significativa, con lo cual podemos confirmar una vez más que la televisión ejerce una mayor influencia sobre los niños que sobre las niñas y que los niños experimentan una mayor atracción o interés hacia la violencia que las niñas.

Así pues, las interpretaciones más acertadas que pueden ofrecerse acerca de estos resultados se resumen, en primer lugar, en el hecho de que el contenido de la proyección televisiva es altamente violento, incluyendo en el mismo todo tipo de agresiones físicas y verbales. Por lo tanto, puede resultar preocupante, que exista un 47,4% de niños y niñas que deseen vivir en un mundo como el que han visto en la televisión. En segundo lugar, al ser los niños de menor edad los que sentían una mayor atracción hacia esta serie en concreto, parece lógico que deseen igualmente querer vivir en mayor medida en un mundo como el que han visto en la televisión a la vez que, con mayor frecuencia, trasladen aquello que han visto en la pequeña pantalla a sus juegos.

Por otro lado, respecto a la exposición al programa *no violento*, conviene señalar que el 23,3% de los sujetos contestaron estar *bastante o totalmente de acuerdo* con desear vivir en un mundo, en este caso, no violento. En esta ocasión, son de nuevo los niños de 7 y 8 años (58,6%) los que representan un mayor porcentaje de sujetos a los que les gustaría vivir en un mundo como el visto en la pequeña pantalla. Una de las interpretaciones que pueden darse a estos resultados es que, como decíamos al comienzo de la explicación de este punto, los más pequeños sean quizás los que más desarrollados tengan su capacidad de imaginar y les resulte más verosímil que puedan vivir en un mundo como el que ven diariamente en televisión.



De igual forma, cuando se les preguntó en el cuestionario si les había gustado la serie (tanto la violenta como la no violenta) este grupo de edad (7-8 años) fue el que contestó en mayor porcentaje que les había gustado muchísimo, con lo cual se confirma lo expuesto anteriormente en relación con la atracción hacia el programa de televisión y el deseo de vivir en un mundo como el que aparece en la pantalla.

Respecto a la variable género, los porcentajes se invierten en esta ocasión, ya que el 28,4% de las niñas frente al 19% de los niños desean vivir en un mundo como el que aparece en la serie Compañeros.

3.2.8. *Los efectos de la identificación con los personajes televisivos.*

Diversos estudios anteriores han concluido que a mayor identificación de los receptores con los personajes de determinados programas televisivos, mayores son las probabilidades de que estos programas influyan sobre las conductas y actitudes de los receptores (Albert, 1957; Noble, 1975; Reeves y Greenberg, 1977; William, LaRose y Frost, 1981). Entre estos últimos, parece ser que son los niños los que muestran una mayor tendencia a identificarse con los personajes de sus series favoritas. Por ello, resulta interesante conocer si el fenómeno de la identificación se produce realmente en los niños que participaron en nuestro estudio, así como analizar qué finalidad o en qué circunstancias utilizarían las características, especialmente físicas, de estos personajes o ante qué hechos llegarían a actuar como lo hacen tales personajes.

Así, en el estudio, se plantearon una serie de afirmaciones destinadas fundamentalmente a los sujetos que fueron expuestos al programa violento con el propósito de conocer si los niños se identifican verdaderamente con los personajes de la televisión, en concreto, con los de la serie violenta, y con qué fines. Respecto a la primera de las afirmaciones -*me gustaría ser como los personajes para pelearme con mis amigos*-, existe un 9% de sujetos que contestan estar *bastante o totalmente de acuerdo* con la misma. Respecto a las características de este grupo de sujetos, se observa que no existe diferencia porcentual significativa según los distintos grupos de edad, si bien parece que existe cierta tendencia entre los niños de 10 y 12 años a utilizar las características de los personajes para pelearse con sus amigos.

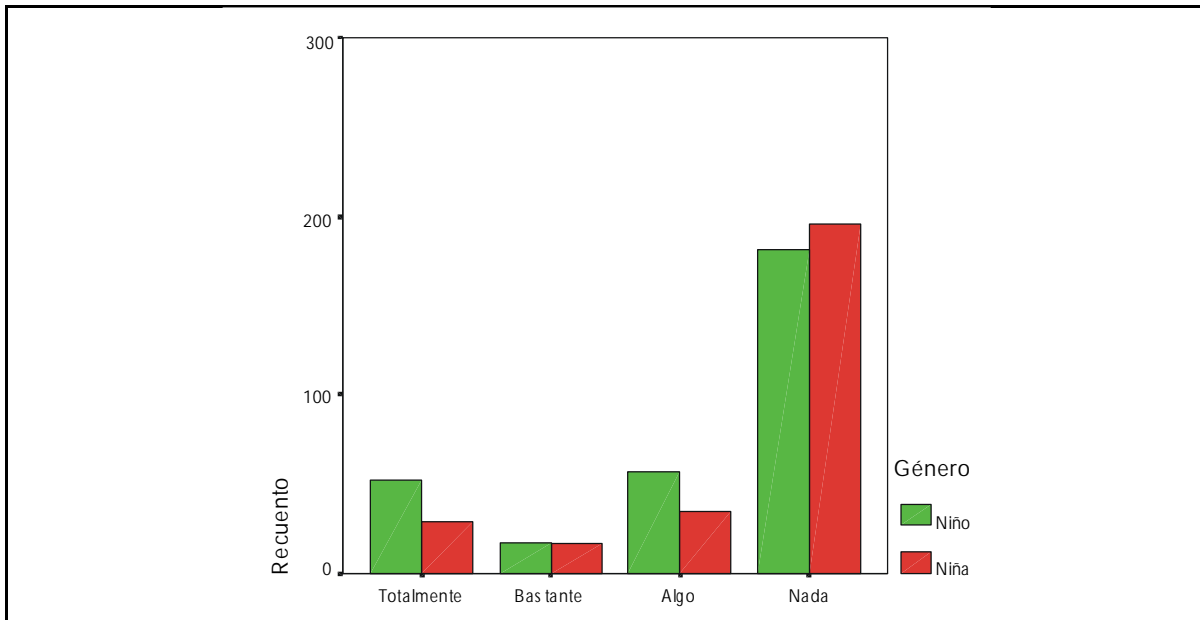
La diferencia es más apreciable en tanto que se compara la respuesta de los niños y de las niñas. Frente al 67,5% de niños, el 32,5% de las niñas contestan estar *totalmente de acuerdo* con la afirmación planteada. Sin embargo, existe bastante igualdad entre los niños (51%) y niñas (49%) a la hora de contestar que no están de acuerdo con dicha afirmación.

La segunda afirmación relacionada con la identificación de los encuestados con los personajes de la serie a la que fueron expuestos -*me gustaría ser como los personajes para hacer gamberradas*- parece confirmarnos, por una parte, que existe un grupo de niños, que gira en torno al 12%, para el que los personajes de la televisión se convierten en modelos realmente atractivos, hasta tal punto que les gustaría ser como ellos para, como en este caso, hacer gamberradas..

Así, tal y como puede observarse en el cuadro adjunto, todos los niños de los distintos grupos de edad contestan en mayor porcentaje que *no están de acuerdo* con tal afirmación. Sin embargo, no existe diferencia clara respecto a la variable edad a la hora de contestar que están *bastante o totalmente de acuerdo* con el hecho de que les gustaría ser como los personajes para hacer gamberradas.

De igual forma, sigue existiendo entre los niños (69,4%) una mayor tendencia a utilizar las características de los personajes de la serie que han visto con propósitos violentos que entre las niñas (49,6%).

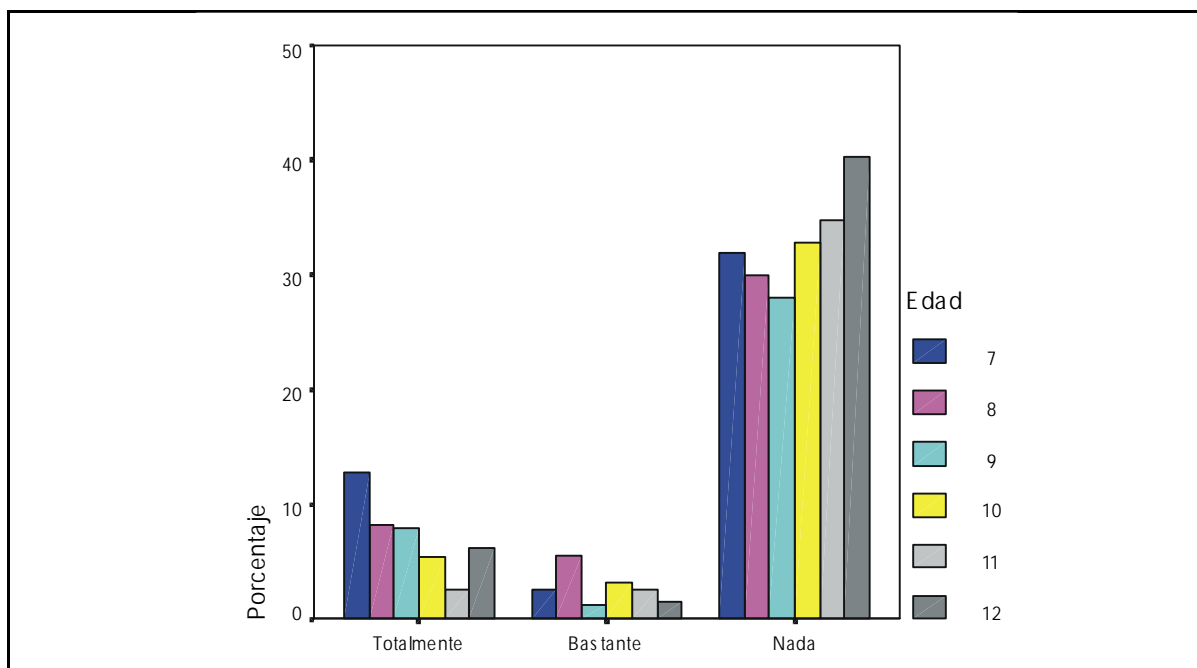
Como era de esperar, la última de las afirmaciones relacionadas con la identificación de los encuestados con los personajes con fines violentos sigue en la misma línea porcentual que las anteriores. Así, existe un 20% de sujetos que contestan estar *bastante* o *totalmente de acuerdo* con la afirmación *me gustaría ser como los personajes para que me teman y respeten*. Como puede observarse en el gráfico adjunto, los niños destacan porcentualmente sobre las niñas, a excepción de aquellos que contestan no estar de acuerdo con esta afirmación, en la que las niñas destacan con un 52%.



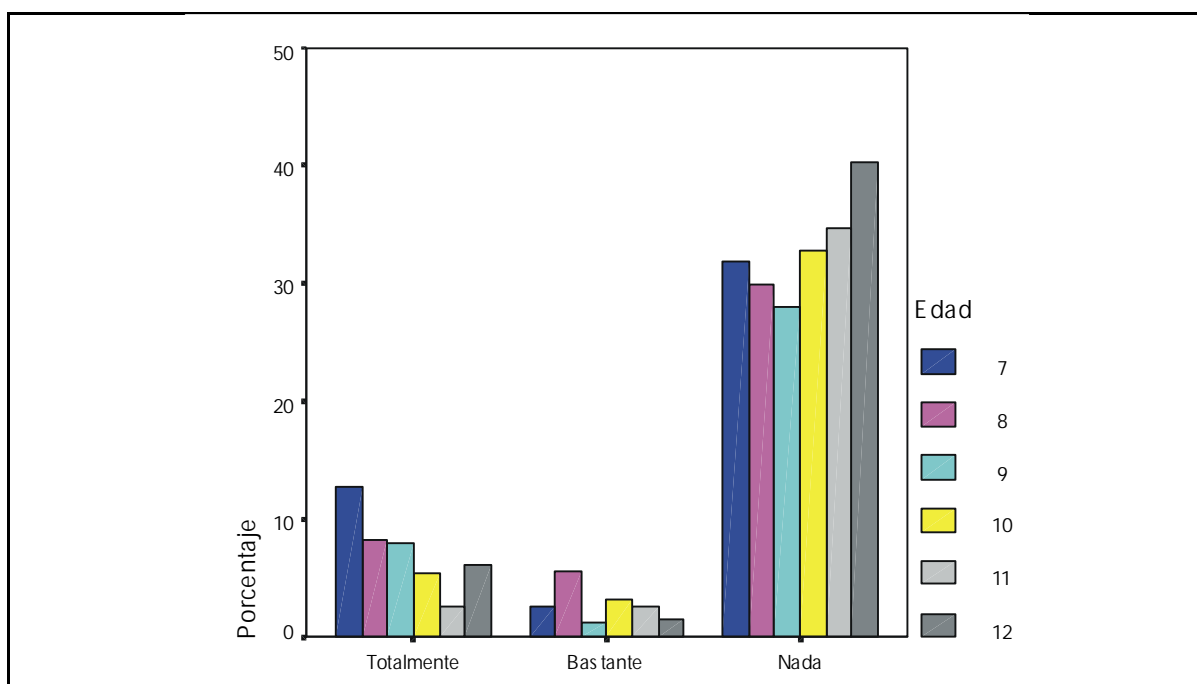
Un hecho curioso respecto a la variable género se produce en el porcentaje de niños y niñas que contestan estar *bastante de acuerdo* con la afirmación planteada. En esta ocasión, las cifras se aproximan, lo cual puede indicarnos un cierto deseo en un grupo de niñas de sentirse temidas y respetadas.

En el gráfico adjunto, puede observarse también la diferencia según las edades. Si nos fijamos en el grupo de niños que contestan estar totalmente o bastante de acuerdo con la afirmación, vemos que son los niños más pequeños los que destacan sobre las otras franjas de edad. Sin embargo, si observamos las barras de los niños que contestan estar nada de acuerdo con dicha afirmación, son los mayores los que destacan sobre los otros dos grupos de edad. En este sentido, podría concluirse que los más pequeños tienen más necesidad de ser respetados que los mayores, que pueden imponer su personalidad.

El hecho de emplear la violencia cualquiera que sea su finalidad no parece que sea, pues, una forma de actuar que atraiga a los niños en general. Si bien hemos visto que es a los más pequeños a los que sí les gustaría vivir en un mundo como el que han visto en la pantalla y que imitan (hecho puntual y a corto plazo) a los personajes de las diferentes series, sin embargo, no terminan de identificarse con los personajes. No obstante, conforme van creciendo, son expuestos a mayor cantidad de televisión -especialmente violenta- aprendiendo a través de la misma toda una serie de conductas -en muchas ocasiones equivocadas- que no parecen tener represalias por parte de los adultos y que es útil para alcanzar determinados objetivos. En estas razones podría residir la explicación del porqué los niños mayores destacan sobre los pequeños en su atracción por las conductas violentas.



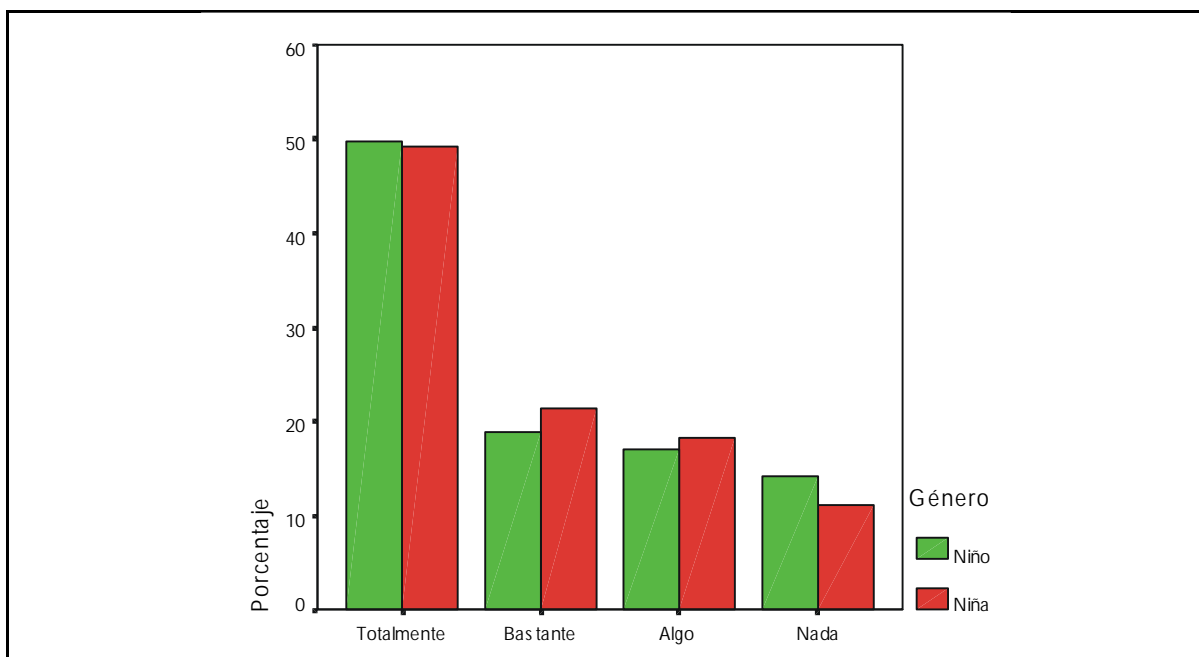
Conviene recordar también que son los niños mayores (11-12 años) los que contestaron que veían con más frecuencia programas de lucha o acción. El 47,05% de los niños encuestados ven entre 3 y 7 días a la semana programas en los que, de alguna forma, se hace uso de la violencia. Podemos pues, llegar a establecer una relación entre el tiempo que se dedica a ver determinados programas de televisión y una mayor identificación con los personajes que aparecen en los mismos.



No obstante, otra de las afirmaciones en relación con las anteriores que se plantearon en el cuestionario, en esta ocasión, tanto a los niños que vieron el programa violento como a aquellos que vieron el no violento pretendía conocer, en primer lugar, si la identificación de los niños con personajes no violentos es igual, mayor o menor que la identificación con personajes no violentos y, en segundo lugar, si los niños consideran justificada la utilización de la violencia con propósitos solidarios.

Así, se les planteó a todos los sujetos encuestados la afirmación *me gustaría ser como los personajes para ayudar a los demás*. Como puede observarse, el porcentaje de niños que vieron el programa violento (75%) y que contestaron estar *bastante o totalmente de acuerdo* con la afirmación planteada es superior a aquellos que fueron expuestos al programa no violento (64%), por lo que puede hablarse de una cierta tendencia a identificarse más con los personajes de las series violentas. Por lo tanto, parece que los niños justifican la utilización de la violencia con propósitos solidarios. De hecho, esta es una de las características de la violencia que se emite en la pequeña pantalla: transmite a los telespectadores que la violencia está justificada y que, además, se ve recompensada cuando se trata de fines aparentemente constructivos y benéficos para la sociedad.

Podemos ver en el gráfico adjunto que, en general, las niñas se identifican con más frecuencia que los niños con los personajes de la televisión con fines solidarios. Observando la barra "Totalmente", puede verse casi una igualdad porcentual entre niños y niñas. Sin embargo, en las opciones bastante o algo, las niñas superan a los niños. De nuevo los niños superan porcentualmente a las niñas y con cierta diferencia cuando optan por la opción nada.



Centrándonos, en primer lugar, en el grupo de niños que vieron el programa violento, observamos que los niños con más frecuencia que las niñas utilizarían la violencia con fines solidarios. Así, frente al 76% del total de niños que contestan estar bastante o totalmente de acuerdo con esta afirmación, nos encontramos con un 73% de niñas, si bien, una vez más puede observarse que la diferencia porcentual

por género no es significativa. Hecho similar ocurre con los niños y niñas que vieron el programa no violento. Frente al 61,4% de niños que contestaron estar bastante o totalmente de acuerdo con el hecho de querer tener las características de los personajes de la serie para ayudar a los demás, nos encontramos con un 68% de niñas, por lo que se confirma la actitud de las niñas hacia comportamientos no violentos. De hecho, cuando se opta por la opción nada de acuerdo, en el caso de los niños y niñas expuestos al programa violento, las niñas superan porcentualmente a los niños, al contrario de lo que ocurre con los niños y niñas que vieron el programa no violento, en el que frente al 21% de niños que contestan en este sentido, nos encontramos con un 13% de niñas.

Respecto a la variable edad, son los más pequeños una vez más los que parecen identificarse más con los personajes de la televisión. Así, entre aquellos que respondieron estar totalmente de acuerdo con el hecho de utilizar las características de los personajes para ayudar a los demás, el 42% tienen entre 7 y 8 años. Les sigue en porcentaje el 31,6% de niños y niñas entre 9 y 10 años. Por último, se encuentra el 26,4% de niños y niñas entre 11 y 12 años. Sin embargo, en la opción nada de acuerdo, como puede esperarse, destacan los niños y niñas de esta última franja de edad con un 36,7% y muy próximos los niños y niñas entre 9 y 10 años con un 35%.

Hecho similar se repite entre los niños y niñas que vieron el programa no violento. En este caso, los niños de 9 y 10 años registran un porcentaje algo superior, con un 38,5%. Les siguen muy de cerca los niños y niñas de 7 y 8 años con un 37,6%.

Como comentábamos con anterioridad, una de las interpretaciones que pueden darse a estos resultados es que en los argumentos de la mayor parte de los programas televisivos violentos, existe un denominado *héroe* que utiliza la violencia con fines aparentemente benévolos: rescata al secuestrado, llega a tiempo para evitar un robo, libera a la heroína del poder de los malos, etc... Es decir, la violencia se presenta enmascarada bajo argumentos que justifican su utilización y, lo que puede ser aún más grave, la violencia del héroe es recompensada. Si bien estas características de la violencia televisiva han sido ya comentadas, los resultados de este estudio muestran que los niños perciben la importancia del uso de la violencia con propósitos solidarios de modo que, si se presentara una ocasión que ellos consideraran justificada, probablemente harían uso de la violencia. Así pues, habrá más posibilidades de que los niños, al ver violencia en la televisión, ya sea esta en programas reales o ficticios, cree en ellos la convicción de que la violencia está justificada y no importe los medios que se utilicen para conseguir un determinado fin.

4. CONCLUSIONES

Los niños de hoy en día están creciendo en una sociedad claramente influenciada por los medios de comunicación. Hoy por hoy, es difícil negar la importancia e incluso el poder que la televisión, por ejemplo, ejerce sobre la vida diaria de los ciudadanos de cualquier país desarrollado. La denominada *explosión de los mass media* ha llevado implícita cambios en las actitudes y comportamientos de los sujetos receptores y de las propias instituciones sociales.

En la actualidad, la televisión se ha convertido en un agente más de socialización para la infancia de los países desarrollados. Si bien hasta hace relativamente poco tiempo los padres, tutores y educadores eran los principales agentes de socialización de los niños, desde hace algunas décadas se ha venido observando la influencia de los medios de comunicación, especialmente de la televisión, en este proceso. Gran parte de las conductas de determinados sectores de la sociedad vienen motivadas por todo aquello que han adquirido a través de la televisión: modas, expresiones lingüísticas, movimientos socioculturales,

etc. Todo ello conduce, en definitiva, a la interiorización de toda una serie de normas de comportamiento que constituyen la cultura de la sociedad en la que el sujeto receptor está integrado y en la cual la televisión se convierte, además, en una de las principales transmisoras de la misma.

Así pues, la televisión no es simplemente un medio de comunicación a través del cual adultos y niños encuentran una fórmula de entretenimiento, un modo de evasión de la realidad que les permite, además, mantenerse informados. Si bien esta es la función que busca el sujeto a corto plazo en la programación emitida a través de la pequeña pantalla, a largo plazo, el proceso es mucho más complejo.

La televisión refleja modelos de conducta que el receptor observa, aprende y que, en un momento o circunstancia de su vida, puede poner en práctica. La audiencia, en esta misma línea de razonamiento, asimila ciertas normas sociales de comportamiento y, en definitiva, toda una serie de elementos culturales que, tal vez, desconocería de otra forma. De esta manera, para algunos, la televisión, su contenido, es el reflejo de la realidad, de lo que existe más allá de su círculo diario; ven el mundo a través de los ojos de la televisión. Puede afirmarse que la televisión ha entrado en la vida de adultos y niños de tal modo que, en estos momentos, no puede entenderse un hogar sin televisión.

Por todo ello, el papel de la televisión en el desarrollo individual y social ha sido objeto de discusión científica desde los primeros días de existencia de este medio de comunicación. Se trata, en definitiva, de *la televisión como productora de efectos*. Partiendo de este principio, la mayoría de las corrientes de estudio dedicadas al análisis e investigación de los efectos de los medios de comunicación audiovisuales en la audiencia llegan a una conclusión casi unánime: los argumentos televisivos provocan cambios o reforzamientos en la forma de pensar, sentir o actuar del sujeto receptor.

Este ha sido el punto de partida de la presente investigación. En el desarrollo de la misma, se han expuesto las principales corrientes de estudio que existen hasta el momento sobre los efectos de los medios de comunicación en la audiencia en general y, más concretamente, los efectos que determinados programas de televisión de contenido eminentemente violento tienen en el desarrollo social e intelectual de los niños.

Destacar, en primer lugar, que gran parte del conjunto de teorías e investigaciones recopiladas en el presente trabajo se centran, fundamentalmente, en los efectos de carácter negativo provocados por la televisión. Si bien existen estudios sobre las aportaciones positivas o prosociales de este medio -que darían lugar a otra investigación-, en la presente nos hemos limitado de manera intencionada a estudiar los aspectos negativos ya que estos son los que mayor preocupación o alarma han provocado en muy diversos sectores de la sociedad.

Esta preocupación parece tener su punto de partida, entre otros, en el incremento de programas emitidos a través de la televisión cuyo contenido incita al receptor a desarrollar actitudes o conductas negativas ante determinados hechos, lo cual, en algunos casos, puede ser perjudicial tanto a nivel individual como social. Así pues, la emisión de estos programas junto con el hecho de que los receptores, especialmente los más pequeños, parecen pasar demasiadas horas delante de la pequeña pantalla, ha llevado a numerosos científicos sociales, especialmente norteamericanos, a realizar toda una serie de estudios con el fin de evaluar el grado de influencia de los programas de televisión en la conducta, actitud y forma de pensar de los receptores.

No puede olvidarse, igualmente, el hecho de que los dirigentes de los principales medios de comunicación en los países desarrollados tienden a utilizar conscientemente técnicas con las que persiguen lograr el mayor índice de audiencia posible, siendo conscientes del impacto que ciertos contenidos pue-

den provocar en determinados sectores de la audiencia y olvidándose, en muchas ocasiones, de todo código moral o ético. Es el caso, por ejemplo, de la constante proyección de contenidos violentos o sexuales en la pequeña pantalla. Los argumentos de estos empresarios para justificar su programación se basan en afirmaciones tales como que es el público el que solicita tales programas y que los índices de audiencia muestran que, efectivamente, esto es así. Los estudios que se han venido realizando desde los años 60 sobre los efectos de los contenidos televisivos nos llevan a la conclusión de que determinados programas de televisión provocan ciertas reacciones en los receptores, y que éstas quedan reflejadas en los distintos niveles conductuales, afectivos o cognitivos de la audiencia.

Es más, si existe un sector de la audiencia especialmente vulnerable y susceptible de ser afectada por los argumentos televisivos este es, sin duda alguna, el de los niños. La capacidad de estos últimos para entender y asimilar lo que están viendo en la pequeña pantalla, o para distinguir la realidad de la ficción, se encuentra aún en proceso de desarrollo, de ahí su especial situación de *debilidad* ante los contenidos a los que están siendo expuestos.

Este extremo es confirmado por la mayoría de los investigadores preocupados por la influencia negativa de la televisión. Las cifras publicadas, por ejemplo, sobre la cantidad de violencia que se proyecta a través de este medio de comunicación son ya un primer elemento de preocupación. Nadie puede negar la existencia de un gran número de programas de contenido violento que se proyectan habitualmente en televisión, incluso durante el horario infantil. De hecho, puede ser aún más perjudicial para el niño que estos contenidos se distribuyan y proyecten, como de hecho se hace, en formas atractivas para los más pequeños. Es el caso de los dibujos animados que comentamos con anterioridad.

Tras el análisis de los estudios existentes en torno a los efectos de la televisión en el proceso de socialización de los niños, podemos concluir, en líneas generales que, en primer lugar, dada la procedencia fundamentalmente estadounidense de estos estudios, *sus resultados presentan ciertas diferencias respecto a los obtenidos en España*. Como hemos expuesto a lo largo de este trabajo, el mensaje televisivo no es el único componente ni la única variable a tener en cuenta en el estudio de los efectos. Si bien éste puede ser el mismo, la situación social, cultural y personal de los niños españoles es muy diferente a la de los niños de los Estados Unidos. Cabe señalar, como primer ejemplo, *el ambiente de violencia* que se respira en este último país; hay que cifrar en cientos los centros escolares que poseen detectores de metales en sus entradas, o los profesores que han sido víctimas de las agresiones de sus propios alumnos dentro del aula. Esta circunstancia que es una norma en los Estados Unidos, es una excepción en España.

Por ello, al plantear en esta investigación la realización de un estudio sobre la influencia de la violencia televisiva en la infancia, se apuntaba que el número de niños españoles que mostrarían este tipo de conductas o actitudes sería probablemente inferior al existente en los Estados Unidos. En cualquier caso, no sólo hay que referirse a los elementos cuantitativos, sino que también hay que hablar del aspecto cualitativo. Es decir, la violencia de los niños españoles, en términos generales, suele limitarse a determinadas peleas con sus amigos o hermanos, siendo la utilización de armas reales algo excepcional en nuestro país, a diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos.

No obstante, y a pesar de las diferencias cuantitativas, hemos podido concluir a raíz del estudio empírico realizado como veremos a continuación, que existe alrededor de un 15% de niños y niñas que se ven afectados en sus relaciones sociales por lo que ven en la televisión, actuando de manera violenta bien imitando o bien poniendo en práctica aquello que han aprendido en determinados programas emitidos en la pequeña pantalla.

El problema parece plantearse en *la influencia que la violencia de la televisión ejerce en el desarrollo de ciertas características agresivas en el niño a largo plazo*. Es decir, según se ha podido concluir del estudio empírico, los niños mayores (11-12 años) son los más agresivos en sus conductas, o dicho de otra manera, los que más utilizan la violencia como forma de solucionar conflictos en su vida real. Este hecho podría ser debido a que la exposición desde sus primeros años de vida a la televisión –y, por tanto, a contenidos violentos– ha ejercido un importante papel en la formación de su carácter. Podríamos hablar, en este caso, de un proceso de interiorización. El niño asimila de manera cognitiva aquello que ve; lo aprende e interioriza de modo que, llegada una circunstancia en la que considera adecuada el uso de la violencia, la utiliza. Es la comprobación empírica de la teoría social de aprendizaje.

No obstante, se puede llegar a pensar que desde las primeras generaciones que vivieron con la televisión, casi todos, en nuestra infancia, nos hemos sentado delante de la pequeña pantalla y hemos contemplado casi hipnotizados programas en los que la violencia era uno de sus argumentos principales y que, sin embargo, no todos hemos desarrollado tendencias agresivas en nuestra personalidad. Pero también es cierto que tanto la estructura del medio televisivo como la programación de los últimos años ha variado sustancialmente respecto a décadas pasadas.

No sólo ha sido este cambio cualitativo y cuantitativo en la programación televisiva que nos bombardea constantemente con imágenes y series en general repletas de violencia cada vez más real, sino que también se han producido *cambios significativos a nivel social* que podrían intervenir en los efectos provocados por el contenido violento de la televisión.

En este sentido, hay que tener en cuenta un cambio importante en los hogares españoles y que se refiere al incremento de mujeres que trabajan fuera de casa, fenómeno que se ha intensificado en nuestro país durante las últimas décadas. El niño va a sentirse más libre y con menor presión familiar para realizar ciertas actividades en el hogar sin que nadie se lo impida, como puede ser, por ejemplo, ver la televisión. Si hace apenas veinte años los niños solían sentarse delante de la pequeña pantalla con la figura materna, si no en la misma habitación, sí en el hogar, hoy en día esta circunstancia parece que tiende a ser menos frecuente, con lo cual los niños carecen de los límites que los adultos pueden imponer a la hora de que los pequeños vean ciertos programas.

Parece claro, pues, que los niños de hoy están expuestos a más horas de televisión. Según los resultados del presente estudio, más de dos horas y media diaria, incrementándose a tres horas y media durante los fines de semana. Una televisión que es cada vez más violenta, dada la dependencia de los niveles de audiencia de las distintas cadenas que utilizan estos contenidos como reclamo. Sin embargo, a pesar de que podamos concluir a partir de las evidencias que la violencia televisiva afecta a la forma de pensar, sentir o actuar de los niños, cabe decir también que esta *influencia negativa no se verá reflejada en todos los niños por igual*. Es decir, cuando se habla, por ejemplo, de los efectos de imitación no se quiere decir que todos los niños, después de ver el programa, vayan a utilizar un arma de fuego al igual que el protagonista; lo que hay verdaderamente detrás de ésta y otras teorías similares es la comprobación empírica de que un determinado grupo de niños, con unas determinadas características personales o circunstanciales, se ven especialmente afectados por la violencia de la televisión y que ello puede dar lugar a conductas antisociales.

Por tanto, *la televisión no actúa en solitario en el desarrollo conductual o cognitivo del niño*. Existen otras variables que inciden, de hecho, en los efectos de la programación televisiva en la infancia. Así, además de las circunstancias que hasta aquí hemos expuesto, hay que hablar también de las variables

sociodemográficas: edad, género, clase social, nivel educativo, etc. O variables tales como la percepción de los contenidos televisivos por parte de los niños o el papel que este medio de comunicación tiene en sus vidas. Todo ello, influye de una u otra forma, en uno u otro grado, en los efectos de la televisión tal y como estamos analizando en este trabajo.

De hecho, en el estudio se ha comprobado que *las variables sociodemográficas edad y género inciden significativamente en los efectos negativos de la violencia emitida en televisión*. Así, respecto a la primera de estas variables, se ha observado que existe un grupo de niños que destacan sobre los demás grupos de edad a la hora de utilizar la violencia en sus relaciones sociales. Es más, existe una coincidencia entre este grupo de niños y aquellos que sienten una mayor atracción hacia la violencia de la televisión y los que, de hecho, ven más horas de esta programación.

Respecto a la importancia de la variable género, los niños han demostrado ser más violentos en sus comportamientos que las niñas, recurriendo con mayor frecuencia a esta serie de actos. De igual forma, se ha observado en el estudio empírico realizado, que la televisión ejerce una mayor influencia sobre las conductas y actitudes de los niños, enseñándoles a éstos, entre otras cosas, que la violencia es una forma de solucionar conflictos o de alcanzar determinados objetivos.

Así pues, y de manera esquemática, la importancia de determinadas variables en los efectos provocados por la violencia de la programación televisiva podría quedar expresado como sigue: *mayor número de horas de televisión* \Rightarrow *mayor exposición a la programación violenta* \Rightarrow *mayores posibilidades de un desarrollo social e intelectual violento*.

Otra de las variables intervinientes y que ha centrado la atención de diversos científicos sociales en los últimos años es la de *la percepción de los contenidos televisivos*. Un gran número de los estudios realizados se han basado en la proyección o selección de programas para niños que eran considerados violentos por los adultos. Sin embargo, se ha demostrado que, en ocasiones, lo que los adultos consideramos violento no lo es o lo es en menor grado para los niños.

Por el contrario, ocurre también que programas que los adultos consideramos entretenidos –y no violentos– como son los dibujos animados, contienen imágenes de violencia de importante transcendencia para el estudio de los efectos. En nuestra investigación, hemos observado cómo los dibujos animados mostraban una gran cantidad de violencia tanto física como verbal. Pues bien, a pesar de ello, más de un 60% de niños y niñas consideraron la violencia de la serie como algo normal. Este grupo de sujetos es el realmente preocupante puesto que, al considerar la violencia como algo normal, son altas las posibilidades de que el niño se acostumbre a ver este tipo de escenas, lo que a su vez desencadena toda una serie de consecuencias: 1) Necesitan escenas cada vez más gráficas para atraer su atención; 2) Produce una desensibilización hacia las acciones que implican violencia; y 3) Traslada la violencia a las relaciones sociales, considerándola un medio para conseguir un fin.

Otro de los elementos o variables que intervienen en los efectos provocados por la violencia de la televisión es *el carácter agresivo del niño*. Es decir, aquellos niños que en su personalidad muestran ciertos rasgos de agresividad parecen ser más proclives a ver programas de contenido violento, con lo cual, se incrementa a su vez, su agresividad, tendiendo a comportarse de forma más violenta.

Así, hay quienes consideran que la televisión no hace al niño agresivo; el niño ya es agresivo y es por ello por lo que tiende a ver más programas de contenido violento. Sin embargo, existen defensores de la teoría contraria; es decir, la televisión es la que convierte al niño en un ser violento o potencialmente violento.

Insistir, por tanto, en que los resultados de nuestro estudio muestra que existe un porcentaje de niños que alcanza y supera en ocasiones el 15% para los que la violencia es una forma más de actuar. Lo interesante de este fenómeno es que los rasgos de edad, género y clase social que caracterizan a este porcentaje de niños coincide con el de aquellos que parecen verse afectados en sus conductas y actitudes por la violencia de la televisión, al mismo tiempo que este mismo grupo es el que mayor atracción siente hacia este tipo de programas y dedica más tiempo a ver la televisión.

De igual forma, se ha comprobado que, frente a esas discrepancias de si es la televisión la precursora de una personalidad agresiva en el niño o si, por el contrario, es el niño que muestra ciertos rasgos agresivos en su forma de ser y actuar el que ve más horas de programación violenta en la pequeña pantalla, podemos concluir que la exposición continua a programas violentos en la pequeña pantalla produce definitivamente un efecto en el niño, bien reforzando una conducta o actitud ya existente, bien aprendiendo nuevas formas de comportamiento.

Así, en la presente investigación, se puede concluir que mientras los niños más pequeños afirman utilizar con cierta frecuencia la violencia en sus juegos, los mayores afirman utilizarla en situaciones reales; incluso consideran la posibilidad de tener armas para defenderse. Cabe destacar que fueron alrededor del 30% de niños y niñas los que contestaron en este sentido, destacando significativamente los niños sobre las niñas.

Otra variable que determina la incidencia de la televisión en los niños es *la función que ésta desempeña en sus vidas*. Ha quedado demostrado que este medio de comunicación cumple tres funciones fundamentales y en este orden: *entretener, aprender e informar*. La importancia de esta variable reside en que se ha comprobado empíricamente que aquellos niños que utilizan la televisión como entretenimiento, y que se divierten especialmente con programas de contenido violento, tienden a verse afectados negativamente por aquello que han visto. Es decir, suelen trasladar con mayor frecuencia a sus vidas las acciones y conductas que ha visto en la pantalla.

En cualquier caso, el hecho indiscutible es que la televisión se ha convertido en un agente más dentro del proceso de socialización del niño. Este medio de comunicación enseña normas sociales de comportamiento, escenas de la vida diaria -reales o no- que de otra forma el niño desconocería. La televisión transmite lo que está bien o mal, lo que debe hacerse o no, etc., y el niño interioriza progresivamente aquello que ve proyectado en la pantalla. De hecho, las cifras indican que el niño, cuando llegue a la adolescencia, habrá pasado más horas delante del televisor que en el colegio.

No obstante, no cabe duda de que en la actualidad, la televisión no es el único *medio* con el que el niño cuenta para entretenerse ni el único encargado de proyectar violencia a través de sus contenidos. Hay, por supuesto, otros cambios en este mundo de la información en que viven los niños de hoy. Podemos hablar de ordenadores o de los videojuegos, que atraen cada vez con mayor intensidad la atención del niño y acaparan su tiempo libre. Y es que el problema, tal vez, no reside tanto en el peligro de la televisión, de los videojuegos o de Internet, sino en las actividades de carácter más pedagógico o didáctico que los niños y niñas dejan de realizar por ver la televisión o jugar con estas nuevas posibilidades de entretenimiento.

4.1. Sumario y conclusiones del trabajo empírico

El análisis de resultados de la presente investigación nos ha permitido conocer un poco mejor la importancia y el impacto de la televisión en el desarrollo social e intelectual de los niños que están viviendo el comienzo de un nuevo siglo.

Una de las primeras conclusiones que pueden extraerse analizando estos resultados es que la televisión como hemos comentado con anterioridad, no es la única variable interviniente en este proceso. Si bien es un componente esencial e indispensable de los potenciales efectos de su programación, cabe decir que no es el único. En primer lugar, hay que hablar del niño como un ser activo, que elige lo que le gusta ver y lo que satisface sus necesidades personales. El niño escoge determinados programas porque, fundamentalmente, le entretienen y le divierten.

No obstante, esta diversión supone un elemento de preocupación en el estudio de los efectos negativos de la violencia televisiva. El niño puede llegar a considerar la violencia como algo divertido y ponerlo en práctica en sus relaciones con los demás. De igual forma, el niño puede desensibilizarse ante la continua exposición a argumentos violentos, con lo cual, puede llegar a desensibilizarse ante el sufrimiento humano. Asimismo, en el apartado cognitivo, el niño puede creer que la violencia es un medio para conseguir determinados fines.

Sin embargo, y en segundo lugar, no todos los niños se ven afectados de igual forma por la violencia de televisión. Según ha quedado demostrado en esta investigación, existe un grupo de niños con unas determinadas características individuales y sociales que son los que más posibilidades tienen de desarrollar una conducta violenta como la que ven continuamente en la pequeña pantalla. En este sentido, el estudio empírico realizado con niños y niñas de la Comunidad de Madrid nos ha permitido observar determinados hechos y confirmar algunas de las hipótesis iniciales que pasamos a detallar a continuación:

- a) Respecto a los hábitos televisivos de la muestra, se ha podido observar que los niños pasan unas 2 horas y media diarias, como media, delante del televisor, siendo los varones los que ven más televisión; de igual forma, conforme crecen, los niños parecen dedicar mayor número de horas a la pequeña pantalla. Así, si bien la diferencia, según la edad de los niños, es mínima durante los días de jornada escolar, ésta se incrementa significativamente durante los fines de semana. En este caso, la media de edad se incrementa, estando en torno a las tres horas y media el tiempo que dedican los niños en un día del fin de semana a ver la televisión, siendo de nuevo los niños entre 11 y 12 años los que pasan mayor número de horas delante del televisor.

Además, se ha comprobado que, cada vez con más frecuencia, los padres utilizan la televisión como un medio para que sus hijos les dejen tranquilos durante algún tiempo. En el presente estudio se ha podido observar que a la mayoría de los niños, los padres les deja ver la televisión siempre que quieren. Además, resulta excepcional aquellos que ven siempre la televisión junto a sus hijos y le explican lo que están viendo. Este hecho tiene una gran transcendencia en determinadas edades en la que los niños no tienen aún desarrollada la capacidad para diferenciar la realidad de la ficción.

En este estudio, ha podido también observarse que, curiosamente, el momento del día que pasan más tiempo delante de la pequeña pantalla es por la noche. Dada la jornada escolar tan prolongada, tendría cierto sentido que fuera esta hora cuando pasen más tiempo viendo la televisión, pero ocurre que la programación nocturna no está pensada precisamente para los más pequeños. Por ello, parece que los niños ven programas que no están adaptados a sus necesidades ni a su desarrollo intelectual y/o emocional.

- b) Los resultados muestran que existe una relación de carácter inverso entre el tiempo de exposición a la televisión y el tiempo dedicado a otras actividades de carácter pedagógico, como la lectura de libros o la realización de los deberes escolares. Así, se ha podido observar que aquellos niños que pasan un mayor número de horas (los niños entre 11 y 12 años) delante de la

pequeña pantalla suelen también dedicar una parte importante de su tiempo a jugar con videoconsolas o juegos de ordenador. En este sentido, en la presente investigación, ha quedado comprobado, respecto a los videojuegos, que cerca del 90 por ciento los tiene en su casa y que la inmensa mayoría los utiliza más de cinco días a la semana.

En este sentido, y citando como fuente al Centro de Psicología y Salud de Madrid, se recomienda a los padres de los usuarios de este tipo de juegos lo siguiente:

1. No hay que prohibirles los videojuegos.
2. Es importante dominar su "idioma".
3. Hay que establecer unas normas de juego: determinar un número de horas a la semana o dejarle jugar después de los deberes, llegando a un pacto con ellos.
4. Debe jugar el videojuego después de haber estudiado, ayudado en casa, recogido su cuarto,... No se trata de un castigo o recompensa, más bien de un modo de reforzar conductas adecuadas.
5. Es importante ofrecerles actividades y juegos complementarios y/o alternativos. Hay que estimularles a jugar también con otros niños.
6. No se debe olvidar que el mejor juego es la imaginación. Hay que ayudar a los hijos a crear sus juegos.
7. También es importante que los padres se pregunten hasta qué punto ellos mismos pueden estar fomentando actividades de este tipo por mantener ocupados a los niños para estar tranquilos.
8. Es importante jugar con ellos y ver cómo es el juego que le han pedido. De ese modo sabrá los efectos que el juego puede causar sobre el niño.

Respecto a Internet, en nuestro estudio, más del 50% de los niños y niñas tienen en su casa acceso a la Red. Sin embargo, son los niños de más edad los que lo utilizan con más frecuencia, principalmente para chatear y jugar, además de para *navegar* por este nuevo medio. En este sentido, cabe mencionar que, aunque no estadísticamente significativo, algunos niños contestaron a raíz de una pregunta abierta que se le incluyó en el cuestionario ("Cuéntanos lo que más te gusta de Internet") que lo que más les gustaba eran las páginas pornográficas que podían verse en la Red.

- c) En lo que respecta al carácter agresivo de los niños, en un porcentaje significativamente alto, los niños no parecen mostrar unos rasgos que apunten hacia una personalidad agresiva. No obstante, se ha podido observar a lo largo de todo el estudio que el porcentaje de niños que sí parece actuar de manera agresiva o violenta en sus relaciones sociales alcanza y supera en diversas ocasiones al 15%. Lo interesante de este fenómeno es que los rasgos de edad y género que caracterizan a este porcentaje de niños coincide con el de aquellos que parecen verse afectados en sus conductas y actitudes por la violencia de la televisión, al mismo tiempo que este mismo grupo es el que mayor atracción siente hacia este tipo de programas y dedica más tiempo a ver la televisión.

En base a los resultados obtenidos en la presente investigación y en relación con el hecho de si es la televisión la precursora de una personalidad agresiva en el niño o si, por el contrario, es el niño que muestra ciertos rasgos agresivos en su forma de ser y actuar el que verá más horas de programación violenta en la pequeña pantalla podemos concluir que la exposición continua a programas violentos en la

pequeña pantalla produce definitivamente un efecto en el niño, bien reforzando una conducta o actitud ya existente, bien aprendiendo nuevas formas de comportamiento.

- d) Los programas de televisión de contenido violento enseñan y provocan en los niños conductas violentas. Ha quedado demostrado que los niños aprenden de lo que ven en televisión, si bien parece que no siempre lo ponen en práctica a corto plazo. Este hecho puede observarse en que, mientras los pequeños (7-8 años) son siempre en menor porcentaje los que recurren a actos agresivos en sus relaciones, los mayores, por el contrario, parecen considerar dichos actos como más permisivos, poniendo en práctica en mayor porcentaje que los pequeños aquello que han visto en la pantalla.

En relación con el aprendizaje, podemos confirmar igualmente que los programas de televisión transmiten a la audiencia infantil una serie de mensajes que llevan a un grupo de niños a considerar la violencia como un medio de conseguir lo que se quiere. Si bien los niños de 7 y 8 años parecían estar más de acuerdo con el hecho de que la televisión les despierta cierto deseo de comportarse de manera agresiva, es el caso de los niños de entre 10 y 12 años a los que parece que las imágenes de la pantalla les anima a pelearse con sus amigos. No podríamos determinar, pues, qué franja de edad se ve en mayor medida afectada de manera inmediata por la violencia de la pequeña pantalla. Lo que queda comprobado en el estudio es que una mayor identificación con el programa y una mayor atracción hacia el mismo intensifica los efectos que produce la televisión en los niños. De hecho, son los más pequeños a los que más les gusta el programa que se les proyectó (Pokemon), y por otra parte, los que afirman que más aprenden de estos programas y los que con más frecuencia imitan a sus personajes. Igualmente, es a esta franja de edad entre 7 y 8 años a los que más les gustaría vivir en un mundo como el que aparece en ese tipo de programas.

No obstante, cuando son más pequeños, ponen en práctica eso que han visto en la televisión a través de sus juegos; sin embargo, a edades más tardías, es decir, aquellos niños y niñas de 11 y 12 años, utilizan la violencia en su vida real (entrarían en peleas; les gustaría tener armas para defenderse).

En líneas generales, podríamos decir que, cuando son más pequeños, los niños pueden sentirse cohibidos a la hora de hacer uso de la violencia en sus relaciones con los demás. Sin embargo, conforme van creciendo, en sus circunstancias diarias sí ven más necesario el uso de la misma. Quizás vayan asimilando a través de la pequeña pantalla que la violencia es algo permitido si se utiliza con unos objetivos concretos, objetivos que siempre tienen su justificación. Así, cuando determinados niños se encuentran ante una circunstancia que *justifica* la utilización de la violencia, probablemente la utilicen.

- e) Los niños toman como modelos de conducta a personajes de los programas de televisión de contenido violento. En este sentido, caben distinguir dos situaciones diferentes: 1) Por un lado, los niños que reconocen que imitan las acciones de los personajes televisivos. En estos efectos de imitación de las conductas televisivas, parecen ser los más pequeños los que más se ven afectados; 2) Por otro lado, los niños que desearían ser como los personajes y que se identifican con ellos. En el primer caso, los niños entre 7 y 8 años son los que reconocen, en mayor porcentaje, imitar a ciertos personajes de la televisión.; en el segundo caso, la variable edad no marca una diferencia clara respecto al deseo de ser como los personajes que aparecen en la pequeña pantalla, si bien parece que destacan los niños entre 10 y 12 años. Es decir, son los niños y niñas entre estas edades los que parecen identificarse en mayor medida con los personajes que ven en las series violentas, es decir, les gustaría tener sus características físicas o personales, pero con

propósitos agresivos (*pelearse con los demás, hacer gamberradas o para que todos les teman y respeten*). El porcentaje se incrementa, incluso, cuando se trata de fines denominados solidarios, es decir, tener las características de los personajes para ayudar a los demás.

El hecho de querer ser como los personajes e identificarse con los mismos puede tener mayor relevancia que la imitación en tanto que ésta última es algo inmediato, que no se pondrá de manifiesto en estado puro y que, con toda probabilidad, el niño olvidará. Sin embargo, el hecho de querer ser como los personajes que ven en la pequeña pantalla implica un estilo de vida, una forma de pensar y actuar que puede ser perjudicial para el niño.

Con ello, parece existir cierta tendencia en los niños a utilizar la violencia si ésta se percibe como justificada, como es el caso. Una de las interpretaciones que pueden darse a estos resultados es que, en los argumentos de la mayor parte de los programas televisivos violentos, existe un denominado *héroe* que utiliza la violencia con fines aparentemente benévolos: rescata al secuestrado, llega a tiempo para evitar un robo, etc. Es decir, la violencia se presenta enmascarada bajo argumentos que justifican su utilización y, lo que puede ser aún más grave, la violencia del héroe es recompensada. Los resultados de este estudio muestran que los niños perciben la importancia del uso de la violencia con propósitos solidarios de modo que, si se presentara una ocasión que ellos consideraran justificada, probablemente harían uso de la violencia. Así pues, habrá más posibilidades de que los niños, al ver violencia en la televisión, ya sea esta en programas reales o ficticios, cree en ellos la convicción de que la violencia está justificada y no importe los medios que se utilicen para conseguir un determinado fin.

- f) Las variables género, edad y estrato socioeconómico y cultural son fundamentales en la respuesta de los niños ante los programas de contenido violento de la televisión. Se ha observado que los niños, no solamente pasan más horas delante del televisor que las niñas y sienten una mayor atracción hacia programas de contenido violento sino que también se ven en mayor medida influenciados por lo que ven en la pantalla. En líneas generales, sienten mayor atracción hacia los programas de violencia de la televisión y suelen poner en práctica aquello que ven con más frecuencia que las niñas. Asimismo, los niños harían uso de la violencia ante situaciones conflictivas en más ocasiones que las niñas.
- g) Otra de las hipótesis planteadas inicialmente en el estudio exponía que la percepción de la violencia televisiva influía en los posteriores efectos de la misma sobre las actitudes y conductas de los niños. El estudio nos ha permitido comprobar que existe un porcentaje considerablemente significativo de niños (62,5%) que considera la violencia que ha visto en el programa emitido durante la investigación como algo *normal*. Las consecuencias de esta percepción están en la línea de los efectos de desensibilización de los que hablamos con anterioridad; el niño pierde la sensibilidad progresivamente, lo cual implica que cada vez se requieran mayores dosis de violencia que consigan atraer su atención, y parece que esa es la tendencia actual de la programación televisiva.

Las películas y las series que emiten en la pequeña pantalla llevan en sus argumentos escenas de violencia cada vez más gráficas, de forma que el niño ya no se conforma con suponer que alguien pega un tiro; ahora, las escenas incluyen toda serie de detalles morbosos al que el niño presta atención y retiene en su memoria.

Los resultados muestran que son los niños entre 11 y 12 años los que parecen más insensibilizados ante las imágenes expuestas en la pequeña pantalla. Además de presentar el mayor porcentaje de sujetos

que consideraron la serie violenta como algo normal, también representan el mayor porcentaje de niños de nuestra muestra que opinaron que no veían motivo alguno para que los niños no vieran programas de contenido violento como el que vieron durante el estudio. Así pues, podemos verificar, igualmente, otra de las hipótesis planteadas en el estudio, según la cual la percepción de los programas violentos de la televisión influye en los efectos de los mismos sobre los niños, en tanto que este grupo de sujetos entre 11 y 12 años son los que perciben la violencia de televisión como algo habitual.

Por último, y a raíz de los resultados obtenidos en la presente investigación, si hiciéramos un perfil del niño que más parece que se verá afectado por esta violencia televisiva, podríamos decir que se trata de un sujeto varón; pasa como media más de 2 horas y media delante del televisor y más de tres y media los fines de semana; utiliza con cierta frecuencia la violencia en sus relaciones sociales; le gustaría tener algún arma para defenderse; siente especial atracción por los programas violentos de televisión y aprende de ellos formas de conducta. Igualmente, se identifica con los personajes de las series violentas de televisión de manera que utilizaría, llegado el momento, las habilidades físicas que estos personajes poseen con fines violentos.

Así pues, en líneas generales, el hecho de que exista un grupo de niños en los que la violencia televisiva deja su huella puede resultar verdaderamente preocupante tanto para padres como para educadores. Hay razones y hechos que nos llevan a creer que el niño, en un momento determinado, puede hacer uso de la violencia en la misma forma en que la ha visto repetidas veces en televisión. Estudios posteriores nos permitirían seguir la evolución social e intelectual de este grupo de niños y comprobar si los efectos que hasta el momento la violencia de la televisión ha producido en ellos siguen manifestándose a lo largo de su desarrollo y crecimiento hacia la madurez.

BIBLIOGRAFÍA

- Argenta, D.M., Stoneman, Z. y Brody, G.H. (1986). The effects of three different television programs on young children's peer interactions and toy play. *Journal of Applied Developmental Psychology*, Vol. 7, pp. 355-371.
- Atkins, C., Greenberg, B.S., Korzenny, F. y McDermott, S. (1979). Selective exposure to televised violence. *Journal of Broadcasting*, Vol. 21, pp. 5-13.
- Baker, R. y Ball, S. (1968). *Violence and the media*. Washington, DC: U.S. Government Printing Office.
- Bandura, A., Ross, D. y Ross, S. (1961). Transmission of aggression through imitation of aggression models. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, Vol. 63, pp. 575-82
- Bandura, A. y Walters, R.H. (1963). *Social learning and personality development*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston.
- Berlyne, D.E. (1960). *Conflict, arousal and curiosity*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Belson, W.A. (1978). *Television violence and the adolescent boy*. Farnborough, Gran Bretaña: Saxon House.
- Castillo, S. (1993, Marzo 26). El PP presenta una proposición no de ley para proteger a la infancia de la violencia en TV. *ABC, Radio/Televisión*, p. 129.
- Doerken, M. (1983). *Classroom combat. Teaching and television*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Educational Technology Publications.

- Dorr, A. (1986). *Television and children: A special medium for a special audience*. Beverly Hills, California: Sage Publications.
- Eron, L.D. (1980). Prescription for reduction of aggression. *American Psychologist*, Vol. 35, Num, 3, pp. 244-252.
- Freedman, J. (1984). Effect of television violence on aggressiveness. *Psychological Bulletin*, Vol. 96, Num. 2, pp. 227-246
- Fenigstein, A. (1979). Does aggression cause a preference for viewing media violence?. *Journal of Personality and Social Psychology*, Vol. 37, Num. 812, pp. 2307-2317.
- Freedman, J. y Newtonson, R. (1975, Septiembre). The effect of anger on preference for filmed violence. Paper presented at the annual conference of American Psychological Association, Chicago.
- García Galera, C. (2000). *Televisión, Violencia e Infancia. El impacto de los medios*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- Greenberg, B.S. y Reeves, B. (1976). Children and the perceived reality of television. *Journal of Social Issues*, Vol. 32, pp. 86-97.
- Gerbner, G. y Signorielli, N. (1990). Violence profile, 1967 through 1988-89: Enduring patterns. Unpublished manuscript, University of Pennsylvania, Annenberg School for Communications.
- Greenberg, B.S. (1990). *Antisocial and prosocial behavior on television*, Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Goldstein, J.H. (1979). Preference for aggressive movie content: The effects of cognitive salience. Unpublished manuscript, Temple University, Filadelfia.
- Gunter, B. y McAleer, J.L. (1990). *Children and television. The one eyed monster?*. Nueva York: Routledge.
- Gunter, B. (1985). *Dimensions of television violence*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Harris, R.J. (1994). *A cognitive psychology of mass communication*. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Hoofst, M. y Thunissen, E. (1980). *Kinderen en massamedia: Een exploratief onderzoek naar de functies van het boek vergeleken met die van andere massamedia voor kinderen*. Amsterdam, the Netherlands: University of Amsterdam.
- Himmelweit, H.T., Oppenheim, A.N. y Vince, P. (1958). *Television and the child*. Londres y Nueva York: Oxford University Press.
- Huston, A. y Friedrich, L.K. (1972). Television content and young children's behavior. En G.A. Comstock, E.A. Rubinstein y J.P. Murray (Eds), *Television and social learning* (pp. 202-317). Washington, DC: United States Government Printing Office.
- Huston, A., Wright, J.C., Svoboda, H.C., Truglio, R. y Fitch, M. (1992). What children in middle childhood understand about the reality of news and fictional television. Manucript submitted for publication.
- Jeffres, L. W. (1986). *Mass media process and effects*. Nueva York: Waveland Press.
- Friedman, H. L. y Johnson, R.L. (1972). Mass media use and aggression: A pilot study. En G.Z. Comstock y E.A. Rubinstein (Eds.), *Television and social behaviour: Vol. 3. Television and adolescent aggressiveness* (pp. 336-360). Washington, DC: U.S. Government Printing Office.

- Landsberg, M. (1985). *Women and children first*. Markham, Ontario: Penguin Books.
- Maccoby, E. (1954). Why do children watch television?. *Public Opinion Quarterly*, Vol. 18, pp. 239-244.
- Robinson, J.P. y Bachman, J. (1972). Television viewing habits and aggression. En G. A. Comstock y E.A. Rubinstein (Eds.), *Television and social behavior, Vol. III: Television and adolescent aggressiveness* (pp. 372-382). Washington, DC: U.S.. Government Printing Office.
- Schramm, W. Lyle, J. y Parker, E. (1961). *Television in the lives of our children*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Signorielli, N., Gross, L. y Morgan, M. (1982). Violence in television programs: Ten years later. En D. Pearl, L. Bouthilet y J. Lazar (Eds.), *Television and social behavior: Ten years of scientific progress and implications for the eighties: Vol. 2. Technical reviews*. (pp. 158-173). Washington: National Institutes of Mental Health.